



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuern, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo ASENSIO (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo ASENSIO, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabiá, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guorra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro, Flores, Figueroa (Angusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gayangos, Galvez de Molina, (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Gujarro, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzensbusch, Iriarte, Zapata, Janner, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanáz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mané y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Ordoñez, Ortiz de Pinedo, Oñazaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poe, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (C.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre.—Europa: 60 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-cillos línea.—Reclamamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Agosto de 1879.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Alcalá, 35, principal.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—Memorias históricas y autobiográficas, por D. Andrés Borrego.—La guerra Chileno-Peruana.—Electricidad y Magnetismo, por D. José Echegaray.—Las emigraciones al Africa, por D. P. Ruiz Albistur.—Filipinas, por nuestro corresponsal.—Más sobre la razon, por D. Francisco Pi y Margall.—Colon y Juan Sebastian de Elcano, por D. Francisco Javier de Salas.—Un Dios de sombrero de copa, por D. José Fernandez Bremon.—Bibliografía, por D. José Montero y Vidal.—El campo de batalla, por D. Eusebio Blasco.—Dolores, novela, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Revista española, por D. Manuel de la Revilla.—Suellos.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

Poco ruidosos han sido los acontecimientos europeos de la última quincena; y si á esto se agrega que la Revista actual no tendrán el atractivo que prestaban á las anteriores la brillante imaginación, el profundo talento y el atildado estilo del señor Castelar, nuestros lectores echarán de ver que han perdido bastante en el cambio. Sirvale de consuelo que el Sr. Castelar volverá y se encargará de nuevo de esta parte.

Para molestarles ménos, entraremos desde luego en materia. Se han verificado en Nancy el día 4 del corriente mes, espléndidas fiestas dedicadas á la memoria de M. Thiers, con motivo de la inauguracion de su estatua. Esta, obra maestra del distinguido escultor M. Guilbert, representa al grande hombre de Estado en pié, con levita abotonada y gaban abierto y flotante, teniendo en la mano izquierda un pergamino con la inscripcion: *Tratado de 1871*. La estatua reposa sobre un pedestal de piedra del Jura, en el cual se lee la inscripcion: *A M. Thiers, libertador de la patria*. Las fiestas consistieron en banquetes, cabalgatas, iluminaciones y magníficos fuegos artificiales; y á ellas asistieron multitud de diputados y senadores franceses, generales y hombres de Estado, y, sobre todo, la mayor parte de la poblacion de Metz, teniendo la empresa de los caminos de hierro alemanes que disponer trenes extraordinarios con este objeto.

M. de Lesseps, que anda viajando por los departamentos franceses para propagar su nueva empresa de perforacion del Istmo de Panamá, no podia dejar pasar, sin aprovecharla, la circunstancia de reunion tan numerosa, y dió tambien en Nancy lo que ahora se llama una *conferencia*, para explicar las ventajas comerciales y de todo género que traerá la apertura de aquel Istmo. La tarea que se ha impuesto M. Lesseps es fácil, bajo este

punto de vista, porque á nadie se le ocultan, fuera de ciertas empresas de ferro-carriles americanos, los grandes adelantos que podrá traer para el comercio y para las relaciones entre Europa y aquellos países la comunicacion de los dos mares. Lo más difícil es explicar científicamente la posibilidad (de llevar á cabo la obra en poco tiempo y con provecho para los accionistas: pero no dudamos que M. de Lesseps, que es muy entendido y elocuente, lo habrá conseguido, y que añadirá á la gloria de haber abierto el Istmo de Suez, la de esta otra apertura que ofrece indudablemente mayores dificultades.

Los resultados de la muerte del hijo Napoleon III, van desarrollándose en el seno de sus partidarios, y tambien entre los parciales de la legitimidad borbónica. El príncipe Jerónimo Napoleon ha recogido la herencia de las pretensiones de su sobrino, ya que las pretensiones constituyen en estos tiempos una herencia. Parece, sin embargo, que debe de haberla recogido á beneficio de inventario, porque segun anuncian los diarios franceses, está á punto de tomar el camino de Italia, sin duda para meditar allí á sus anchas sobre los medios de conciliar su nueva situacion con las opiniones republicanas que en otro tiempo ha manifestado.

Sobre este punto, la historia del primer Napoleon y del tercero (porque el primero fué un Napoleon sin segundo), le presenta grandes y multiplicados ejemplos que imitar. Napoleon I, en efecto, cuando era simple oficial de artillería, se manifestaba un ardiente republicano y no lo era ménos cuando al frente del ejército de Italia hacia nacer repúblicas cisalpinas y transpadanas por donde quiera que llevaba sus tropas victoriosas. En Egipto ya sufrieron sus ideas alguna variacion. Entonces habló á los musulmanes como sultán y profeta, y quiso hacer un mérito ante ellos de la guerra que habia llevado á los Estados del Papa, porque no reconocia á Mahoma. A creer sus proclamas á los musulmanes, no habia un musulman más devoto, y cuando visitó las pirámides, su lenguaje se hizo enteramente oriental.

De regreso á Francia, sus ideas autoritarias tomaron un gran vuelo; se hizo cónsul, despues emperador, y llegó á pensar como Luis XIV; el estado soy yo. Sin embargo, supo dar á los franceses una buena legislacion y la gloria militar en cambio de las humillaciones que les impuso. Era hombre que hablaba á cada uno en su lenguaje, que conocia las debilidades y las fuerzas de su pueblo, y no en vano habia tomado lecciones de Talma. Su gloria fué tanta, que así como nuestro Cid

ganó batallas despues de muerto, él pudo con su solo nombre levantar otro imperio, cuando las circunstancias fueron favorables á su sobrino Napoleon III. Este, como la luna, no tuvo más luz que que la que reflejaba el sol de su tío. Su gran cuidado era imitarle, aunque estuvo muy desgraciado en sus tentativas. En lo que más lo imitó fué en haber sido primero un republicano de ideas casi socialistas, y en haber tenido tambien su 18 brumario. Como no se repiten con toda exactitud los hechos históricos, dudamos que se presente ocasion al príncipe Jerónimo para ser cónsul ni presidente de la república, y mucho ménos para hacer un 18 brumario, ni un 2 de Diciembre, ni para que otros lo hagan en su favor. El partido napoleonista, despues del golpe que sufrió en Sedán, quedó muy quebrantado, y despues de la muerte del jóven hijo de nuestra compatriota, lo ha quedado todavia más. Tan luego como en una junta de notables bonapartistas, se acordó trasladar su adhesion, desde la persona del difunto, al príncipe Jerónimo, otros personajes del mismo partido anunciaron que se retiraban á la vida privada, y dos ó tres periódicos de los que sostenian la causa napoleónica dejaron de existir por un suicidio involuntario, nuevos Catones, que habiendo servido á Pompeyo, no han querido seguir la fortuna de César.

La república, por este lado, parece tener un peligro ménos.

No ha dejado de aprovechar las circunstancias el representante de la primera rama borbónica, á quien sus partidarios llaman rey á boca llena en sus discursos, y dan tambien este título en sus publicaciones. Desde Frohsdorf ha escrito una carta á sus amigos, en la cual dice que quiere y puede salvar la Francia, y que la salvará el día ménos pensado. Pronto va á hacer medio siglo que los legitimistas franceses están aguardando la ocasion de salvar á su país, y por más que la buscan, no la han encontrado todavia; y eso que los Gobiernos y las situaciones que, desde 1830, se han sucedido en Francia, han hecho todo lo posible por proporcionársela, y han cometido errores que han producido su caída con más ó ménos descrédito. Creemos, por tanto, que podrá desaparecer algun día la república francesa, sobre todo si se aparta de la moderacion que hasta ahora ha servido de norma á sus actos; pero aún en este caso no vemos medios ni influencias que puedan ayudar al representante de la primera rama borbónica, á sentarse en el trono de Carlos X y de Luis XVIII.

Es grande, sin embargo, la agitacion que promueven sus partidarios en el país vecino, espe-

cialmente los clericales, con motivo de dos leyes que se han presentado y se discuten en el parlamento; la de instrucción pública, presentada por el ministro del ramo M. Ferry, y la de divorcio, presentada por el diputado de la izquierda, M. Naquet.

En Francia existía la más absoluta libertad de enseñanza, y existen además gran número de congregaciones religiosas católicas, unas aprobadas por el Estado y otras no aprobadas, aunque toleradas de hecho.

Estas últimas, valiéndose de la libertad de enseñanza, atraían á los jóvenes de ambos sexos á sus escuelas y les imbuían ideas absolutamente contrarias, no solo á las instituciones vigentes en Francia, sino también á todos los adelantos modernos. Hasta dónde llega el fanatismo unido al espíritu de especulación en el país vecino, lo demuestran los periódicos que se han creado exclusivamente para dar cuenta de los milagros que á cada momento se supone que hace la Virgen ó cualquier santo, cuya devoción recomiendan. Decía hace pocos días una hermana de una de estas congregaciones religiosas, en el periódico de su especialidad: «Apenas teníamos educandas en el convento; pero determinamos hacer una novena á San José, y á los pocos días de terminada, las educandas vinieron en gran número, hasta el punto de no haber más en el colegio.» Algunos estudiantes, dicen también: «Yo no tenía esperanza de salir bien en los exámenes, porque había estudiado poco; pero el día antes me encomendé á San José, muy devotamente, y por la noche puse su medalla debajo de mi almohada: no tuve necesidad de más para ser declarado sobresaliente.»

Tal es la especie de instrucción religiosa, que una parte de esas congregaciones y sus periódicos adictos pretenden dar al pueblo francés, entre el cual la venta de medallas, estampas y aguas milagrosas, produce á ciertas congregaciones sumas considerables.

M. Ferry ha querido poner coto á estos abusos, presentando una ley, en la cual se reivindica para el Estado el derecho de dirigir é inspeccionar la enseñanza pública, se devuelve á la Universidad la colación de grados, y respetándose la libertad de las congregaciones autorizadas, se restringe la de aquellas que no lo están. Esta ley ha suscitado un sinnúmero de reclamaciones, y ha producido acaloradísimos debates en las Cámaras. Los graves senadores de la derecha, han salido de su gravedad habitual para lanzar invectivas crueles contra el ministro: éste ha contestado poco más ó menos en el mismo tono, y el Senado y la Cámara de diputados han ofrecido espectáculos poco edificantes entre la izquierda y la derecha.

En cuanto á la ley del divorcio, no está tan adelantada como la de instrucción. Tomada en consideración la proposición de M. Naquet, pasó á una comisión, la cual la ha aprobado en principio, y está redactando el proyecto en consecuencia. Por las noticias que tenemos, este proyecto habrá de ser muy combatido, y ciertamente lo merece más que la ley Ferry. La comisión señala el adulterio como primera causa que puede llevar consigo el divorcio; cosa natural, porque ó no ha de existir el divorcio, ó esta ha de ser causa primera de semejante acto. Pero después, señala otra que es la voluntad de ambos cónyuges, la voluntad pura y simple, aunque no haya habido adulterio, y aquí ya nos parece que aun dentro de la teoría del divorcio (que no discutimos en este momento), la comisión se extralimita demasiado, por que dejar á la voluntad de ambos cónyuges la disolución del matrimonio, es anularlo completamente, y convertirlo en una especie de contrato de arrendamiento ó de inquilinato. Por este camino se puede ir demasiado lejos, y entre otras cosas, se vá á la destrucción de la sociedad y de la república.

Por de pronto, la discusión de estos asuntos está suspendida, porque las Cámaras han entrado en vacaciones. Cuando se reúnan de nuevo, esta reunión se verificará ya en París.

El célebre Víctor Hugo ha pronunciado un gran discurso en el *Chateau-D'Eau*, que ha llamado mucho la atención por la profecía siguiente: «En el siglo xx la guerra habrá muerto; el cadalso habrá muerto; los odios habrán muerto; el trono habrá muerto; la frontera habrá muerto; los dogmas habrán muerto; el hombre vivirá, y por encima de todo, habrá una gran patria que será toda la tierra, y una gran esperanza que será todo el cielo.» Antiguamente se decía que profeta y poeta eran sinónimos; pero creemos que Víctor Hugo tiene más de poeta que de profeta, y si pudiera vivir en buena salud, como deseamos, hasta que viese cumplida por entero su profecía, parécenos que sería materialmente inmortal. Bueno fuera que acabaran las guerras, los odios y el cadalso; pero no vemos nosotros tan cerca la realización de este buen deseo, cuando parece que todos los adelantos de la civilización se reúnen para combinar los medios más eficaces de destruirnos unos á otros. Para acabar con las fronteras, sería preciso que el género humano se considerase como una sola familia, y estamos muy lejos ciertamente de mirarnos como hermanos. En cuanto á concluir con los dogmas, es completamente imposible.

Fuera de Francia, los acontecimientos han marchado muy lentamente: la cuestión de Oriente sigue tan embrollada como antes. El Sultan de Turquía dá largas á todas las negociaciones, apoyado en la benevolencia de Inglaterra, á quien regaló hace poco la isla de Chipre. Dádivas quebrantan peñas, y los regalos ayudan á conservar las amis-

tades. El nuevo virey de Egipto ha recibido la investidura del Sultan que le ha llevado Fuad-Bajá; pero las reclamaciones de Francia é Inglaterra, que querían se les comunicase oficialmente el decreto, han quedado sin resultado.

La Inglaterra, entre tanto, ha hecho la paz en el Afghanistan y en la Zululandia.

En Rusia parece por el momento calmada la agitación nihilista; pero es un fuego oculto que podrá lanzar vivas llamas el día más inesperado. En cuanto á Alemania todavía no se ha podido encontrar un *modus vivendi* con el Papa, á pesar de cuanto se ha dicho. No es cosa verdaderamente tan fácil, dadas las pretensiones que se sostienen por ambas partes, siendo hoy el Vaticano quizá más fuerte que nunca, por lo mismo que no tiene territorio ni temporalidades que perder.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

MEMORIAS HISTÓRICAS

Y AUTOBIOGRÁFICAS DE MI TIEMPO

por D. Andrés Borrego.

A duras penas, y merced á la antigua y buena amistad que nos une con el Sr. Borrego, hemos logrado su autorización para insertar algunos fragmentos más de sus interesantes *Memorias*, que el autor cree deber reservar en primer término para los suscritores á la edición de sus *Obras completas*, cuya publicación se halla retrasada por causa que explicaremos en un próximo número.

Del Egipto á Florencia.—El príncipe Demidoff.—De Florencia á Marsella.

Con sentimiento ví llegar el día en que debía alejarme de la para mí hospitalaria tierra de Egipto. Tentaciones tuve no sólo de prolongar allí mi residencia, sino hasta de haberme establecido, aceptando las facilidades con que podía haber emprendido lucrativas operaciones de comercio á que me brindó la amistad de Mr. Drovetti y el favor que merecí á los ministros de Mehemet-Alí. Pero ocupada mi mente, como lo estaba mi alma, con las desventuras y vicisitudes que corría la familia liberal, no me resigné, cual habría sido lo más útil para mis intereses, á esperar en Egipto que los sucesos, en cuyo éxito para nada podía influir mi insignificante persona, diesen á los negocios públicos del continente un giro capaz de influir en la suerte de la emigración española. El ansia de saber noticias me hacía no llevar con paciencia la lentitud con que entonces se recibían correos de Europa en Alejandría y en el Cairo, y la impaciencia, espoleada por la afición á los viajes y por el anhelo de estudiar el mundo en pié, me llevaron á desechar, cual con frecuencia lo he hecho en el discurso de mi agitada vida, las ocasiones de hacer fortuna.

Sin vacilación, aunque con pena, me despedí de mi condiscípulo Golloway, del cónsul Drovetti, y de Mohamet-Bey, de Osman Effendi, sugetos con los que más había intimado, y tomé pasaje para Liorna en el bergantín toscano *Il Salvatore*, que con viento en popa zarpó anclas y tendió sus velas en la tarde del día 12 de Octubre de 1827. Cuatro pasajeros nos juntamos á su bordo: Fletcher, caballero inglés que viajaba por afición; un banquero hebreo que llevaba el ilustre apellido español de Manrique de Lara y un rabino ruso que regresaba de la Tierra Santa. Este levita se mostraba tan rígido observante de las prácticas israelitas, que no consentía en probar bocado preparado por manos de infieles. Sabido es que la ley rabínica prohíbe comer carne de la res que no haya sido muerta con arreglo á lo que prescribe el ritual talmúdico. Nuestro rabí comía siempre aparte. Se hacía su café con espíritu de vino, y con sus propias manos mataba las gallinas, única carne fresca que comíamos a bordo, siendo él mismo el cocinero de la suya. Por el contrario, el banquero liornés se preciaba de hombre despreocupado, no haciendo caso de las advertencias del rabino, que le advertía de que pecaba comiendo alimentos preparados por la cocina de á bordo; pero Lara se reía de la rigidez del sacerdote de su secta y participaba con el inglés y conmigo de la buena mesa que nos ponía el capitán.

A los tres días de navegación, entramos en el golfo de Leon, y antes de ponerse el sol, sopló viento fuerte, la mar se alborotó en demasía, el capitán mandó acortar velas, y como marino experimentado se preparó á costear la tempestad que parecía amenazarnos. No tardé en apercibirme de que Lara se dejaba dominar por un excesivo miedo, de que no participábamos el inglés ni yo, y tuve la ocurrencia de armar una inocente celada de la que me prometí un episodio divertido á costa del banquero hebreo. Cerciorado que húbeme del capitán de que no corríamos peligro, aunque arriado el viento y embravecida la mar, las olas se estrellaban contra el buque y mojaban copiosamente la cubierta, solicité del capitán que tomase disposiciones de aparato, cual si el buque debiera peligrar, y entrando el piloto en la trama, se encargó de la comedia, que todos representamos á las mil maravillas. Apagados los fuegos y la embarcación navegando á palo seco, una orden del piloto trajo la tripulación sobre cubierta, y puesta ésta de rodillas, entonó en alta voz oraciones á la Madona para que su intercesión nos libertase del peligro que corríamos. El cuitado Lara mordió cándidamente

el anzuelo, y apenas oyó estos rezos, lleno de un terror que revelaban sus demudadas facciones, corrió al camarote donde el rabino leía tranquilamente la Biblia. Hablábale Lara en hebreo, y aunque no entendimos lo que decía, su semblante, su actitud sumisa y las palabras del rabí, que sin duda para enterarnos de lo que se trataba, le contestó en lengua franca, no nos dejó duda de que el amedrentado banquero imploraba perdón de sus deslices y solicitaba la absolución del rabí. Pero éste, seco, altivo, intransigente le repuso en alta voz: *Vadé, mangiar gallinee beber vino coi cristiani. Non ti cognosco per fratello mio. Adesso veinte con preguiere dopo avere scarzato le nostre pratiche. Andate via e lasciate mi in pace.* La vergüenza y el miedo produjeron tal efecto en el Liornés, que creímos que iba á caer en síncope, y el capitán, á quien acabó por parecer la broma pesada, se apresuró á tranquilizarlo, declarando en alta voz que el peligro había pasado y que podíamos recogerlos á dormir, sin abrigar sombra de temor.

No fué, sin embargo, perdida la lección para Lara. Desde el siguiente día buscó la sociedad del rabino, comía con él, asistía á sus oraciones y apenas podía disimular con nosotros la mortificación que le causaba la mudanza en su porte y trato.

Nuestro derrotero en busca del puerto de Liorna nos hizo pasar á la vista de la isla de Elba, pasajera residencia del grande hombre del siglo, quien partiendo de aquel peñasco el 27 de Febrero de 1815, al frente de 1.100 de sus viejos soldados, derribó á Luis XVIII y se apoderó de su reino en veinte días, para después de vencido en Waterloo, ir á morir martirizado en la remota isla de Santa Elena. Tenía yo gran curiosidad de abordar á Porto-Ferrayo, que había sido la momentánea capital del liliputiense imperio del vencido conquistador, y propuse al capitán pagar los derechos de anclaje y de pilotaje si consentía en detenerse algunas horas en el fondeadero que teníamos delante. No permitían al marino acceder á mis ruegos, las condiciones de su contrato de fletamento, que lo exponían á responsabilidad pecuniaria ante sus armadores, y hube de contentarme con bordar en mi imaginación los incidentes de la estada del grande hombre en la primera etapa y tregua de su destroamiento.

Por la tarde del mismo día dábamos vista á la Gorgona y fondeábamos en el puerto de Liorna, el emporio marítimo de la Toscana, feliz porción de la bella tierra de Italia, regida entonces con extraordinaria tolerancia por los descendientes de Leopoldo el filósofo, á quien cupo la gloria de aplicar á la patria del Dante, de los Médicis y de los Capponis, la legislación liberal que más tarde puso en boga el gran movimiento de la revolución francesa. Era, además, entonces Liorna puerto franco y competía en prosperidad con Génova y Marsella.

Residia en aquella ciudad, y aun debe morar en ella, una opulenta colonia compuesta de las familias hebreas expulsadas de España. Constituían éstas una aristocracia que, si bien cedía en riqueza á sus correligionarios procedentes de las escalas de Levante, no la igualan éstos en pergaminos ni en preeminencias. Los hebreos de origen español llevan los antiguos apellidos de Pimentel, Zúñiga, Fernandez de Córdoba, Manrique de Lara, Osorio, Velasco y otros no menos ilustres, que probaban documentalmente pertenecerles por enlaces de sus antepasados con las más ilustres estirpes de la nobleza castellana.

Injustos en demasía fueron nuestros padres con la industriosa raza que en los siglos de la Edad Media contribuyó á que compitiésemos con ventaja con las demás naciones del continente en industrias y en artes, como competíamos en diplomacia y en armas. Los defectos achacados á los hijos de Israel y que todavía sus detractores pueden señalar en los que habitan en Berbería, en Polonia y en la Rumanía, deben ser principalmente atribuidos á las impolíticas leyes á que la intolerancia los sujeta en dichos países. Menospreciados, perseguidos, vejados, espoliados los judíos, la defensa propia les imponía arduos y trazas que desaparecen donde quiera que una legislación benigna los coloca en un pié de igualdad con sus compatriotas de otras religiones. La buena sociedad de Londres, de París y también la de Madrid, cuenta en su seno familias hebreas cuya caballerosidad y delicadeza compiten con las más refinadas costumbres de las clases elevadas y antes de que el trato de sugetos tan distinguidos como los Rostchids, los Montefioris, los Bauers, los Cremieux, los Weisweller, hubiesen generalizado una opinión completamente favorable á nuestra asimilación social con la descendencia de Abraham, yo mismo tuve ocasión, y me complazco en manifestarlo en estas Memorias, de apreciar la cultura, la ilustración y la liberalidad de hebreos menos conocidos que los que acabo de nombrar.

A este propósito no estará fuera de sazón reproducir lo que acerca de algunos sugetos de esta creencia y con referencia á los primeros años de mi emigración, he escrito en mi historia del *Sitio de París y de la guerra franco-alemana*. (1)

(1) Al leer en los periódicos el apellido italiano de uno de los jefes del cuerpo de voluntarios que desde el principio de la campaña más se había distinguido por numerosos y brillantes hechos de armas, supose que el

En adición á la cita á que acabo de referirme, despiertan en mi ánimo recuerdos de indecible amenidad y dulzura los agradables días que pasé en la sociedad que reunía en su casa el opulento Isaac Franqueti, tío del bizarro soldado. Además, en su casa hice el conocimiento de ilustres familias de la localidad y de extranjeros de distinción que la estación reunía en la ciudad de Luca y en sus vecinas y acreditadas aguas termales.

Habia llegado la estación calurosa, y durante ella, Franqueti habitaba su palacio de la antigua república de Luca, que glorificó la victoriosa espada del gran Castruccio Castracane, y complaciase el filósofo hebreo en poner sus salones, su biblioteca y sus jardines á disposición de sus amigos y de los emigrados que le habian sido presentados.

En aquella casa, que reunía todo el *comfort* y la elegancia de las moradas del señorío de Inglaterra con toda la suntuosidad de las residencias nobiliarias de Italia, estabase al corriente de todas las novedades políticas y literarias que alimentaban la mejor sociedad continental. Allí residía entonces, como refugiado político, huyendo de los furiosos de la reaccion realista que oprimiera á España, el príncipe de Anglona, cuya conducta habia sido tan noble como moderada y resuelta bajo el régimen constitucional. Este prócer, que, sirviendo en las filas de los defensores de la patria durante la guerra de la Independencia, habia dado esclarecidas pruebas de su valor personal como soldado, cobró en Luca fama de hombre delicado y pundonoroso, habiéndose hecho público que el de Anglona habia enseñado los dientes nada ménos que al infante de España, sobrino de Fernando VII, reinante á la sazón en Luca, y cuya galantería se habia permitido familiaridades con la esposa de nuestro prócer, que éste supo resueltamente reprimir.

Otro singular conocimiento tuve en mis reuniones semanales en Luca. Vivía en ella la viuda y las dos hijas del ex-emperador de Haiti, Cristophe. Las tres de raza negra pura y sin mezcla de sangre europea, poseían cualidades que hacían sumamente agradable su sociedad. La madre, mujer de talento y de un carácter varonil, á fuerza de firmeza y de habilidad, logró salvar la fortuna de sus hijas de manos de Petion, vencedor de Cristophe, quien tuvo largos años aprisionada á la viuda de éste con la esperanza de arrancarle un rescate que supo eludir la valerosa mujer. Consiguio ésta al fin escapar de Haiti con sus hijas y su peculio, y despues de una corta estancia en París, escogió á Italia por lugar de asilo, viviendo en ella con comodidad y elegancia, pero sin ostentación. Las dos hijas habian recibido una educación esmerada, hablaban muy correctamente el inglés y el italiano, y con pureza suma, su lengua de la infancia, el francés. Vestían además con mucho gusto, tocaban el piano á la perfección, recibían con finura comparable á las de la mejor sociedad francesa; y todos aquellos atractivos, poseídos por dos elegantes de facciones pronunciadamente africanas, causaban una impresión de novedad y de sorpresa á que la amabilidad del trato de aquellas excelentes señoras no tardaba en convertir en estimación y buena amistad.

En extremo agradables me fueron los tres meses que distribuí entre Liorna, Pisa y Luca, de donde salí para Florencia en compañía de un ruso que habia tratado su casa de Franqueti, y con quien contraje una amistad que es presumible hubiese durado toda nuestra vida, á no haber la de Ivan Ivanowich hallado al regresar á su patria

comandante Franqueti seria un francés oriundo, como Gambetta, de familia italiana, y no me ocupé de su personalidad de otra manera que participando del aprecio que generalmente inspiraba su denuedo y su patriotismo. Mas al leer en los periódicos la relación de su funeral y que pertenecía á la comunión israelita, vínome en memoria la familia de los Franquetis, ricos banqueros de Liorna, familia á la que tuve ocasión de frecuentar con intimidad en los primeros años de la emigración que siguió á la invasión del duque de Angulema. Isaac Franqueti, socio principal de la casa, dejaba á su hermano mayor José el cuidado de los negocios, morando aquel la mayor parte del año en Pisa ó en Luca, entregado á la lectura, á la buena sociedad y á la vida intelectual. Filósofo, liberal, hombre de ondas convicciones, generoso y hospitalario, Isaac Franqueti se complacia en dulcificar á los emigrados políticos las amarguras del destierro, con su ameno trato y el regalo de su excelente mesa y escogida biblioteca; frecuentemente venía á buscarme á mi posada para llevarme á su quinta de recreo ó para que lo acompañase á los baños de Luca, donde en la estación de verano habia una sobresaliente compañía de ópera. La en extremo amena sociedad de Franqueti despertaba en mí el recuerdo de otro hebreo, también filósofo y liberal, que acójió en Gibraltar á los que emigramos de Cádiz y de España en 1823. En los elegantes salones de Aaron Cardoso nos juntábamos los naufragos del cataclismo constitucional de aquella época acerba que buscamos refugio en el peñon calpense; y si vivieran Calatrava, Peon, Adam, Espinosa y demás ilustres compañeros de aquella memorable emigración, no podrían ménos de conservar, como yo he conservado, memoria grata del amable huésped de Gibraltar.

Movido por estos recuerdos á investigar la genealogía del comandante Franqueti, descubrí que era sobrino de mi amigo Isaac, y me aqueja el sentimiento de no haberlo encontrado vivo y podido estrechar la mano del deudo, del simpático israelita á quien traté y amé en los primeros años de mi temprana emigración.

traidora muerte de mano de uno de sus esclavos. Era Ivan hombre de 25 á 26 años, de rostro agradable, aunque de facciones algun tanto kalmukás, de aventajado porte, de buenas maneras y de no escasa instrucción. Viajaba por gusto, y tuvo empeño en que yo le acompañara á Florencia, para presentarme á su tío, el célebre Príncipe Demidoff, padre de los dos jóvenes magnates que tanto han brillado por su lujo, fallecido uno de ellos y heredero el otro de la inmensa fortuna de la casa.

Demidoff padre, poseedor de un caudal considerable en 1827 como el primero de Rusia, gozaba de salud endeble atribuida al abuso de los placeres y cuidándose, aunque algo tarde, de sí mismo, resolvió defenderse contra la invasión de los años, llevando una vida sosegada bajo el apacible cielo de la bella Italia. Había adquirido en las cercanías de Florencia la posesión de San Donato, que su riqueza y su buen gusto habian convertido en una mansión régia. Para tener idea de cómo vivía el viejo Demidoff, basta saber, que en la quinta habia hecho construir un teatro y traído de París una doble compañía, dramática de verso la una y de *vaudeville* ó zarzuela la otra, compañías especialmente contratadas para su recreo, no pudiendo representar sino en el teatro de San Donato, al que no concurría otro público que el compuesto de aquellas personas á quienes Demidoff favorecía enviándoles invitación.

Los que hayan viajado por la Italia de aquellos días y tenido ocasión de apreciar la sumisión y las adulaciones de que eran objeto los viajeros reputados ricos, podrán formarse idea del género de adoración y de culto que rodeó á un particular cuyas rentas excedían á las del gran duque de Toscana y á las de los demás soberanos de Italia. Pero Demidoff, que vivió como príncipe y como tal gastaba, no era pródigo ni despilfarrador y despreciaba á los aduladores. Hizo á menudo la fortuna de hombres que juzgó dignos de su protección, pero tenia marcada prevención contra los explotadores á los que poseía el don de conocer á primera vista. Tuve la suerte de merecer la simpatía del potentado ruso, y de mí hubiera dependido haber aceptado su reiterado expontáneo ofrecimiento de asociarme á un pariente y ahijado suyo para el que fundaba una casa de Banca en Liorna. Demidoff tenia el génio de los negocios engrande escala, y á ellos debia el prodigioso aumento de su fortuna. No habia la naturaleza hecho de mí un sér destinado á labrar la mia, y en aquella ocasión, como en las infinitas que en el progreso de estas *Memorias* se irán desarrollando, he renunciado voluntariamente á grandes perspectivas de bienestar, para seguir mi idealismo político y no apartarme de mi peculiar propensión á cierto género de estudios, á los que he reducido las aspiraciones de toda mi vida. De la confianza y del afecto que llegué á inspirar al que debia ser suegro póstumo de la princesa Matilde Bonaparte, acabarán de dar idea lo que sobre mi primera residencia en Liorna me resta aún por decir.

El día de mi presentación en San Donato, Demidoff se hallaba indispuerto y no recibía; pero, informado de la llegada de su sobrino Ivan, quiso verlo, y habiéndole éste dicho que viajaba en compañía de un joven español, de quien es de presumir habló con elogio, mi amigo vino á decirme que su tío deseaba verme.

Al atravesar las galerías y los salones que conducían al gabinete del potentado, pude observar la riqueza y el lujo que por todos lados sobresalían en aquella suntuosa morada, cuyos sirvientes más bien parecían pertenecer al personal de una corte soberana que ser los dependientes de un caballero particular. Todo aquel boato me impuso, y llegué algo preocupado á presencia del tío de mi amigo, no siendo extraño á la especie de cortedad que sentí el recelo de amor propio de no hacer favorable impresión sobre un hombre cuya rareza de genialidad pregonaba la fama, y que, contra su costumbre, recibía á un forastero en el día en el que se habia negado á sus habituales visitantes.

«Ivan, al presentarme, dijo á su tío:—este caballero es el joven español que he tratado con intimidad, y que me ha inspirado tanta amistad, que me proponía llevarlo á Rusia para que viviese entre nosotros, al ménos hasta que se le abran las puertas de su suspirada patria, pues ya he dicho á usted, tío, que este niño sólo piensa en cosas serias: es todo un emigrado político.»

El exordio de mi amigo aumentó mi perplejidad, pues temía que me hiciese preguntas de carácter político, y no conociendo bastante al hombre, podia contestar en términos que no cuadraran con sus opiniones. Pero Demidoff no tocó semejante cuerda. Sólo me habló de la Alhambra, del Escorial y de caballos andaluces. Contesté lo mejor que pude, é indiqué á Ivan la oportunidad de retirarme para no cansar al recluso, pero éste me detuvo, invitándome cortesmente á pasar el día en San Donato.—Comerá Vd.,—añadió,—con Ivan y con Alexis, y tomará Vd. thé conmigo.

El ofrecimiento se me hacia en términos tan francos y naturales, que no habia manera de dejar de aceptar. Retivéme el príncipe más de una hora hablándome de bellas artes, de materias económicas, de historia contemporánea y de viajes. Parecióme que quiso sondar los quilates de mi temprana erudición, y al levantarnos, me tendió la mano expresivamente, diciéndome: *à ce soir, donc, mon jeune hôte.*

Al salir del gabinete de Demidoff, un criado de respeto, puesto de corbata blanca, frac negro y calzon corto, con media de seda, me condujo á una

habitación compuesta de un salón y dos alcobas, por si queríamos refrescar nuestro *toilette*, anunciándonos que la carretela estaba á la puerta por si queríamos pasear antes de comer.

A la hora de sentarnos á la mesa, reunímonos en ella el príncipe Corsini, el comendador Albani, el secretario del príncipe Alexis Petrovich, Ivan y yo. Los dos primeros, aunque habituales de la casa, no habian sido recibidos aquel día por Demidoff. Llegada la hora del té, los convidados entramos en un salón contiguo al despacho del príncipe, entablándose una conversación general sobre hechos é incidentes de la sociedad florentina, de cuyas intimidades conocí era aficionado á hallarse enterado el magnate ruso. No tardó en dirigirme varias preguntas sobre mis correrías en Egipto, dando á conocer por ellas el génio mercantil del que me las hacia. Al despedirse me tendió la mano, dirigiéndome las palabras siguientes: «como es la primera vez que viene usted á Florencia, y desearé, «presumo, visitar sus curiosidades artísticas é Ivan «es hombre que no entiendo palabra de antigüedades, yo le enviaré á usted mi *Cicerone* para que lo «acompañe, obsequio que no dispense á todos, pero «que tengo particular gusto en hacer *jeune espagnol.*» La expresión con que Demidoff me dirigió aquellas palabras, no me dejó duda de que habia hecho favorable impresión en su ánimo, y díle las gracias con cuanta expresión de complacencia cabia emplear sin incurrir en exageración.

—Ha caído usted en gracia á mi tío, me dijo Ivan apenas entramos en el carruaje que nos conducía de regreso á Florencia.

Llegados á la ciudad debí esperar algunos días en ella la arribada del vapor que, procedente de Nápoles, seguía hasta Marsella, á cuyo puerto me dirigía con el doble objeto de atender á un singular proceso de carácter civil que seguía en aquella plaza, con ánimo de continuar despues á París y á Londres en busca de la sociedad de mis compañeros de emigración.

No tardó en fondear en el puerto de Liorna el buque esperado. Era el *Mongibello*, piro-cafo de 600 á 700 toneladas, dimensiones crecidas para aquel tiempo. Aunque de construcción inglesa era aquel buque propiedad de armadores napolitanos. El número de pasajeros no dejaba de ser considerable. Formábanlo comerciantes toscanos y hebreos, viajeros franceses de la característica clase de *commis voyageurs*, de una familia de nobles milaneses y del emigrado español que en guisa de judío errante atravesaba la tierra y cruzaba los mares abrazado á la cruz de los infortunios de la amada patria.

El tiempo era delicioso; la mar parecia una balsa de aceite y si el *Mongibello* hubiese sido un buque de mediano andar y sus oficiales marinos expertos, deberíamos haber entrado en Marsella en la madrugada siguiente al día de nuestra partida de Liorna. Pero el capitán, perito y maestro en punto á policía de bordo, se mostraba poco experto como navegante entendido. El buque era pesado y al caer de la tarde sólo nos hallábamos á la altura de Tolon. Dijonos el capitán que para ganar el puerto de Marsella tendríamos que atravesar bajos que no le eran bien conocidos, y debiendo además avistarlos de noche, temia comprometer su buque y exponer sus pasajeros á una pícaro aventura. Acabó, en resumen, por proponernos entrar en la segurísima dársena de Tolon, para que los pasajeros pasasen la noche en la ciudad, si no preferían permanecer á bordo, pues no levantaríamos el ancla hasta la mañana siguiente.

Aunque por demás inesperada y tímida la proposición, fué aceptada por los pasajeros de más nota, y fondeado que hubo *Mongibello*, la mayoría opinó que bajásemos á tierra, dándonos el regalo de pasar la noche entre sábanas. Arriáronse los botes, y en dos de ellos hallamos cabida 27 argonautas, entre los que se eligió una comisión de tres, encargada del oficio de gestores de la caravana, los que debían correr con el gasto de fonda y con los indispensables dispéndios en que la colectividad iba á incurrir. Tocóme la carga concejil de comisionado en compañía de un hebreo argelino que pasaba por ser un Crespo y de un agente de cambio de París. La noche fué bulliciosa, habiendo hallado cabida en el mejor de los hoteles la totalidad de los bajados á tierra. No quiso el capitán de nuestro buque que madrugásemos, y hasta las diez de la mañana no vinieron los botes á buscarnos, habiéndonos dejado así tiempo para hacer una rápida visita al arsenal, uno de los mejores de Francia y morada en aquel tiempo de delinquentes condenados á lo que el Código francés llama *trabajos forzados*. No nos detuvimos lo bastante para poder tomar apuntes sobre la curiosa biografía de sentenciados de más nota, y únicamente mencionaré, por lo singular del caso, haber encontrado en uno de los pontones surtos en el arsenal, un presidiario de mediana estatura y de facciones distinguidas, que arrastraba pesada cadena y se hallaba destinado á la limpieza del bordo. El delito que trajo allí á aquel hombre, aunque castigado como delito común, acusaba una fuerte tintura de delincuencia política, habiendo sido la causa que lo condujo al mísero estado en que lo velamos, la acusación de cómplice en el hecho de haber lanzado de debajo de los balcones del jardín de las Tullerías, cohetes destinados á asustar con intento de hacer malparir á la duquesa de Berri, en cinta entonces del príncipe que lleva el nombre de conde de Chambord. La circunstancia que me hace notar el encuentro del infeliz sentenciado, no es otra que la de haber años despues saludado á

aquel mismo hombre como víctima y como héroe en los salones del general Laffayette en los días que siguieron á la revolución de Julio; transformación explicable por haber sido comprendido como penado por sentenciados motivos políticos, en la amnistía dada al advenimiento al trono del rey Luis Felipe de Orleans.

Vueltos al hotel, y llegado el momento de pagar el gasto que habíamos hecho, ocurrió un pequeño incidente que no merecía que de él hiciese mérito, á no ser característico de lo atrasada que todavía se hallaba Francia en 1827 en punto á desarrollo mercantil y hábitos bancarios. Importó la cuenta del fondista sobre 600 francos, y en el momento de satisfacerla, el agente de cambio sacó un billete de la Banca de Francia, que colocó sobre la bandeja en la que el camarero nos había presentado la cuenta. Al recibir el billete, el mozo abrió unos ojos muy grandes, y nos preguntó, manifestando extrañeza, que para qué le dábamos aquel papel.—¿No ve Vd.,—se le dijo,—que son mil francos en un billete de la Banca de Francia?—Aquí no pasa esa moneda,—replicó el sirviente en el acto.—No sabe Vd. lo que se dice,—le contestó el hebreo argelino, añadiendo que llamase al fondista para ventilar la dificultad. Obedeció el camarero, y no tardó en presentarse el digno M. Faseuille, propietario del albergue.—¿Qué hay, señores? dijo.—Aquí me tienen ustedes á sus órdenes. ¿Habrá por acaso alguna equivocación en la cuenta?—No es eso, Sr. Faseuille, sino que damos en pago un billete de Banca de Francia, moneda más preciosa, si cabe, que el oro, y se nos dice que aquí no pasa.

El fondista escuchó atentamente, y tomando en seguida en sus manos el billete, se lo acercó á la vista, lo leyó, lo volvió por todos lados, y acabó diciéndonos muy seriamente:—Caballeros, este papel se parece á un *asignado* (1), y no veo en él otra cosa. En todo Tolon habría quien diera un sueldo por esta tira de papel.

Nos encogimos de hombros ante el oscurantismo mercantil que todavía cobijaba al primero de los departamentos marítimos de Francia, y poniendo á contribucion el oro que llevábamos, pagamos la cuenta y ganamos nuestro bordo, admirados del atraso comercial de los habitantes de Tolon.

Una hermosísima mañana y una brisa amiga, nos condujeron sin tropiezo á la boca del puerto de Marsella, donde desembarcamos á las cinco de la tarde del día 18 de Octubre de 1827. Al bajar la escala del *Mongibello* y dirigir mi última mirada sobre su cubierta, no pude excusar una observacion que durante la travesía habia ocupado mi mente más de una vez. Conocida y proverbial es la falta de aseo entre las clases inferiores del pueblo napolitano, falta de policía más visible aún en sus buques mercantes. A esta clase pertenecía el *Mongibello*, y sin embargo, su cubierta, sus camarotes, sus salones y todo el servicio interior, así como el porte de los criados y hasta de los marineros presentaban un aspecto de aseo, una pulcritud tan exquisita que emulaba con la de los buques de guerra holandeses, ingleses y americanos. Aquel rigor de disciplina entre un personal napolitano *pur sang* como lo atestiguaba el pronunciado acento de la marinería, tenia precisamente que ser efecto de enseñanza de *training*, como dicen los ingleses, y siendo esto así me decía yo á mí mismo, no hay que hablar del atraso ni de las tendencias innatas de parte de un pueblo ó de una raza, puesto que éste ejemplo demuestra que los más inveterados hábitos ceden á los saludables ejemplos de todo aquello que mejora las condiciones del hombre en sociedad.

He aludido antes al litis que debía detenerme en Marsella, y no volvería á hablar del asunto á no ofrecer el hecho tan singulares y característicos de la mala estrella que presidió siempre á mis asuntos de interés, que mis lectores me absolverán por los cortos momentos que voy á emplear en su relato.

Durante mi residencia en Gibraltar arribó á aquel puerto el bergantín inglés *Nymph*, capitán Lind procedente de Pernambuco y de Baluá, á cuyo último puerto habiendo llegado con avería del Pacífico un buque cargado de productos de aquellas zonas y entre ellos una fuerte partida de quina calisaya. El cargamento todo fué vendido en subasta por cuenta de los aseguradores, ocasion que aprovechó el capitán Lind para comprar noventa zurrones. Había recibido la consignacion de la *Nymph* en Gibraltar la casa americana de Mac Call, en la que tenia yo los fondos que componian mi provision de emigrados. Aconsejéme por los consignatarios que utilizase mi capitalito empleándolo en la quina venida del Brasil, haciéndome concebir la idea de que se duplicaría el dinero vendiendo el género en las mercados de Levante. Accedí á un consejo que venia de amigos y faculté á la casa para hacer la compra y expedir la quina á los puntos donde juzgase que podria tener mejor salida, y dando órdenes á sus corresponsales para que tuviesen á mi disposicion el producto de las ventas.

Consumado que fué este asunto y hechos todos mis preparativos de marcha, salí de Gibraltar como antes he dicho para Alejandría, el Cairo y la Toscana, cuando de vuelta de Florencia recibí en

Liorna la extraña noticia de que mis quinas consignadas en Marsella á la casa de los señores Guerrero y Compañía, habian sido embargadas por reivindicacion de una casa de Liorna, la cual pretendia que mis quinas embarcadas en Gibraltar procedian de una presa hecha bajo bandera española por un corsario colombiano, que la habia fraudulentamente introducido en la primera de dichas plazas.

Por sorprendente y desagradable que me fuese la noticia, no me inspiró recelo alguno por lo legitima y clara que habia sido mi adquisicion del género, y lo fácil que me era justificar su procedencia. Di en su consecuencia mis instrucciones al abogado que me proporcionó la casa de Guerrero, recomendando á aquél que activase ante la jurisdiccion comercial la demanda de levantar el embargo y que se me pusiese en posesion de mi propiedad.

Señalado dia para la vista y demostrado ante el tribunal, claro como la luz del dia, lo fundado de mi derecho, nadie dudaba de que tenia ganado el pleito, pero halléme frustrado en mis legítimas esperanzas por la incalificable sentencia del tribunal, el cual falló que *se declaraba incompetente*, puesto que ámbos litigantes eran extranjeros, el demandante piamontés y domiciliado en Génova, y yo español y transeunte; pero al mismo tiempo el tribunal mantenía á título de custodia el embargo del género, facultando á la casa consignataria para vender, debiendo tener el producido á disposicion del tribunal que fallase sobre el fondo de la contienda.

En presencia de tan extraña como inesperada providencia, provoqué una consulta que firmaron los más afamados jurisconsultos de Francia, por la que se me aconsejaba que me dejase emplazar en Génova, que no acudiese, y que debiendo ser en su consecuencia condenado *por de faut* (en rebeldía) mi parte adversa se presentaria ante la justicia francesa á reclamar la ejecucion de lo fallado en Génova, en cuyo caso yo adquiria incontestable derecho á que el litigio se abriese en Francia y lograria lo que me habia denegado el tribunal de comercio de Marsella. Tranquilo con esta opinion de las primeras notabilidades del foro de París, cuya consulta me costó 3.000 francos, dejé mis instrucciones en Marsella para que se procediese segun el dictámen de los célebres letrados. La quina se vendió á buen precio, quedando los fondos depositados en la *Caja des consignations*, y yo me dirigí á Suiza, que no conocia, dando tiempo á que se consumiesen los plazos legales y llegase el momento de verme en posesion de mi hacienda.

Para no tener que volver á hablar de este asunto, único tal vez en los fastos judiciales, sépase que seis meses despues fuí sorprendido en medio de mi excursion veraniega, por la sorprendente noticia de que, recibida en Marsella la sentencia de Génova favorable á mi adversario, como no podia ménos de ser, toda vez que yo no me habia defendido ante los tribunales sardos y pedido que húbese por mi abogado ante la jurisdiccion que con arreglo á derecho el tribunal entendiese en el fondo del asunto, el letrado de la parte adversa hizo valer un tratado entre el Piamonte y Francia, promulgado pocos dias antes, en virtud del cual los dos Gobiernos estipulaban que las sentencias de sus respectivos tribunales fuesen recíprocamente ejecutoriadas sin revision.

Por efecto de semejantes desusadas peripecias, vine á verme despojado de mi propiedad, pues aunque de *guerre laise* y á buen componer, transigí con la casa de Génova y salvé una parte de la suma depositada: los gastos del litigio y los extraordinarios personales en que habia incurrido en la expectativa de un fallo favorable, redujeron á bien poco lo que salvé del dinero saneado en mal hora invertido en Gibraltar en la quina traída de Bahía por el capitán Lind.

Si hubiese podido prever el triste desenlace de mi aprendizaje mercantil, no habria hecho las costosas excursiones que desde mi salida de Gibraltar me detuvieron en Sicilia, en Egipto, en Italia y en Suiza, donde me hallaba cuando recibí la fatal nueva de encontrarme pobre, cuando creia contar con medios más que suficientes para haberme fijado en Paris.

ANDRÉS BORREGO.

LA GUERRA CHILENO-PERUANA.

Una carta escrita por un marino á bordo del *Huáscar*, comunica las noticias siguientes sobre la última campaña de este buque:

«El 26 de Junio avistamos Antofagasta. Como á una milla del puerto, afianzamos el pabellon con un cañonazo.

Al avistarnos un vapor que se encontraba en la bahía, se puso precipitadamente en fuga, y á pesar de haberlo perseguido por algun tiempo, no logramos darle caza, debido á su mucho andar. Estábamos en persecucion de ese vapor, cuando de tierra se nos hicieron algunos disparos de cañon. Ya fué preciso regresar al puerto á contestar á la provocacion que se recibia.

Efectivamente, á las cinco de la tarde entramos en la bahía en son de combate, colocándonos á tiro de revolver de los fuertes de tierra.

La *Covadonga* se cubrió con los buques mercantes, quedando siempre en disposicion de hacernos fuego.

Habia trascurrido media hora, durante cuyo tiempo

reconocimos la bahía. Esta está fortificada con tres baterías: una al Sur, otra al centro y la tercera al Norte, todas con cañones de grueso calibre.

Viendo, pues, que á pesar de lo próximo que estábamos de tierra, no se nos hacia fuego, el comandante ordenó disparar sus cañones sobre las máquinas condensadoras de agua, que estaban en la playa hácia el Norte de la poblacion. Entonces se nos contestó de tierra y de la *Covadonga*, trabándose desde ese momento el combate.

A las siete de la noche cesó el fuego del enemigo, habiendo disparado el *Huáscar* su último cañonazo, que no fué contestado.

A las ocho de la mañana siguiente nos dirigimos al lugar donde habíamos estado la víspera, y notamos con sorpresa que no se veian más banderas que las de los buques mercantes.

El no haber en todo el puerto ni una bandera chilena, parecia como que se hubieran rendido y nos convenimos de ello, porque á pesar de la poca distancia que nos separaba de tierra, no se nos hizo fuego.

Convencido por esto, el comandante, de que era inútil perder tiempo en la bahía puesto que los chilenos no daban acuerdo de su persona, ordenó arriar dos embarcaciones, con sus respectivas rastras para pescar el cable. No se hizo muy pesada esta operacion, porque á los pocos minutos se encontró el cable y se cortó sin gran dificultad.

No bien habíamos concluido esta operacion, cuando, como á las seis de la tarde, se distinguió un humo en el horizonte. Nos dirigimos á reconocer de dónde salia ese humo y nos encontramos con el vapor *Ayacuchu* de la Compañía inglesa que iba en viaje del Callao á Valparaiso. Por este vapor supimos que la escuadra chilena habia llegado el dia anterior á Pisagua.

Amaneció el 2 de Julio y entramos en el puerto haciendo carbon inmediatamente, faena que duró hasta las 7 de la noche, que notando que habia arriada en tierra una señal convenida, nos alistamos para zarpar.

A las 7'30 abandonamos el fondeadero, poniendo proa al SO. y pasamos á 15 millas de Iquique, aproximándonos despues á la costa para reconocerla.

En la mañana del dia 3 avistamos por nuestra mura de babor un buque de vela y nos dirigimos á toda fuerza á reconocerlo, cuando avistamos, más ó ménos en la misma direccion, dos columnas de humo proyectadas sobre la costa.

Las noticias recibidas en Pisagua nos hacian creer que fueran las corbetas *Chacabuco* y *O'Higgins*, que regresaban á Iquique de la comision á que habian sido enviadas al Sur. Pronto avistamos dos buques de vapor, y cuando aclaró el tiempo, á las 5 45 a. m. reconocimos al *Blanco Encalada* y la *Magallanes*, por lo que viramos navegando á toda fuerza de máquina hácia al O. En seguida se alistó el buque para emprender el combate.

La cubierta, completamente obstruida por los sacos de carbon que habíamos embarcado en Pisagua, no permitia hacer uso de los cañones de popa.

El blindado chileno seguia estrechando la distancia y la corbeta lo seguia, pero perdiendo terreno por su menor andar.

Por la mala calidad del carbon que consumiamos, apenas andábamos 9 millas, término medio, por lo cual á la 1 10 m., estando á distancia como de 6.000 yardas, nos hizo dos tiros el blindado chileno con sus cañones de caza; contestamos con uno de los de á 40 que se habian colocado en la popa, izando en el mismo instante el pabellon nacional al pico y tope mayor.

Las falúas del costado de estribor, destrozadas casi completamente en los combates anteriores del buque, impedian que los cañones de la torre pudieran hacer fuego en direccion de la aleta, por lo cual se echaron al agua.

A las dos de la tarde, la distancia habia disminuido ya á 4.000 yardas, por lo que rompimos los fuegos con los cañones de á 300.

Antes de disparar nuestros cañones, el comandante formó á la tripulacion sobre cubierta, y la arengó, alentándoles el entusiasmo y recordándoles las glorias adquiridas por el buque en esta campaña naval.

Nuestros dos disparos fueron contestados por el blindado chileno que desvió con este objeto varias veces su rumbo, maniobra de la que nos aprovechamos, sacándole alguna ventaja; él siguió haciéndonos fuego y nosotros contestando en retirada, hasta las tres de la tarde que ya estábamos fuera de tiro de cañon.

En este momento, la gente de la cubierta dió voces de «hombre al agua» y llegamos á distinguir, en efecto, á 100 yardas por la popa, un hombre que levantaba el brazo haciendo señales.

No era posible en este momento parar el buque para recoger al naufrago, porque el enemigo, á muy corta distancia, seguia haciendo fuego y nosotros contestándole.

Por el momento no se supo quién habia sido el hombre que cayó al agua; pero como á las 4 horas, tuvimos el dolor de saber que era nuestro querido compañero don Antonio Cucalon.

Las señales que el blindado chileno hacia á la corbeta en el acto que aconteció esta desgracia, y el cambio de rumbo de esta última, así como su considerable atraso despues, nos hace esperar que haya salvado á nuestro amigo Cucalon de perecer ahogado, tomándolo á su bordo.

La distancia ganada al enemigo, que pudimos conservar hasta las doce de la noche, frente al Morro de Sama, lo decidieron sin duda á abandonar la persecucion; y á esa hora, haciendo un último disparo en blanco, cambió su proa, perdiéndose poco despues de vista.

El *Blanco Encalada* habia hecho nueve disparos: El *Huáscar* solamente cinco.

Durante la noche navegamos ya con direccion á Molle.

A las cuatro de la tarde del dia 5 fondeamos en Molle, donde fuimos recibidos por el pueblo, con gran entusiasmo.

(1) Papel de curso forzoso durante la revolucion de 1793, que llegó á perder hasta mil por uno; esto es, que se compraba por un franco ó libra tornesa en metálico lo que costaba seis mil en asignados.

ELECTRICIDAD Y MAGNETISMO.

RESULTADOS EXPERIMENTALES Y TEORIAS DIVERSAS.

I

Al exponer en los artículos precedentes las teorías modernas de la luz y del calor, no hemos dudado en afirmar que son ciertas, y que constituyen los fundamentos de la nueva física; al ocuparnos hoy de los fenómenos eléctricos y magnéticos, tendremos, por el contrario, que presentar dudas, que hacer salvedades, que consultar opiniones, que sustituir, en fin, al dogmático, pero científico es, el prudente y tímido quiza.

Y no ciertamente porque los trabajos experimentales, que en lo que va de siglo se han ejecutado sobre la electricidad y el magnetismo, sean escasos en número ó pobres en mérito; sino por la índole especial de la materia, por las circunstancias que en ella concurren, y porque no siempre es dado hallar una *idea madre*, fecunda y comprensiva, como lo fué la elevada concepción de Huyghens, ó la feliz inspiración de Mayer.

Por otra parte, no creemos separarnos de la verdad al decir que, en la historia de la ciencia, el estudio de los fenómenos eléctricos y magnéticos es posterior al de los caloríferos ó luminosos; y se comprende que así debe ser, porque el calor y la luz se hallan más á nuestro alcance que la electricidad y el magnetismo; excitán más directamente la atención del físico; y tan comunes y tan vulgares son, y tan íntimamente ligados están á todas nuestras sensaciones, que es imposible dejar de percibir su poderosa influencia.

¿Cómo no ver cuando se tienen ojos?

¿Cómo no sentir calor en verano y frío en invierno?

Pero la electricidad y el magnetismo, sin ser, en la economía del universo, ménos importantes que el calor y la luz, están más ocultos ó pasan más rápidos; no se presentan espontáneamente, y es preciso que á la observación se sustituya la experiencia, combinando á este fin medios relativamente complicados y sutiles.

El calor y la luz son como el agua de los ríos: corren éstos á nuestra vista, sobre la superficie de la tierra, bajo el azul del cielo; el magnetismo y la electricidad son como las corrientes artesianas, que fluyen á grandes profundidades, y que han de ser buscadas por la industria humana á 400 ó 500 metros bajo el nivel del terreno.

El fluido calorífico y el lumínico circulan libremente, salpicándonos con su oleaje; el fluido eléctrico y el magnético circulan silenciosos sin que podamos sospechar su existencia, y el ingenio del hombre, sólo tras multiplicados ensayos, logra al fin descubrirlos en la aguja imantada, en la máquina eléctrica, en la pila galvánica, ó en el estampido terrible, pero fugaz, del rayo.

Y no es esto solo: las palabras *magnetismo*, *electricidad*, y las ideas que expresan, suponen un inmenso trabajo de concentración: no son primeras denominaciones de unas cuantas *apariencias* físicas, sino poderosas síntesis, en las que se ha conseguido encerrar, al fin, multitud de fenómenos en un principio esencialmente distinto, á saber: la electricidad estática, las corrientes eléctricas, el galvanismo, la inducción, el diamagnetismo y otros varios grupos de hechos, que es inútil detallar.

Inmensos trabajos reseña, pues, la historia de esta parte de la Física, y nombres tan ilustres como los de Volta, Oersted, Ampère (el Newton de la electro-dinámica), Ohm, Faraday, Becquerel y otros muchos; pero casi todos los admirables descubrimientos, que constituyen hoy la ciencia de la electricidad, son de la época moderna.

Los antiguos sólo conocían dos manifestaciones eléctricas, y separadas ambas en sus apariencias por un abismo: 1.º, el rayo, fenómeno magnífico, terrible, prueba patente, en aquellos tiempos, de la cólera divina; 2.º, este hecho singular, que un trozo de *ámbar*, frotado con una tela de lana, adquiere la propiedad de atraer los cuerpos ligeros.

¿El rayo y la atracción del ámbar ser una misma cosa!

¿Estar ambos fenómenos dentro de una misma teoría!

¿Explicarse por un mismo principio!

¿Cuán misteriosa es á veces la *unidad*, la *suprema unidad* de la naturaleza!

¿Y cómo sospechar, en aquellas edades en que la Física casi no existía, relación alguna entre fenómenos naturales de tan distinta especie?

En el siglo xvi, repitiendo Gilbert la experiencia del ámbar, con el vidrio, el azufre, la goma laca y otras sustancias, pudo ensanchar los límites del hecho primitivo, y dedujo que *no sólo el ámbar, sino gran número de otros cuerpos, son susceptibles de adquirir por el rozamiento la propiedad atractiva*.

En 1726 Gray estableció la importantísima clasificación de los cuerpos en conductores y no conductores, y éste fué un gran adelanto.

En 1733 Dufay descubrió las dos electricidades, ó mejor dicho, las dos apariencias eléctricas, y de esta suerte asentó la base de la teoría que ha dominado hasta hoy, y que aun domina en todas las obras de Física, no por que se crea que es la verdadera explicación de los fenómenos eléctricos, sino porque es la expresión exacta de los hechos mismos, y se presta bastante bien á presentarlos en forma regular y sencilla.

Pero aunque no podamos exponer una teoría completa y positiva de la electricidad, ¿significa esto por ventura que nada se ha conseguido adelantar en este camino?

No ciertamente: y si no podemos decir á punto fijo lo que la electricidad sea—como declamamos en nuestro tercer artículo, que *el calor es la vibración de la materia ponderable*, ó como afirmábamos en el cuarto y el quinto que *la luz es la vibración transversal del éter*,—podemos en cambio decir y afirmar, con alta probabilidad filosófica, que en la electricidad y sus diversas manifestaciones, el rayo que estalla en las nubes, la chispa que cruje en la máquina eléctrica, el fluido que circula por el hilo del telégrafo, la fuerza misteriosa que dirige la aguja imantada hácia el polo norte, todos estos fenómenos, tan diversos en sus apariencias, son una misma cosa, un fenómeno único, á saber: el *movimiento del éter*.

¿Qué clase de movimiento?

¿Vibratorio ó de traslación?

¿Son moléculas etéreas que circulan, moléculas etéreas que oscilan?

En una palabra, ¿en los fenómenos eléctricos el éter *vibra ó marcha*?

Aquí está la duda: ésta es la dificultad más grave de la nueva teoría; y habremos de limitarnos, en este punto, á presentar la hipótesis más satisfactoria entre las varias que han sido propuestas.

II

Vemos, sin embargo, que el mismo principio que explica los fenómenos del calor y de la luz, explica también los eléctricos y magnéticos, y que estas cuatro fuerzas naturales no son más que movimientos diversos de un solo fluido: *el éter*.

Y que la electricidad y el magnetismo son manifestaciones varias de la fuerza viva etérea, parecen cosa evidéntísima, pues no de otra suerte podrían verificarse tantos y tan repetidos cambios, transformaciones tan sorprendentes, entre los cuatro fluidos imponderables, el trabajo mecánico y la fuerza viva, que existiendo identidad de esencia y comunidad de origen entre todos ellos.

Si el TRABAJO Ó LA FUERZA VIVA se convierte en calor (ejemplo, el rozamiento), y en luz (inflamación de sustancias combustibles por acciones mecánicas), y en electricidad (máquina eléctrica), y en magnetismo (fenómenos de inducción): si aún el calor se transforma en trabajo (máquinas de vapor), y en luz (combustión), y en electricidad (pilas termo-eléctricas), y en magnetismo (solenoides alimentados por dichas pilas é imantación por corrientes): si todavía la luz engendra calor (análisis espectral y absorción de los metales), y se convierte en trabajo (acciones químicas), y en electricidad y en magnetismo (por el intermedio del calor): si la ELECTRICIDAD se convierte en trabajo (motores eléctricos), y en calor (alambres enrojecidos), y en luz (chispa eléctrica y tubos de Geissler), y en magnetismo (solenoides é imantación eléctrica): si, finalmente, el MAGNETISMO se convierte en trabajo mecánico (motores electromagnéticos), y en calor y en luz (corrientes engendradas por imanes), y en electricidad (inducción magnética); y si, por otra parte, estas maravillosas transformaciones se verifican siempre en *proporciones equivalentes*, conservándose relaciones constantes entre las varias unidades elegidas (kilogrametros, masas por cuadrado de velocidades, calorías, desviaciones en la aguja del galvanómetro, equivalentes de hidrógeno ó de zinc), sería cerrar los ojos á la claridad, y negar la razón á la evidencia, empeñarse en desconocer que la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y el trabajo mecánico son una misma cosa; es decir, *materia y movimiento*.

Esta conclusión tiene un alto valor filosófico; debe considerarse como la base fundamental de la nueva Física; y marca, por decirlo así, el sentido en que deben trabajar los experimentadores, siquiera conserven absoluta independencia de espíritu para ir consignando los resultados, sean éstos favorables ó contrarios á la teoría.

La experimentación debe ser siempre *imparcial*, si se nos permite esta manera de expresarnos, pero no debe ser irreflexiva: una *idea* debe guiarla, y esta idea es, en la Física moderna, la de unidad y armonía entre todas las partes de la ciencia.

Cierto es que todavía se ignora, ó al ménos se duda, cuál sea el movimiento del éter en los fenómenos eléctricos y magnéticos; pero esta ignorancia redanda en atraso de la teoría, no debe ser obstáculo para admitirla en principio: á bien que casi todos los físicos admiten que el calor consiste en la vibración de las moléculas ponderables, y, sin embargo, la teoría matemática del calorífico no alcanza aún la perfección de la óptica: vibración del éter es la luz, vibración del éter es el calor radial, y se ignora cuál es la diferencia que existe entre aquellas y estas vibraciones: físicos de gran valía sostienen que el movimiento vibratorio de la luz polarizada es perpendicular al plano de polarización, mientras otros suponen que se verifica en dicho plano; pero todas estas dudas, todas estas dificultades, no son parte para rechazar teorías racionales, filosóficas y comprobadas por mil hechos y de mil maneras distintas.

Otro tanto podemos decir de la *electricidad* y del *magnetismo*: aceptado el principio,—movimiento del éter,—y difícil es ponerlo en duda en presencia de tantas y tan repetidas comprobaciones, la creación de una teoría matemática es cues-

tion de *tiempo* y de *oportunidad*, que no ha de faltar quien haga, para los fenómenos eléctricos, lo que Newton hizo para la *atracción*, lo que Fresnel y Cauchy hicieron para la *luz*, Ampère para la *electro-dinámica*, y tantos otros físicos están haciendo para la moderna, y aun incompleta teoría del calor.

III

Entremos ya en materia y principiemos por los fenómenos eléctricos.

ELECTRICIDAD.—Cuando nos ocupamos del calor fué inútil definirlo; ¿quién ignora cuáles son los fenómenos caloríficos?

Ménos aún necesitamos explicar lo que por fluido luminoso se entiende, porque ¿quién no ha visto la luz, á no ser ciego?

No estamos en igual caso hoy que vamos á estudiar el fluido eléctrico, porque si bien todo el mundo sabe, de una manera vaga, que el rayo es una manifestación de la electricidad; que por el hilo del telégrafo marcha *algo*, y que á ese algo se le da el nombre de *corriente eléctrica*; que hay alumbrado eléctrico, y máquinas especiales en las que, dando vueltas á un disco cristal, salta la *chispa*, rayo en miniatura; todas estas nociones son vagas, oscuras, y ni con mucho tan familiares como las que se tienen del calor y de la luz.

Hé aquí una primera dificultad con que tenemos que luchar; procuremos vencerla precisando las ideas.

Dos son las principales manifestaciones eléctricas: 1.ª la *electricidad estática*; 2.ª la *electricidad dinámica*.

Ocupémonos sucesivamente de ambas.

I. *Electricidad estática*.—Supongamos que se frota una barra de *lacre*, un trozo de *azufre*, un tubo de *crystal* ó un pedazo de *ámbar*, con una tela de lana; todas estas sustancias, y algunas otras, adquieren por el rozamiento propiedades extrañas y se constituyen en un estado anormal, á que se dá el nombre de *estado eléctrico*. Dichas propiedades en rigor se reducen á una, que es la de atraer ó rechazar los cuerpecillos ligeros; es decir, la de crear, aunque en cantidades muy pequeñas, *movimiento y fuerza viva*. Parece que sobre la superficie de dichos cuerpos se ha depositado el *trabajo mecánico* del rozamiento, y que al acercarse á ellos masas suficientemente pequeñas y dotadas de gran movilidad, se traslada á dichas masas, en forma de fuerza viva, este trabajo acumulado.

La electricidad estática, al ménos en su forma externa, es una transformación de movimiento, una cuestión dinámica, un cambio de trabajo muscular en fuerza viva; pero la manera indirecta de efectuarse tal transformación es en extremo notable, porque, ¿en qué consiste el nuevo estado de la superficie del lacre, del vidrio, del azufre ó del ámbar?

¿Por qué rechazan ó atraen despues de frotados y antes ni atraían ni rechazaban?

¿De qué manera el trabajo de rozamiento queda oculto, latente, en estado potencial, hasta que halla ocasión de convertirse en fuerza viva?

¿Qué es esa pequeña chispa que á veces salta de los cuerpos electrizados?

En una palabra, ¿cuál es la esencia del estado eléctrico creado por el rozamiento?

En la electricidad, como en el calor, como en la luz, como en el magnetismo, hay dos teorías; la *antigua*, aceptada por casi todos los físicos, ya que no como la verdadera explicación del fenómeno, al ménos como la manera más clara de expresar y agrupar los hechos; y la *teoría moderna*, ó dicho con más exactitud, el ensayo de teoría que con gran ingenio y gran talento desarrolla el padre Secchi en su obra ya citada sobre la *unidad de las fuerzas físicas*.

IV

Teoría de los dos fluidos.—Fijemos nuestra atención en esta serie de hechos.

1.º Una barra de lacre frotada por un paño de lana se electriza; es decir, se constituye en ese estado de que hablábamos antes, y cuya propiedad principal es la de atraer los cuerpos ligeros.

2.º Acercando la barra de lacre electrizada á una bolilla, A, de médula de saúco suspendida de una seda, el lacre trasmite á la bolilla la propiedad eléctrica. Puede decirse que el trabajo desarrollado por la fuerza muscular pasó al lacre, y del lacre, en parte, pasó al saúco.

3.º Electricemos un tubo de cristal y la electricidad que en él se desarrolle trasmitámosla á otra bolilla, B, suspendida también de una seda (lo cual equivale á *aislarla*, es decir, á cerrar el paso á la electricidad para que no se desvanezca). Hecho esto, observaremos lo siguiente:

4.º El lacre rechaza á la bolilla A, electrizada por él, y el cristal la atrae.

5.º El cristal rechaza á la bolilla B, que recibió de él mismo el estado eléctrico en que se halla, y es, por el contrario, atraída por el lacre.

6.º Las bolillas A y B se atraen.

De aquí resulta que no todos los estados eléctricos son iguales; hay dos que gozan de la misma propiedad atractiva, pero que en cierto modo son distintos y aun opuestos, toda vez que convierten en repulsiones las atracciones. Es uno de dichos estados el en que se constituye el lacre; otro el que se presenta en el cristal, y de aquí el decir que existen dos electricidades; la *electricidad vítrea* y la *electricidad resinosa*, á las que también se dá los nombres de *positiva* y *negativa*.

El cristal y el lacre se electrizan, pues, por el rozamiento, es decir, se constituyen en estados particulares que tienen este carácter común: *atraer los cuerpos ligeros*; pero ambos estados no son idénticos, toda vez que se rechazan.

7.º Agreguemos á los hechos anteriores este otro, que es muy importante.

Frotando entre sí dos discos con mangos de cristal (es decir, aislados), el uno recubierto por una tela de lana, y formado de cristal el otro, *ambos se electrizan con electricidades de nombre contrario*.

Así pues, siempre que se presenta el *primer estado* eléctrico en un cuerpo, se presenta el *segundo* en el otro; las dos electricidades aparecen á la vez y son en cierto modo complementarias; unidas ambas, los dos cuerpos se encuentran en estado normal; separadas por el rozamiento, aparecen los fenómenos eléctricos.

Hé aquí ahora la teoría de los dos fluidos.

Existen dos fluidos eléctricos que, cuando están combinados en una sustancia ponderable, se neutralizan; que separados por el rozamiento (máquinas eléctricas), por la acción química (pilas ordinarias), por el calor (pilas termo-eléctricas), se dividen quedando cada fluido en el cuerpo que le es más propio, constituyendo á ambas sustancias en estado eléctrico y comunicándoles las propiedades que hemos indicado anteriormente.

Por último, *cuerpos cargados de electricidad se rechazan; cuerpos electrizados en sentidos contrarios se atraen; ó dicho con mayor brevedad: electricidades semejantes se rechazan, y se atraen electricidades semejantes.*

Esta teoría de la electricidad estática es sin duda sencilla é ingeniosa, coordina fácilmente los hechos y se presta á toda clase de combinaciones; pero nada determina respecto á la esencia íntima de los fenómenos eléctricos, ni pone en relación esta nueva fuerza con las demás que en el seno de la naturaleza funcionan.

Más que *teoría* es la expresión abreviada de los hechos mismos, y si en este sentido tiene gran valor, no sucede otro tanto al considerarla bajo el punto de vista filosófico, pues multiplica las *entidades físicas* sin necesidad, y explica por dos fluidos lo que no es imposible explicar por uno solo.

V

Teoría del padre Secchi.—La teoría del padre Secchi, indicada ya por otros físicos, entre los que citaremos á M. E. E. Blavier, es una nueva *hipótesis*, pero que ofrece grandes ventajas, y que si no convence por completo, atrae y seduce al menos.

Hace entrar á los fenómenos eléctricos en la misma *unidad física* que comprende los lumínicos, caloríficos y magnéticos, es decir, en el gran principio de la ciencia, EL MOVIMIENTO DE LA MATERIA; no supone ningún nuevo fluido ó entidad; no admite ninguna otra fuerza abstracta sobre las muchas que existen ya en la física; y explica por las leyes generales de los fluidos con bastante sencillez, salvo ciertos casos, una gran parte de los fenómenos eléctricos.

Expongamos dicha teoría sin género alguno de comentarios, á fin de evitar divagaciones.

Dos elementos entran, según hemos dicho varias veces, en la constitución de los cuerpos: *primer elemento*; los átomos y las moléculas ponderables; *segundo elemento*, el éter, conjunto de átomos imponderables.

El éter penetra hasta los últimos poros de la materia, impregna toda sustancia, y como en el Océano flotan millares de embarcaciones, en el océano etéreo de cada cuerpo flotan también los átomos de la materia ponderable.

Uno y otro elemento se hallan en estado perpetuo de agitación; vibra la materia y vibra el éter, y entre ambos movimientos se desarrollan acciones recíprocas y cambios infinitos. Donde más vivos son estos movimientos es en la superficie de los cuerpos, y á veces llega la excitación vibratoria á tal grado, que la capa externa vence las atracciones interiores, vence la presión exterior del éter, y se desprende en emanaciones sutísimas. De ahí, según el padre Secchi, la evaporación de líquidos á bajas temperaturas; la sublimación de los sólidos; los olores; las emanaciones de las esencias, y en general, esa constante y marcadísima fuerza difusiva de gran número de sustancias.

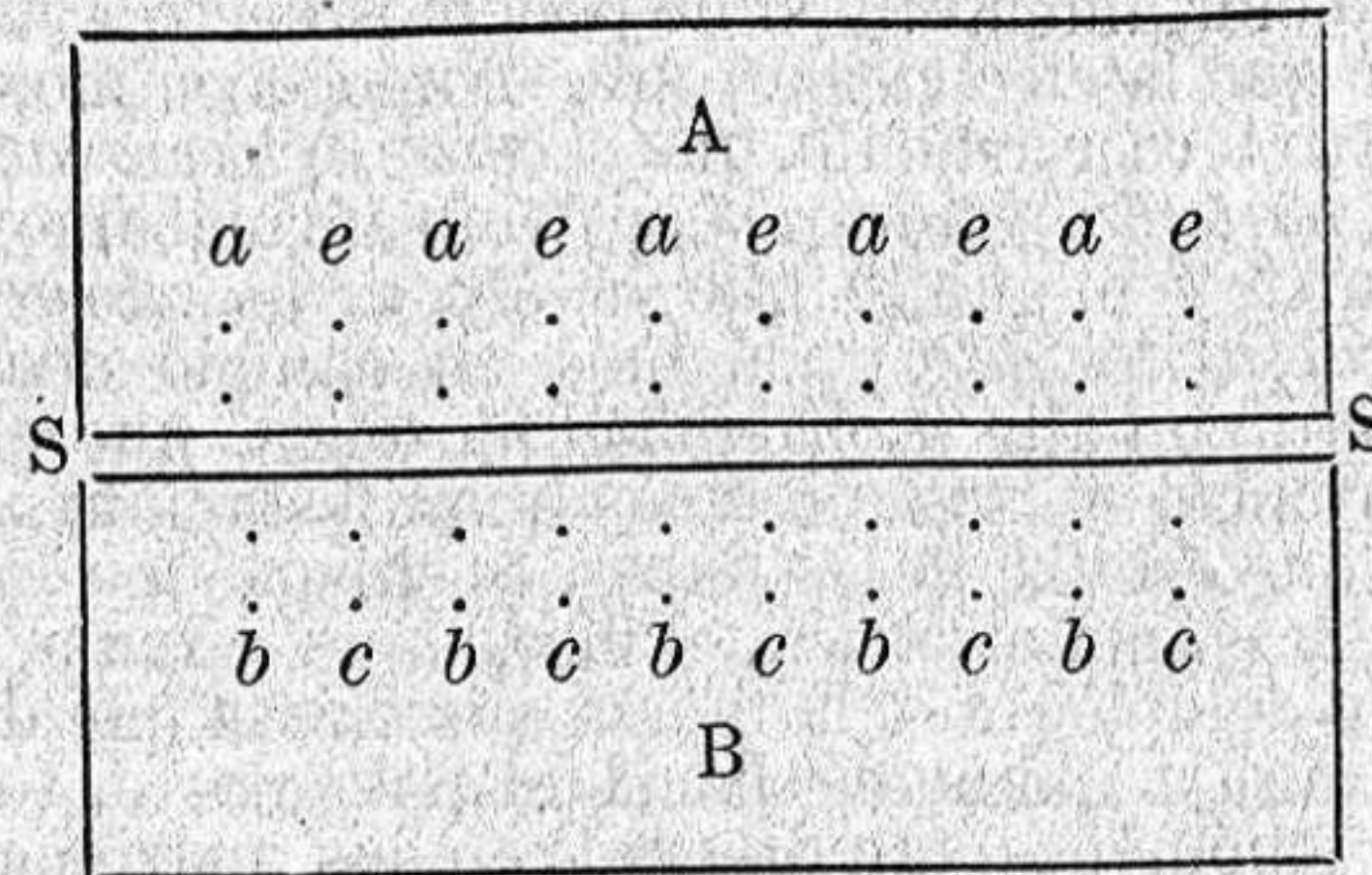
Un mayor grado de excitación, un aumento en esta fuerza difusiva, da origen á la electricidad estática.

Expliquémonos con más exactitud.

Supongamos, dice el célebre astrónomo cuya teoría exponemos, que se frotan fuertemente dos cuerpos, y es claro que, según sea mayor ó menor el estado de movilidad de sus superficies, las moléculas exteriores de ambos tomarán mayor ó menor movimiento; otro tanto sucederá con el éter interpuesto entre dichas moléculas superficiales, y consecuencia forzosa del diferente grado de agitación de las dos sustancias habrá de ser que el fluido etéreo se reparta, mientras dure el rozamiento, desigualmente, acumulándose de un lado y abandonando en parte el opuesto. Por lo tanto, si se separan dichos cuerpos de repente y sin dar tiempo á que se restablezca el equilibrio, en la superficie de uno habrá *más éter* que antes, en la del otro *ménos*, y este *éter condensado* en el primero y esta *dilatación* de la atmósfera etérea en el segundo, determinarán los dos estados eléctricos, desig-

nados con el nombre de electricidad pasiva y negativa.

Materialicemos las ideas por medio de una figura.



Sean A y B dos cuerpos cuya superficie de contacto es S S.

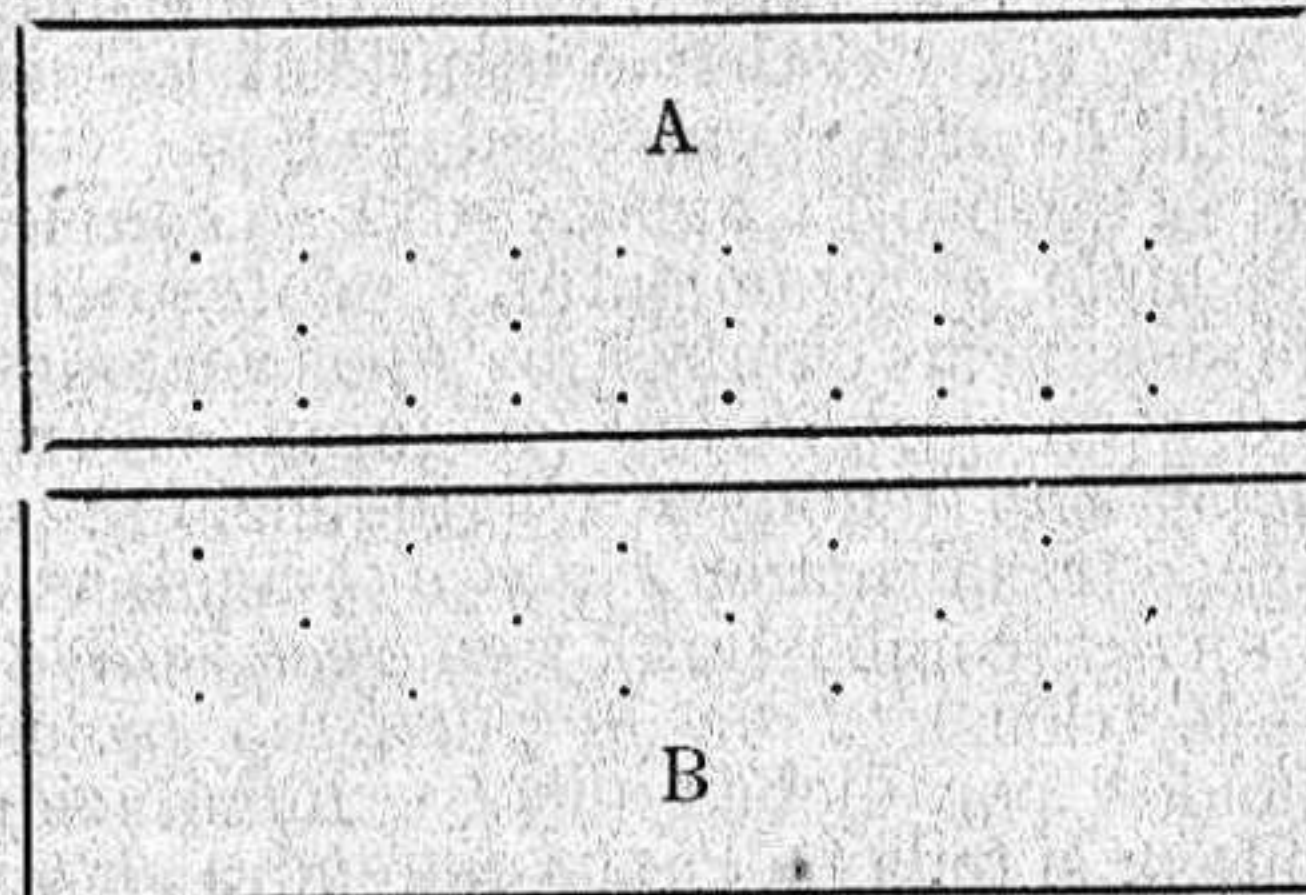
Y sean 1.º *a, a, a,* las moléculas ponderables del cuerpo A, situadas en la capa superficial inmediata á S S.

2.º *e, e, e,* los átomos etéreos de dicha capa que llenan los intervalos de unas á otras moléculas.

3.º *b, b, b,* las moléculas ponderables del segundo cuerpo contiguo á la superficie de rozamiento S S.

4.º *c, c, c,* los átomos etéreos superficiales de este último cuerpo B.

Al frotar un cuerpo contra otro todas las moléculas *a, a, a,* *b, b, b,* así como los átomos etéreos *e, e, e,* *c, c, c,* entrarán en rapidísima vibración; pero la *movilidad superficial de ambos cuerpos es distinta*; luego si suponemos que las moléculas del segundo entran en mayor agitación que las del primero, arrojarán con más violencia al éter interpuesto y resultará un nuevo estado de equilibrio en las dos zonas en contacto; estado que representaremos por la figura siguiente:



En esta figura, que es puramente *simbólica*, se observa que cada espacio intermolecular de la capa externa del cuerpo B sólo contiene un *átomo* de éter en vez de los dos que contenía antes del rozamiento; y que, por el contrario, los huecos intermoleculares de la superficie A encierran, no *dos átomos* como antes, sino *tres*. La agitación superficial del cuerpo B ha expulsado una parte de la atmósfera etérea, arrojándola al cuerpo A, en el que el movimiento es relativamente más pausado.

Ahora bien, si separamos de repente ambos cuerpos, antes de los dos que tengan tiempo de volver á su primitivo estado de equilibrio, el cuerpo A contendrá en su superficie *más éter* que contenía al comenzar el rozamiento (*tres átomos*); el cuerpo B contendrá, por el contrario, *ménos éter* (*un átomo*), y uno y otro quedarán *ELECTRIZADOS*: positivamente el primero, negativamente el segundo.

¿Qué es, según lo dicho, el estado eléctrico? Es un *exceso* ó una *falta* de éter en la superficie de los cuerpos; una carga ó un vacío de este fluido; éter condensado ó éter dilatado; es en fin, un desequilibrio en la repartición del fluido etéreo.

A causa del rozamiento un cuerpo ha ganado éter, otro ha perdido; y así, en el primero hay un exceso de *carga* que oprime de dentro á fuera al éter de la atmósfera, tendiendo á salir, y en el segundo hay un *vacío* que el éter atmosférico tiende á llenar, oprimiendo al cuerpo electrizado negativamente.

De aquí, por lo tanto, una *presión* hácia el exterior en los cuerpos cargados de electricidad positiva, una *contra-presión* hácia el interior en los cuerpos cargados de electricidad negativa.

En resumen, no existen dos fluidos ó dos electricidades, una vítrea y otra resinosa; no existe aún en los fenómenos eléctricos otro nuevo fluido distinto del que explica la luz y el calor: el fluido eléctrico es el éter, el mismo éter, materia primitiva y en extremo sutil, que vibrando transversalmente engendra la luz, y transmitiendo las vibraciones de la materia ponderable, constituye el calor radial, y acumulado ahora en un cuerpo determina el estado eléctrico positivo, como su falta en otros cuerpos dá origen á la electricidad negativa.

La electricidad positiva y la electricidad negativa no suponen diferencias sustanciales, sino modos de ser en el éter, como la luz y la sombra, como el calor y el frío; y esta idea, fuerza es confesarlo, es natural, sencilla, fecunda, y está en armonía con la tendencia de toda la física moderna.

VI

A la teoría que acabamos de exponer puede oponerse la siguiente duda.

Si el éter tiene en la superficie de un cuerpo mayor tensión que en la atmósfera, ¿cómo no se

derrama en ella, recobrando su tensión primitiva?

Si, por el contrario, el éter atmosférico tiende á llenar el vacío del cuerpo electrizado negativamente, ¿cómo no se precipita sobre la superficie de éste en la cantidad necesaria para restablecer el equilibrio?

Estas dificultades se resuelven con una sola palabra: la atmósfera, cuando está seca, es sustancia *aisladora*. Ni en ella penetran las cargas eléctricas sino rompiéndola, ni por ella circula, ni de ella se desprende el éter.

Pudiéramos aquí, á tener tiempo y espacio, desarrollar la teoría de los *aisladores* y de los *conductores* del fluido eléctrico; división análoga á la que en el calor se hace para todos los cuerpos (buenos ó malos conductores), ó á la que se hace en óptica respecto á los *medios* (diáfanos y opacos); pero nos es imposible entrar en detalles, y por otra parte, basta para nuestro objeto con indicar que hay materias (los metales, la tierra etc.), por las que el fluido eléctrico circula fácilmente, buscando la forma más propia de equilibrio, como un líquido ó un gas en vasos comunicantes; al paso que hay otras (las gomas, el cristal, la atmósfera, el vacío) que se oponen á todo movimiento del éter al través de su masa.

Esta diferencia debe explicarse por la constitución molecular de cada sustancia, y el padre Secchi llama la atención sobre esta circunstancia singularísima: en general los cuerpos *diáfanos* (ejemplo, el cristal) son *aisladores*; los cuerpos *opacos* (como los metales) son *conductores*. Cuando por un cuerpo pueden circular las vibraciones transversales del éter, no circulan las corrientes etéreas; cuando estas últimas corren sin tropiezo, chocan y se anulan y se destruyen las vibraciones luminosas. Diríase (y ha de entenderse que sólo presentamos esta imagen para que se comprenda nuestro pensamiento), que los metales están formados por infinitos tubos de pequeñísimo diámetro, y que por ellos fluye sin obstáculo el éter; al paso que toda vibración transversal tropieza con las paredes de dichos tubos y se extingue en breve tiempo.

Supongamos aún, para materializar nuestras ideas, que las sustancias cristalinas están formadas de láminas transversales; las corrientes de éter (electricidad) tropezarán á cada paso con ellas, y no podrán continuar su camino: las vibraciones transversales hallarán espacio franco á los costados y nada se opondrá á sus movimientos de vaiven.

El padre Secchi aún penetra más en el fondo del problema, y llega hasta la misma constitución atómica, fundándola en el movimiento rotatorio de los átomos y de las moléculas.

Comprendidas las ideas que preceden, no es difícil explicar, al menos para ciertos casos, la mayor parte de los fenómenos que se presentan en la electricidad estática, á saber: las atracciones y repulsiones, la inducción ó influencia á distancia, la chispa eléctrica, etc.

Pero ante todo justifiquemos esta denominación: *electricidad estática*.

En los cuerpos electrizados el éter no circula; está, por decirlo así, comprendido entre dos macizos que no puede atravesar; *primer macizo*, hácia el interior, el cuerpo; *segundo macizo*, hácia el exterior, la atmósfera. Como el agua de un depósito se halla aprisionada por las paredes; como el aire condensado en una capacidad queda sujeto por la superficie sólida que le rodea, así el éter de todo cuerpo electro-positivo está aprisionado y sujeto por estas dos paredes, el *cuerpo mismo* y la *atmósfera*. Y así como el agua y el aire oprimen y tienden á romper toda pared, así el éter condensado se halla en constante tensión, ejerce contra la atmósfera cierto esfuerzo permanente más ó ménos intenso, y cuando éste es superior á la resistencia del muro atmosférico, lo rompe y sale en forma de chispa eléctrica.

Las nubes al condensarse desprenden en forma de lluvia el agua que trajeron del mar; pues al condensarse también, se acumula en la desigual superficie de su masa más éter del que pueden contener, y rompiendo la resistencia de la atmósfera, se derrama en forma de rayo.

¿Qué es, según esto, la descarga eléctrica de las nubes?

Un depósito de éter que se rompe en la atmósfera.

JOSÉ ECHEGARAY.

LAS EMIGRACIONES AL AFRICA.

Muchas veces se ha ocupado la prensa de la emigración que sale sin cesar de nuestros puertos de Levante, desangrando el país en provecho de una colonia extranjera, en la cual, después de un trabajo impropio, constante y mal remunerado no encuentra el colono más que la miseria y el desprecio.

Más de cien mil españoles riegan con el sudor de su rostro los campos de Argel y forman, si no la totalidad, al menos la mayor parte de poblaciones tan considerables, tan ricas, tan industriosas como lo es Orán con la cual pocas ciudades de la península pueden compararse.

La agricultura, el comercio y la industria, están principalmente en manos de nuestros compatriotas; todos los días salen de nuestros puertos

del Mediterráneo nuevos contingentes que van á cubrir las bajas naturales y aumentar el número de los españoles residentes en Argel, cuyas autoridades, haciendo justicia á su sabiduría, inteligencia, constancia en el trabajo, valor y honradez, los prefieren en los repartos de baldíos á los colonos de otras naciones.

Por desgracia, no todos los españoles que en busca de fortuna van á Argel, están en condiciones de convertirse en propietarios, industriales ó comerciantes; la mayor parte no pueden aspirar sino á la humilde y poco lucrativa profesión de jornaleros, en la cual, mientras son útiles, encuentran el sustento diario á trueque de ser explotados como esclavos.

De este hecho constante se desprenden dos consecuencias, de las que vamos á hacernos cargo.

1.ª Que hay en nuestras clases populares y pobres una tendencia irresistible á emigrar al África, donde creen encontrar el bienestar que en España no pueden ó creen no poder alcanzar.

2.ª Que, contra lo que muchos creen, el pueblo español es eminentemente colonizador, amante del trabajo, comerciante é industrial, como lo está probando en Argel, y que, por consiguiente, si España carece de esas condiciones, no es por culpa suya, sino por la torpeza de los Gobiernos, que de todo ménos del bien del país se ocupan, y, lejos de contribuir al desarrollo de las fuerzas vivas de la nación, ciegan las fuentes de la riqueza pública y hacen imposible la vida á las personas que cuentan con escasos bienes.

¿Por qué nuestras provincias orientales no alcanzan la prosperidad de que hoy goza Argel?

¿Es suelo ménos fértil? ¿Tiene mejores puertos que nosotros en el Mediterráneo?

¿De ningún modo! Murcia, Valencia, las Baleares, Andalucía, son tan feraces como las más ricas comarcas del África; Cartagena y Mahon, rivalizan con los mejores puertos del mundo, y Argel no tiene ninguno bueno.

¿En qué consiste, pues, que los españoles que no han podido, no ya enriquecer el suelo donde nacieron, pero ni siquiera hacerle producir un negro pedazo de pan para calmar el hambre de sus familias, esos mismos españoles hayan elevado á la moderna colonia de Argel al grado de esplendor en que hoy se encuentra?

Esto consiste en la administracion, en el modo con que en Argel se administra, en el modo con que en España administramos.

Esto consiste en que en España se obliga al pobre á abandonar el suelo donde descansan los huesos de sus padres, para mendigar en tierra extraña el pan que ha de alimentar á sus hijos.

La emigracion: este cáncer que nos desangra y empobrece en beneficio de nuestros poderosos vecinos; este cáncer que ha de devorar nuestra independencia y concluir con nuestra nacionalidad, tiene remedio de todos conocido; pero no hay cuidado de que nadie aplique el cauterio ni nadie se ocupe de él. Esto es mucho ménos importante que saber si los húsares de Antequera vencen; ó si el Sr. Silvela se queda ó no en el Ministerio, porque lo primero, si bien es de interés general y vital, es tan lejano, que sólo á nuestros hijos afecta, mientras que lo segundo puede producir una credencial inmediata, una cesantía de ministro y otras ventajas por el estilo palpables é inmediatas que no son de despreciar.

Es tan dulce luchar por la existencia, defender el pueblo y no ocuparse de más porvenir que del consignado en las nóminas de las clases activas, que comprendemos la política que en el poder se ha hecho antes y ahora, y se hará siempre, sintetizada en estas palabras de un monarca francés: *après moi le déluge*.

La emigracion puede remediarse en absoluto, y mientras se logra este resultado, que por fuerza ha de ser lento, puede y deben atenuarse los males que produce, encauzando hácia Marruecos esa corriente humana, que ya que sale y empobrece á la patria en las orillas del Estrecho, bajo los muros de Ceuta y Melilla, dominando desde las Chafarinas la desembocadura del Moluya, explotando la fértil y anchurosa vega que se extiende hácia el interior; en el litoral del Océano y en las feraces campiñas de Guad-Nun, al lado de la que debía ser Santa Cruz de Mar Pequeña, ya que forzosa-mente han de salir de España, servirían al ménos para cimentar sobre sólidas bases los futuros destinos de la patria.

No vale objetar que los emigrantes que hoy se dirigen á Argel repugnarían ir á Marruecos, porque esta objecion no es exacta y los hechos demuestran lo contrario.

Antes de nuestra guerra con Marruecos, una ó dos familias españolas habitaban en Tetuan y Larache, siendo mayor el número, pero sin pasar de veinte, el de las que vivían en Tánger. Hoy la colonia europea de Tetuan es en su totalidad española; en Tánger, Larache y Rabat dominan los españoles; algunos de ellos se han internado hasta Alcazarkibir y en los demás puntos de la costa su número iguala por lo ménos al de las otras colonias, siendo el total de la nuestra en el imperio, superior al que juntas reúnen todas las naciones cristianas.

No vale negar esto *a priori*; el Gobierno tiene ó debe tener datos para comparar la importancia que en Marruecos tenía la colonia española en 1859 y la que alcanza en 1879, y la comparación de estos datos, al confirmar lo que hemos avanzado, probará de una manera irrecusable y palmaria, al

par que la verdad de nuestro aserto, la importancia, que muchos por malicia ó ignorancia niegan, de los intereses que nuestra patria tiene al otro lado del Estrecho.

Vamos ahora á examinar cuál es el modo de ser de la colonia española en Marruecos, y cuál es el de las extranjeras.

En Tetuan, el comercio se hace casi en su totalidad por españoles y en bandera española, empleando buques de escaso porte.

Tánger da ocupacion á muchos barcos pequeños que luchan con desventaja contra los vapores ingleses y franceses que frecuentan aquel puerto.

En Larache, casi todo el comercio se hace en bandera española, y en Rabat nuestro pabellon está en las entradas y salidas al nivel de los extranjeros.

A Casablanca y Mazagan, los años que hay exportacion de granos, concurren muchos buques españoles, en especial en el último puerto.

A Safi y Magador, suelen ir algunos buques, aunque en menor número que los extranjeros: pero en todos los puntos de la costa tienen que sostener la competencia con las marinas de vapor y de vela de las demás naciones, y la lucha ofrece tales desventajas, que admira el ver cómo la sostienen nuestros marinos para los cuales no hay proteccion, sino trabas, dificultades, exacciones y obstáculos que le oponen los mismos que debían cooperar á su prosperidad.

Tan sabido es esto, que hasta podríamos prescindir de pruebas; pero con todo, citaremos como causas que se oponen al desarrollo, las incipientes leyes y ordenanzas que rigen en nuestras aduanas y los crecidos derechos consulares que nuestros buques tienen que abonar á su despacho, lo cual hace que muchos se retraigan de frecuentar los puertos extranjeros, como recientemente ha sucedido á una empresa española de vapores que iba á establecerse en la costa de Africa, y que ha tenido que desistir por los perjuicios que le ocasionaba el art. 159 de las ordenanzas de Aduanas.

El criterio que en estas materias rige en los centros directivos, es tan fatal como lo demostrarán los dos ejemplos que antes de concluir vamos á consignar.

Al despacharse la goleta española *Policarpo* de uno de los puertos de Marruecos con destino á Gibraltar, el patron pidió al vicecónsul la patente de sanidad, á lo cual no quiso acceder este funcionario porque decia, que no siendo válida en Gibraltar la patente expedida por el vicecónsul español, y llevando ya la goleta una patente inglesa, que era la indispensable, la española era un documento inútil que sólo servía para aumentar los gastos ocasionados por el despacho del buque.

Consultado este caso con nuestro representante en Tánger, contestó: Que el vicecónsul habia hecho mal en no dar la patente al *Policarpo*, pues si bien era un gasto inútil, *España no tenia interés en proteger el comercio en bandera española entre Marruecos y Gibraltar*.

¿Puede darse mayor absurdo? Vamos á otro.

Francia é Inglaterra tenían derecho á sacar anualmente 6.000 reses vacunas de Marruecos, y aun cuando las Canarias estaban solicitando igual ventaja desde hace muchos años, no se obtuvo hasta 1877.

Obtenida esta concesion, una Compañía española propuso al Gobierno establecer una línea de vapores españoles desde Cádiz á Tanger y encargarse del correo y trasporte de los caudales procedentes de la indemnizacion de guerra mediante una pequeña subvencion y el derecho de exportar á la Península ó Canarias 3.000 de los 6.000 bueyes cuya exportacion se habia por fin conseguido.

Los perjuicios que semejante línea habia de causar á Gibraltar y los beneficios que habia de reportar Cádiz, eran evidentes, y todo el mundo creyó que el Gobierno se apresuraria á aceptar esta proposicion: pero luego se vió, que en vez de proteger á nuestra marina mercante, aprovechando la ocasion en que sin gravar al Tesoro podia hacerlo, el ministro de Estado, Sr. Silvela, de acuerdo sin duda con la direccion de comercio, dió el privilegio de exportar por un año 2.000 reses á un influente particular de Andalucía y otras dos mil á un sujeto muy conocido en esta córte.

Véase, despues de lo dicho, si es posible así el desarrollo de nuestra marina mercante, y si tenemos ó no razon al quejarnos de que por todos los medios posibles se trata de matar los intereses que España tiene en aquel país.

Es muy cómodo hacer el daño y censurar con este motivo al que lo sufre.

P. RUIZ ALBISTUR.

FILIPINAS.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE LA AMÉRICA.

21 de Junio de 1879.

Hemos temido durante algunos dias vernos en la necesidad de empezar nuestra revista mensual para LA AMÉRICA con una alarmante noticia. Los periódicos de China, ó mejor dicho, los que se publican en Canton, anticiparon la nueva funesta de haber aparecido en aquella provincia una enfermedad de carácter grave y epidémico, no definida exactamente en un principio, pero cuyos síntomas la presentaban como la terrible viruela negra. Nuestros consules, tanto en la localidad expresada como en la inmediata colonia inglesa de Hong-Kong, se apresuraron á dar cuenta del suceso al Gobierno general

de estas islas, consignándolo además el segundo en la patente Sanitaria del vapor *Salvadora*, que despachó para Manila en aquellos dias. La noticia se hizo pública en la capital con la rapidez con que se propagan siempre las de este género, produciendo, como era consiguiente, una penosa impresion en todos los ánimos, que calmaron bien pronto las enérgicas medidas adoptadas por la superioridad, de acuerdo con la Junta Superior Sanitaria. Las procedencias de los puertos de China quedaron desde luego sujetas á rigurosa observacion, interin nuevas comunicaciones de nuestros agentes consulares no destruyeran la alarma, lo que por fortuna aconteció á los ocho dias.

Todos los temores han desaparecido, pues, al presente de una manera completa; mas añadiremos, como de paso, que además de los graves motivos que los inspiraban con el simple anuncio de la epidemia, ha contribuido no poco á ellos la frecuentísima comunicacion de este puerto con los de China y el numeroso y especial pasaje que traen de ordinario los vapores de aquella procedencia. Cuéntanse por cientos los chinos inmigrantes que conducen en cada viaje los buques que hacen el servicio de Emuy y Hong-Kong á Manila, inmigrantes á quienes la miseria, la falta de trabajo y tal vez la persecucion de la ley, arroja de su suelo y que vienen al nuestro como más próximo á buscar su sustento. No cabe en breves líneas dar idea del estado de miseria en que esos chinos hacían en el sollado ó en la cubierta de los vapores, llegando á Manila; y como ni en este puerto ni en ninguno de los del Archipiélago existe lazareto; como la policia sanitaria no puede ejercerse con seguros elementos en los casos de cuarentena, y ménos aún tratándose de naves atestadas de chinos menesterosos, de aqui el terror de que las medidas de observacion adoptadas, pudieran fracasar por cualquier inevitable descuido y crear en la capital un verdadero conflicto. Este, repetimos, no ha llegado á presentarse y los periódicos de Canton han sido los primeros en desmentir la alarma por ellos mismos promovida.

* *

Al fin va á ser un hecho el establecimiento del servicio postal marítimo en el interior de este Archipiélago. Tres líneas principales, la de Luzon y las que se llaman del S. y del S. E., que deberán enlazar con Manila el grupo de las Visayas y Mindanao, fueron oportunamente subastadas con arreglo á los pliegos de condiciones aprobados por el Gobierno de S. M. en real orden de 13 de Junio último. Los navieros adjudicatarios del servicio tienen preparados sus vapores para dar principio; pero los expedientes de subasta oportunamente elevados á la aprobacion suprema, no han sido resueltos aún, y esta importantísima mejora debia permanecer como en proyecto por algun tiempo todavía. Mas el Gobierno general de estas islas, inspirándose en la conveniencia pública, en el deseo general y en las ventajas de la misma administracion, ha resuelto la dificultad que el retraso de la esperada contestacion del Gobierno supremo venia oponiendo, y con aplauso de todos hemos visto en la *Gaceta* del 11 un decreto superior que dispone que si no se recibe orden contraria del Gobierno de S. M. el dia siguiente al de la llegada del primer correo de Europa que se reciba en el mes de Julio próximo, empiece el servicio de las tres líneas postales referidas.

Inútil nos parece expresar cuán acertada y conveniente es la medida trascrita. Su enunciacion basta para que el elogio brote, y no debe, por cierto, escasearse éste á la autoridad que, atenta al beneficio general, arrostra las consecuencias de la determinacion *bajo su personal responsabilidad*, como dice testualmente el decreto. A nuestro parecer, las restrictivas facultades que obligan al delegado del poder supremo en esta provincia ultramarina, á consignar dicha fórmula, no son justas, sobre todo tratándose de asuntos que tan visiblemente mejoran los intereses públicos y privados. No puede imputarse responsabilidad *personal* á la autoridad superior por el hecho de anticipar una ventaja anhelada dentro de los planes establecidos y aprobados por el Gobierno de S. M., cuando de este modo corrige el retardo de una aprobacion que sólo es causa de perjuicio. La autoridad que usa así de sus poderes extraordinarios, no tiene responsabilidad para la administracion, y si á pesar de lo dicho la tuviera, el interés general responderia desde luego por ella. La prensa local ha alabado sin rebozo esta medida, que permitirá desde Julio la comunicacion regular con distritos y provincias apartados en la capital, no por la distancia, si no por una falta de tutela que, ejercida con tino en este caso, puede ser la base de futuros y estimados progresos.

Ya indicamos en nuestra anterior revista, que uno de los vapores recientemente venidos para este servicio, habia verificado un viaje de ensayo, el de la línea del Sudoeste. Hoy se sabe que con la primera expedicion postal, irán funcionarios del Gobierno, al objeto de estudiar prácticamente los itinerarios señalados á las líneas; la forma de plantear el servicio de correos dentro de las provincias que van á gozar por primera vez de esta inapreciable ventaja; las necesidades de los puertos escogidos para las escalas, y esos varios detalles, en fin, auxiliares precisos de la mejora, que han de ser su acertado complemento. Indicase que el ilustrísimo señor director general de Administracion civil, D. José Cabezas de Herrera, á quien se debe la activa gestion y feliz término de este asunto, irá en persona á las provincias del Norte de Luzon.

* *

La enorme deuda con las colecciones de tabaco de Cagayan y la Isabela, continúa enjugándose con una regularidad tanto más plausible, cuanto que afianza el quebrantado crédito de nuestras cajas. Para la solvencia de dichos débitos, hizo una emision de billetes del Tesoro, que fueron distribuidos á los respectivos acreedores, destinándose todos los meses la cantidad de cincuenta mil pesos fuertes, para la amortizacion de los mismos, me-

diente pública subasta. Once de éstas se han celebrado ya, y la Hacienda ha obtenido en ellas los billetes por término medio, al cincuenta y cinco por ciento de su valor, de modo que con un desembolso efectivo de quinientos cincuenta mil duros, lleva satisfecho á las colecciones más de un millón. El actual intendente, excelentísimo señor don Olegario Andrade, concede preferente y merecido interés á estos pagos, que han de restablecer en las comarcas tabacaleras la preponderancia de la formalidad de los compromisos de la Hacienda, harto sensiblemente desatendida en épocas pasadas por circunstancias y consecuencias que damos al olvido.

La proporción que antes hemos indicado ha ido disminuyendo en las subastas últimas. En la del pasado mes de Mayo el minimum de las ofertas hechas no ha descendido del sesenta y dos por 100, lo cual prueba, como queda dicho, el restablecimiento del crédito del Tesoro público. Conviene advertir también que el papel, en su mayor parte, no está ya, y quizá no estuviera tampoco desde un principio, en poder de los acreedores directos, ó sea de los cosecheros. El negocio, al amparo de la pasividad de la administración, se apoderó de los créditos, y se un pública voz, con usura crecida.

El cosechero vendió su derecho, como Esaú vendió el de su primogenitura, y los billetes del Tesoro, en manos quizá de hábiles acaparadores, seguirán subiendo de valor en las subastas sucesivas, hasta obtener el del ochenta por 100, que es el que les ha fijado la Hacienda.

* *

Creemos haber indicado, aunque muy ligeramente, en nuestra revista anterior, que el Gobierno había resuelto llevar á cabo el estudio de la primera vía férrea de Filipinas, ó sea la de Manila á Dagupan. La línea, partiendo de esta capital, debe enlazar con ella y entre sí las ricas provincias de Bulacan, Pampanga, Farlac y Pangasinan, cuyo puerto principal y demás activo comercio es el que deberá servir de término por ahora al trazado. Los trabajos de campo dieron principio en 10 de Febrero, y se ha declarado terminada la primera campaña á principios del corriente; habiendo recorrido la comisión facultativa un trayecto de ciento diez kilómetros, que viene á ser poco más de la mitad del desarrollo total de la vía. La temporada de lluvias, adelantada ya, es la que motiva la suspensión del estudio, que se reanudará, hasta terminarlo, en el mes de Noviembre.

Los que nos interesamos por el más rápido progreso material de este territorio, vemos con gusto esta suerte de trabajos que señalan el vivo deseo de abandonar rancias preocupaciones contrarias á todo adelanto, dirigiendo los esfuerzos del Gobierno á empresas de verdadera utilidad ó que dejen cuando menos, alta idea de la solicitud de la administración. Filipinas ha visto impasible que la China, refractaria á la civilización europea, tenga hoy sus líneas de ferro-carriles, y que el Japon, rompiendo bruscamente con sus hábitos y con su historia abra sus comarcas á la locomotora, mientras el interior de Luzon apenas está cruzado por una mala carretera general, infranqueable en el período de las grandes lluvias; pero si esta imposibilidad ha podido sostenerse hasta hoy á pretexto del estado del Tesoro, el ejemplo que nos vienen dando los países vecinos demanda á la sazón un esfuerzo inteligente y enérgico, si la que fué un día en estas regiones cuna de la civilización cristiana, no ha de ser en lo porvenir rezagada y pobre, testimonio porrenne de una administración infecunda ó descuidada.

No puede nos precisar de pronto el porvenir que pueda estar reservado á la vía-férrea de Manila á Dagupan; la población y la producción de las comarcas que el trazado atraviesa nos hacen empero augurar un éxito reproductivo á los capitales que las obras exijan; quizá en otra revista próxima tengamos ocasión de demostrarlo con datos más precisos.

* *

El 14 del presente ha llegado á Manila, desde el pueblo de Nueva Cáceres, capital, ó como aquí se nombra, *Cabecera* de la provincia de Camarines Sur, el activo é ilustrado prelado de aquella diócesis, excelentísimo é ilustrísimo Sr. D. Francisco Gainza. El estado de salud de S. E. I. inspira serios temores: una enfermedad, de carácter grave, lo ha traído á este punto en busca de los recursos de la ciencia y de un alivio á su padecimiento, que los facultativos presumen no podrá hallar sino en el reposo eterno. Tan luego llegó á Manila, los profesores que le asisten ordenaron se le administraran los últimos Sacramentos, que ha recibido con la santidad y la resignación del justo. Háse hospedado en el convento de Padres Dominicos, á cuya Orden religiosa perteneció, y todas las personas notables de esta capital acuden diariamente á enterarse de su estado y á inscribir sus nombres en las listas que se han abierto. El digno prelado, á quien general y afectuosamente se llama por todos con el modesto título del padre Gainza, pone término á su carrera eclesiástica siendo un pastor infatigable, despues de haber sido un religioso sábio y de sólidas virtudes. La diócesis de Nueva Cáceres, y especialmente la localidad en que tenía su residencia, le deben grandes beneficios. A su iniciativa, á su esfuerzo, y en parte á sus propias expensas, han sido creados el hospital de Lazarinos y una notable Escuela Normal de Maestras, testimonios irrecusables de su celo evangélico, de su caridad inagotable y de un profundo y nunca desmentido amor al territorio filipino. Todo proyecto de mejora, dentro del órden moral ó del material, ha encontrado siempre eco en la voluntad resuelta del padre Gainza, y su tutela ha ofrecido fecundos resultados en muchas ocasiones.

* *

Sin que llegue á saberse jamás su punto de partida ni los fundamentos que puedan motivarlas, circulan muy á menudo en esta capital noticias atribuidas al telégrafo, en que se dan por ciertos próximos cambios en

el alto personal del Gobierno, ó la administración del país. A fines de Mayo asegurábase el inmediato relevo del general Moriones por el general Primo de Rivera, cuyo nombre suena en Manila. hace años como el del candidato más propicio á obtener el mando de las islas. Este nombre se trocó há poco por el del general Despujols, y tal vez aparezca todavía un tercero, creado como los anteriores, por los soñadores de oficio. Por nuestra parte sólo nos toca decir que el país no anhela la marcha del general Moriones, cuyos deseos de acierto y cuyo maudo feliz son bien patentes, y en cuya rectitud, energía y patriotismo confía descansadamente. El marqués de Oropieta no goza, por desgracia, de una salud inquebrantable, y á esto se debe el que prolongue sus ausencias fuera de Manila, especialmente en la temporada de los fuertes calores. A la sazón, y desde su regreso de los baños de Aguas Santas, reside en el convento de Guadalupe, situado en una pequeña eminencia á la margen derecha del río Pasig y á distancia de una legua de esta capital, mas desde allí atiende diariamente al vasto despacho oficial de los diferentes ramos de que es jefe superior.

* *

A modo de crónica puramente noticiara, terminaremos esta revista con los siguientes extractos:

La noche del 30 de Mayo descargó sobre la capital una terrible tormenta. No es fácil dar idea de la violencia con que se presentan en estas latitudes estos fenómenos meteorológicos. En una zona dilatada, la atmósfera se electriza de tal manera, que casi no se observa solución de continuidad en las descargas. Pasan de treinta las chispas que cayeron en el transcurso de una hora escasa, ocasionando varias desgracias personales. En la provincia de Bulacan, á la que alcanzó también las exhalaciones, fueron en mayor número, así como las desgracias.

El 13 del presente ocurrió un incendio en el escritorio de los comerciantes Chuidian, Buenaventura y compañía, establecido en la calle de Anloague. El siniestro pudo dominarse por la oportuna intervención de algunos particulares y de la fuerza de la Guardia civil veterana, sin que afortunadamente se propagara á las construcciones inmediatas. Si así hubiera sucedido, las pérdidas serían incalculables. En la calle de Anloague, situada en el centro del populoso arrabal de Binondo, tienen establecidas sus oficinas y almacenes muchas de las principales casas de comercio, y el Estado posee depósitos de tabaco y efectos timbrados y las dependencias de la Administración provincial de Hacienda.

Ha causado general sorpresa el ver agraciado con la cruz de Isabel la Católica, al chino Carlos Palanca. Los tres periódicos locales se han apresurado á trasparentar la idea de que la propuesta de esta gracia no se ha hecho por el Gobierno del general Moriones.

Se espera en Manila al cónsul de España en Hong-kong D. Albino Mencarini, quien se dice irá á desempeñar una comisión del Gobierno en Singapore.

La crisis del oro ha perdido toda su importancia: las exportaciones de este metal á las plazas de China, han cesado espontáneamente, y el premio ha decrecido en tales términos, que apenas si excede ya del uno por ciento.

Los cambios sobre Londres y la Península se cierran en este correo, como en el anterior, á tipo subido.

(De nuestro Corresponsal.)

MAS SOBRE LA RAZON.

FRAGMENTOS DE UN LIBRO.

LEONCIO.

No dude usted que solo por su propia razon puede llegar á la verdad el hombre.

RODRIGO.

¡Solo por su razon!

LEONCIO.

Sólo por el ejercicio de las facultades de su espíritu. Tomo aquí la palabra razon, no en el sentido rigurosamente filosófico, sino como la totalidad de las fuerzas de nuestro sér que sirven para el conocimiento.

RODRIGO.

¡La razon! Cuando la engañan á cada paso los sentidos y la extravían las pasiones; cuando aún librándose de extrañas influencias, incurre cien veces en error y se ve sin cesar condenada á corregirse á sí propia; cuando por lo que nos enseñan sus mismos anales ha persistido en algunas de sus ilusiones siglos y siglos; cuando, segun usted puede experimentar por sí, está en constante vacilación y en perpétua duda. ¿Qué vá usted á fundar sobre esa piedra movediza que todo viento tuerce? Pretendiendo conocer la naturaleza, formula doctoralmente las leyes del mundo; y fenómenos que antes no observó á cada paso se las desmienten. Descubrimientos no pocas veces casuales bastan á derribar los sistemas que mejor concibió y parecían más sólidos. No hablemos de sus elucubraciones filosóficas. Forja con frecuencia teorías que por de pronto seducen; se encarga ella misma de deshacerlas. No piensa en un hombre lo que en otro hombre ni en un pueblo lo que en otro pueblo: vive en eterna contradicción consigo misma. ¡Pobre ciencia la que en ella usted levante! En el estudio de los hechos no saldrá usted nunca de la hipótesis; en el terreno de la abstracción no saldrá usted nunca de quimeras. De todas partes verá usted brotar la vida, y no comprenderá usted nunca lo que es la vida. Querrá usted afirmar racionalmente aún lo más tangible, la

materia; y se le deshará la materia entre las manos. ¿Por qué creerá usted que me éché en brazos de la revelación sino porque me convencí de lo insuficiente que para descubrir la verdad es la razon del hombre?

LEONCIO.

Siento, D. Rodrigo, que me obligue usted á pronunciar verdaderos discursos. No me permiten otra conducta los muchos argumentos que usted amontona y presenta en breves y rápidas frases.

Los cargos de usted no tendrían réplica, si la revelación explicase lo que la razon no explica; si hubiese dicho siempre y en todas partes lo mismo, si sus afirmaciones se impusiesen por sí solas al entendimiento y la conciencia de cuantos pensamos; si no participase, en una palabra, de los inconvenientes á que están expuestas las obras del hombre. Pero acaba usted de ver lo contrario sin que se le hayan ocurrido grandes razones á las mias.

Nuestra inteligencia es verdaderamente falible, vacilante, contradictoria, incompleta en su saber, limitada, finita. Pero, ¿tiene usted otro medio de investigar la verdad? Para seguir el trabajoso y difícil camino de la vida, el hombre como la humanidad, han de buscar en ella su guía y su norte, por no disponer de otra luz que los alumbre.

Engañan la razon y los sentidos, y solamente la razon advierte el engaño. La extravían las pasiones, y solamente la razon se da cuenta del extravío. Incurre en errores, y solamente la razon los rectifica. Pasa á veces siglos sin reconocerlos; pero es al fin la razon la que los reconoce y los enmienda. Por su tendencia á generalizar se precipita á veces y formula antes de tiempo las leyes de la naturaleza; si ignorados fenómenos la contradicen, la razon es quien á la larga los observa y corrige las mal formuladas leyes. Suele ir, es verdad, de hipótesis en hipótesis; mas por esa escarpada vía hace verdaderos milagros y descubre lo que al parecer debía estar fuera de su alcance. Duda, es también cierto, y quizá sea un mal que dude; pero esa duda es el acicate que constantemente la excita á volver sobre sus asertos y borrar de las páginas de la ciencia sus errores. Sus teorías, por fin, no arraigan, sus más sólidos sistemas desaparecen á sus propios embates, su saber es incompleto; mas ¿acaso por la sucesiva destrucción de sus obras y su empeño en llenar el vacío de su ciencia no se acerca cada vez más á la verdad absoluta? Sería mejor que fuesen otras sus condiciones: porque no lo sean no debemos ni podemos rechazar ni su auxilio ni su testimonio. ¿Vamos á revelarnos contra nuestra misma naturaleza?

Me figuro yo algunas veces los muchos engaños que por los sentidos debía padecer el hombre de los primeros tiempos. Los remotos cerros le parecerían más bajos que el árbol á cuya sombra los contemplase. Miraría como otro sér su propia imagen reflejada en el mar de las fuentes ó en el cristalino arroyo. Creería verdaderamente azules las aguas del Océano. Se haría la ilusión de que las olas avanzan como las líneas de un ejército hasta estrellarse en las rocas de la playa. Ignoraría que ve el sol antes de haber este entrado en su horizonte y despues de haber desaparecido. Los sentidos todos le dirían que la tierra está inmóvil, es plana y giran á su alrededor los cielos con todos sus astros. Ni llegaría á sospechar que las estrellas despidiesen la misma luz de día que de noche. Los meteoros, principalmente, le inducirían á errores infinitos.

¿Han venido á sacarle del engaño algun Dios, algun ángel ó algun profeta? No; ha debido salir del engaño por su propio esfuerzo. No debió seguramente costarle gran trabajo rectificar la altura de los lejanos montes ni comprender que fuera su imagen, y no más que una imagen, la reproducción que de sí mismo veía en las mansas corrientes ó en los tranquilos lagos. Lo alcanzaria con poca atención que quisiera en observar los dos fenómenos. Le bastaría llegar al pié de las montañas para enmendar su primer yerro; comparar las demás imágenes que se forman en el agua con los objetos de la orilla á que correspondieran para corregir el segundo. Pero, ¿qué adelantaba con esto? Aun generalizando la observación, sabia tan sólo que los cuerpos disminuían aparentemente de volumen en proporción á la distancia á que los miraba, y que el agua limpia y clara reproducía la imagen de cuanto en ella se reflejaba.

Recuerde usted ahora lo que no ha hecho la razon aguijoneada por sus mismos errores. Ha buscado y encontrado con el tiempo el motivo por qué disminuía aparentemente con la distancia el tamaño de los objetos; ha procurado explicarse, y con el tiempo se ha explicado, en qué consistía que el agua reprodujese la imagen de los cuerpos que la dominaban ó la circundaban. No satisfecha con estos conocimientos, ha inquirido más tarde y ha descubierto las leyes á que obedecen así esa aparente disminución de los objetos como la formación de las imágenes en todas las superficies tersas y brillantes. Ya en posesión de estas leyes, ¿qué de procedimientos y aparatos no ha inventado para medir las mayores distancias, y qué de aplicaciones no ha hecho de los espejos! En el mismo tamaño aparente de los cuerpos tiene hoy la base para calcular la distancia á que están de nosotros el sol y los planetas; en el espejo cóncavo, el medio de hacer reflejar los astros en las lentes de esos poderosos telescopios que aumentan hasta dos mil veces el tamaño de los objetos. Todo objeto apa-

rentemente visto bajo el ángulo de un grado se encuentra á la distancia de cincuenta y siete veces su diámetro: tal es hoy la base de los cálculos astronómicos.

Al hombre de los primeros tiempos hubo de serle sin duda mucho más difícil salir de los errores en que estaba respecto á la tierra. Tardó siglos en sospechar que le engañosen los sentidos y la tierra fuese redonda. Dejando aparte á los caldeos y los egipcios, acá en Europa no hubo quien lo afirmara hasta los tiempos de Aristóteles. Es, sin embargo, de notar, que desde entonces no dejó de creer la filosofía pagana en la esfericidad de la tierra. Esférica nos la presenta Ciceron en aquel hermoso sueño de Escipion que forma parte de su libro sobre la República. La supone habitada ya en los dos hemisferios, y habla explícitamente de los antípodas.

¿Por dónde se llegaría á esta afirmación verdaderamente audaz y contraria lo mismo al testimonio de los reveladores que al de los sentidos? No tampoco por medios sobrenaturales de ningún género, sino también por la atenta observación y coordinación de distintos fenómenos. La navegación facilitó probablemente el primer indicio; los demás la astronomía. Dela manera como en un vasto horizonte van distinguiéndose los mástiles antes que el casco de los buques, las cimas antes que las raíces de las montañas, los coronamientos antes que las bases de los altos edificios; del orden inverso como todos estos objetos se ocultan á medida que los vamos dejando más lejos; del cambio de altura de las estrellas circumpolares segun bajamos al Ecuador ó subimos á los Polos; de la figura de la sombra que en los eclipses proyecta nuestro mismo globo hubieron de ir induciendo los antiguos que tuviese la tierra la forma esférica. Distaban de haberla recorrido toda para afirmarlo por la experiencia.

Usted, que parece dar poca importancia á las hipótesis, será ahora conveniente que mire á dónde ésta nos condujo. Hipótesis, y no más que hipótesis, era entonces esa idea de la esfericidad de nuestra morada; y una hipótesis tal, que la sabiduría cristiana pudo, no sólo negarla, sino también ponerla en ridículo. Allá, en el siglo xv, volvió, con todo, á ganar los ánimos de las gentes doctas, sin que hubiesen venido otros hechos á confirmarla, y dió margen á que Colon descubriera un nuevo mundo. Usted sabe que en aquel siglo buscaba Europa con afán un derrotero para Oriente que no fuese el del istmo de Suez y los librase de la tiranía de los venecianos y los árabes, que á la sazón monopolizaban el comercio de Asia. Lo buscaban los portugueses por las costas occidentales de Africa, preñadas de peligros; y Colon partiendo de la esfericidad de la tierra concibió la osada idea de ir á descubrir por el Occidente el extremo Oriente. Nadie creyó de pronto en la posibilidad de la empresa; pero él, firme en su pensamiento, no paró hasta conseguir la protección de los Reyes Católicos, y en cuanto la obtuvo, no vaciló en buscar el Asia á través del Atlántico, mar que, como todo lo desconocido, era objeto de terror para los hombres. Navegó con rumbo fijo al Occidente, sin desviarse al Sur más que al fin de su viaje; y si no el extremo Oriente, encontró la ignorada América. Habría encontrado, de seguro, lo que codiciaba, á no haberle salido al paso aquel vasto continente.

No por ésto la teoría dejó de hallar una plena demostración en los hechos. El nuevo rumbo que Colon abrió y la importancia de los ya realizados descubrimientos despertaron en España el gusto por los viajes de exploración, y decidieron á marinos intrépidos á tentar las más peligrosas aventuras. No tardó en saberse que más allá de la recién hallada tierra había otro mar que excedía en grandeza al Atlántico. Se creyó que había de existir alguna comunicación entre los dos Océanos, y se la buscó afanosamente por muchos, entre ellos Hernán Cortés, el conquistador de Méjico. Se insistía en la idea de buscar el extremo Oriente por el Occidente. El año 1519, encargado Magallanes por Carlos V de ir á las islas Molucas, concibió el pensamiento de buscarlas por el Sur de América y no por el cabo de Buena Esperanza ó de las Tormentas, que ya desde algunos años doblaban los portugueses. Pasó al Pacífico por el estrecho á que dió su nombre, y subió á las Filipinas, donde murió en un combate con los indígenas. Llevaba de segundo á Sebastian del Cano, y éste, en vez de volverse por el camino que habían seguido, avanzó osadamente por el mar de las Indias, dió la vuelta al cabo de Buena Esperanza y regresó á España por el Atlántico. No cabía ya demostración más acabada de la esfericidad de la tierra. El experimento se ha repetido despues millares de veces, y hoy hasta por recreo se hace un viaje al rededor del mundo. Ya vé usted, Sr. D. Rodrigo, si aprovechan las hipótesis, y si podemos ó no salir de ellas y convertirlas en tesis.

RODRIGO.

Pero tan lentamente, despues de tantos siglos...

LEONCIO.

¿Qué quiere usted? Esos maestros de usted, tan solícitos en mostrarnos el camino del cielo, nada nos enseñan que baste á dirigirnos por la tierra. Mas permítame usted que prosiga: deseo convencerle.

¡Ah! Sr. D. Rodrigo, si fuese verdad que Dios se mezclase en los negocios de los hombres, ¿cómo

no había de haber hecho algo por que fuesen ménos tardíos y sobre todo ménos duros nuestros adelantos? ¡Qué de vigiliias para todos esos descubrimientos! ¡qué de contradicciones! ¡qué de sacrificios de oro y sangre! Por otra parte, los hombres como Colon ¡escasean tanto!

RODRIGO.

Esos hombres, Sr. D. Leoncio, no serán divinidades ni profetas; pero no dude usted que los escoge Dios para nuestro bien y para cumplimiento de sus altos fines. No sin motivo se ha pensado recientemente en poner á Colon entre los santos que la Iglesia adora.

LEONCIO.

¡Que se empeñe usted en creer estos dislates, Sr. D. Rodrigo! ¡Pobre Colon! Le tenía escogido Dios para esos altos fines, y consintió que durante diez y ocho años anduviera de corte en corte mendigando tres barcos en que cruzar el Océano y arriesgar su vida. Le tenía escogido para sus altos fines, y le dejó morir lleno de sinsabores y disgustos. Le tenía escogido para sus altos fines, y ni siquiera le permitió que supiese lo que había descubierto. Porque supongo no ignorará usted que Colon murió creyendo que había dado con la extremidad oriental de Asia y no con un nuevo mundo. Hizo nada ménos que cuatro viajes á América: por ninguno se convenció de que hubiese encontrado un continente desconocido lo mismo de Asia que de Europa. No salió nunca del mar de los Caribes, y no pudo ni presumir siquiera la extensión de su descubrimiento. ¿Es así como trata Dios á sus escogidos? Aun á sus escogidos ¿los deja caer en los lazos del error y del engaño?

Pero me estoy sin sentir desviando del tema de mi discurso.

Sabedor el hombre de la figura general de la tierra, rectificadas en esto las ilusiones de sus sentidos, no tardó en dudar de la perfecta esfericidad del globo. Dudó al observar que péndulos de igual longitud no experimentaban dentro de un tiempo dado el mismo número de oscilaciones en el Ecuador que en los Polos, y sobre todo, al saber que medida toda la línea del Meridiano que pasa por Francia resultaban menores los grados al Septentrion que al Mediodía. La tierra, dijo á la vista de estos hechos, no puede ser completamente esférica; mas al paso que por el primero la veía achatada en los Polos, por el segundo se sentía movido á considerarla oblonga. ¿Cómo resolvió al fin el problema? Repitiendo la medición de algunos grados del Meridiano; pero no ya dentro de los estrechos límites de un reino ni dentro de latitudes próximas, sino yendo á medir unobajoel círculo polar del Norte, sobre el rio Tornea, y otro sobre el Ecuador en el territorio de Quito. Por su propia observación y su estudio hubo de averiguar, como en todo, que es chata y no oblonga la tierra; y hoy tiene ya determinada la extensión de los dos diámetros: el ecuatorial y el que va de polo á polo.

Otro tanto ha sucedido respecto á la inmovilidad de la misma tierra. En tiempo de Platon no faltó ya quien la supuso en movimiento, y creyó verla girando al rededor del sol con los demás planetas. Mas la hipótesis era tan contraria á todo lo que nos decían los sentidos y á la manera como nos explicábamos los fenómenos celestes, que sólo despues de dos mil años se atrevió á levantarla Copérnico del polvo del olvido. La presentó con tales observaciones y cálculos este insigne astrónomo, y explicó por ellos con tanta sencillez las noches y los días, las diversas estaciones y los distintos climas de nuestro globo, que la impuso desde luego á las más preclaras inteligencias, á pesar de la ruda oposición que se le hizo con la autoridad de la Biblia. La mejoró Copérnico notablemente, sobre todo dando al eje de la tierra una inclinación de veintitres grados y veinti siete minutos sobre el plano de la eclíptica. Las estaciones, antes de todo punto incomprensibles, tuvieron desde luego á los ojos del mundo una causa conocida y manifiesta.

Esta hipótesis ha sido no ménos afortunada que la de la redondez de la tierra. ¡A qué de progresos no ha dado origen en la ciencia de la astronomía! La corrigió Klepero convirtiendo las órbitas de circulares en elípticas, y la robusteció con las tres inmortales reglas por las que determinó el curso de los astros. Vino despues Newton y explicó por la gravitación universal y el juego de las fuerzas centrífuga y centripeta cómo atraídos por el sol siguen los planetas sus órbitas, á pesar de su tendencia á escaparse por la tangente, como todos los cuerpos que giran. Armados ya de estas leyes y de instrumentos ópticos, estudiaron los astrónomos cada planeta, vieron la influencia que los unos sobre los otros ejercían y la llegaron á comprender de tal modo, que por las perturbaciones de Urano hemos visto en nuestros días á Le Verrier y Adams asegurar la existencia y las condiciones de Neptuno, cuando no se había reflejado todavía Neptuno en el espejo de ningún telescopio.

La hipótesis está hoy confirmada por los hechos hasta con relación á la tierra. Leon Foucault, el año 1851, ha demostrado el movimiento de rotación de nuestro reducido globo por medio del péndulo. Puesto en acción un péndulo de diez á doce metros de largo, se observa que á los pocos instantes recorre en sus oscilaciones un plano diferente del que al principio seguía. Medido luego el ángulo que forman los dos planos, resulta igual al arco que en

aquel mismo tiempo ha descrito en su revolución la tierra. El péndulo, por otra parte, como hace poco indicaba, oscila más lentamente en el ecuador que en los Polos; y este fenómeno revela una vez más la rotación de nuestro planeta sobre su eje, segun decia ya Newton, tan convencido de ese movimiento, que por él aseguraba el achatamiento de los polos antes de que lo hubiera venido á patentizar la medición de los dos grados del Meridiano en Quito y en las márgenes del golfo de Bothnia.

¿Cómo dudar ahora de la marcha de la tierra alrededor del sol, cuando por el estudio de los demás astros se ha repetido muchas veces una misma observación al suponer á nuestro planeta en el afelio y en el perifelio de su órbita, y los resultados han correspondido á la distancia entre los dos puntos calculada? Respecto al globo que habitamos jamás se explicaron con la lucidez que hoy se explican, ni las diferencias entre los polos y los trópicos, ni los alternados cambios que periódicamente sufre, ni los trastornos que de tarde en tarde experimenta, ni sus relaciones con los demás planetas, principalmente con su satélite la luna; jamás como ahora sus eclipses.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL.

COLON Y JUAN SEBASTIAN DE ELCANO.

I

Los monumentos desaparecen, destrúyense las ciudades, las instituciones se trasforman, las naciones sucumben, los imperios se derrumban; la muerte, en su estación de salida, regula por segundos sus llamadas al humano linaje; unas generaciones empolvan las plantas de otras, aumentando la corteza de nuestro planeta; y, sobre las arenas de este inmenso desierto, sólo descuellan los nombres de los que fijaron sus acciones como términos de los siglos, en el incesante viaje de la humanidad. Todo en el mundo es pasajero ménos la memoria de los grandes hombres.

Al abrirles la historia sus páginas, podrá no graduar con exactitud las figuras; pero el proceso queda abierto hasta que la posteridad pronuncie su fallo; y el alma, con hambre y sed de justicia para los que ya no estorban á sus pasiones, rinde tributo de admiración á los que sus coetáneos no vieron en toda su alteza; porque á los hombres como á los monumentos hay que mirarlos desde lejos.

No pagamos hoy tal tributo á esos héroes que, esgrimiendo la vencedora espada contra hombres en el elemento propio de su organismo, huellan mieses, encharcan de sangre los campos, asolan villas y ciudades y ahuyentan todo lo que se cobja con la égida de la paz, para crecer sus lauros en la historia del humano linaje, sino á esos otros que, afrontando el furor de los elementos en uno siempre enemigo, exploraron regiones ignotas, contornearon continentes de los confines del globo, enriquecieron ciencias, artes é industrias, y ampliaron los horizontes del comercio para laurear la historia de la Geografía; no á los que en alto el reluciente acero van trastornando pueblos y leyes y unciendo á su carro de triunfo las espantadas muchedumbres, sino á los que sorprendieron leyes á la naturaleza y pueblos al mundo, encadenando la fama á sus naves; no, en fin, á los Atilas, Xerjes, Alejandro y Césares, sino á los Colones, Pinzones, Magallanes y otros de la época, á cuyo período más brillante puso término el insigne capitán de la nao *Victoria*.

¡Y qué época, la que motiva nuestros recuerdos! Última grande que no la evocara quien fuese más digno de atención, que menesteroso de indulgencia. Porque es la de mayor animación, movimiento y vida que registran las edades, la más famosa en los anales del mundo, la más importante en el orden de las ideas, la más trascendental por la magnitud de los sucesos, la que dió mayores vuelos á la fantasía, campo más anchuroso á las pasiones, horizontes más amplios á ciencias, artes, industrias y comercio; esperanzas más halagüeñas á nuestra nación de fortuna, bienandanza, poderío, fama, grandeza y gloria. Era, en una palabra, la que abraza los momentos históricos preñados por altísimos designios para revelar al hombre la forma, extensión y estructura del planeta que le sirve de morada.

Epoca, por tanto, de maravillas, descubrimientos, exploraciones, conquistas, aventuras, grandes hazañas y mayores empresas. Éralo también de contrastes en su fisonomía moral.

El excepticismo no había aún arraigado en el mundo y faltábanle centurias para penetrar en la tierra que mecia las cunas de Teresa de Jesús y del marqués Llombay. La soberbia afiaba toda al corazón, ninguna al entendimiento. Niños aquellos hombres en la fe, y gigantes en sus pasiones, eran rios desbordados en torrentes que fecundizan ó devastan lo que es de la tierra, no volcanes marinos que levantan sus hirvientes columnas al cielo para caer frías y desechas y confundidas con las aguas en la vaguedad del Océano.

La espada era, lo mismo sostén de la fe que instrumento de réprobos ardidés; tan pronto se tocaba por la Cruz, como por el puñal asesino: en el primer caso, de un magnate resultaba un santo; en el segundo, de un prócer un verdugo. La idea Patria resentíase aún de los siglos medios; la de honor encontraba tantas excepciones como reglas. El afán de aventuras inquietaba los ánimos, levantándolos á empresas heroicas, y aunque las solía malograr una pasión bastarda que, por raro contraste germina en los más fuertes corazones, como el gusano en el más preciado fruto, arrostrábase la muerte con pasmosa intrepidez, porque nadie dudaba que la muerte fuera el dintel de la verdadera vida, y anteponíase siempre el valor del capitán á la fama del capitalista, la prez del soldado al lucro del traficante, el movimiento del ánimo

al bienestar de la materia, el sentimiento á la sensación, el templo de la inmortalidad al alcázar del deleite.

La espada, la brújula y la pluma debían ser atributos de nobleza, poderío y gloria. La brújula guiando á la espada, la espada engastando perlas á la corona, y una y otra fatigando á la pluma, eran, por lo menos los polos en que giraba aquel período brillante iniciado por la idea más atrevida que concibiera la mente humana.

Mas ¿por quién, dónde, por qué medios habría de realizarse tan singular prodigio?

La idea sobre la esfericidad de la tierra legada por la tradición caldea y egipcia á la civilización helénica, sustentada por alguna escuela filosófica de la antigua Atenas, conocida de San Isidoro, y tal vez de los moros y judíos españoles que colaboraron en los libros del saber, del décimo Alfonso de Castilla, debió llegar tan confusa á los últimos siglos de la Edad Media que, no comprendida, mal interpretada, ignorada ó puesta en olvido, fantaseaban algunos sabios nuestro planeta de forma oval circuido de piélagos insondables; otros como un disco cuyos bordes limitaban las costas conocidas; los menos pensadores sólo veían una inmensa superficie plana, y todos paraban la mente con horror ante secretos abismos de proceloso elemento.

El mar, más alto al apartarse de las costas, venía hácia los continentes en ordenado declive para salvarlos de segura inundación; pero hácia el lado desconocido declinaba esta montaña sus aguas en abismos horrendos.

¡Desdichado el navegante que osara engolfarse, porque su frágil nave al traspasar la cima, sería arrastrada por impetuosas corrientes, envuelta por la catarata, y precipitada y deshecha y rota y pulverizada con sus espumantes aguas hasta lo profundo!

No bastaba la contemplación de esa inmensa bóveda, cuyo eterno silencio, no obstante su imponderable y ordenado movimiento, sobrecoge el ánimo del hombre pensador. Entonces como ahora, casi siempre miramos á la tierra, casi nunca al cielo; y cuando entonces miraban sólo percibían luminoso azul ó argentada transparencia. Todos veían suceder á los días las noches, eclipsarse los astros, mudar de posición los más conocidos, variar de alturas y aspectos constelaciones enteras; todos, en suma, tenían la verdad ante los ojos, como hoy tendremos tantas otras, porque entonces y ahora, confundida la verdad con el error, ó por él velada, somos muchos á distinguir el velo y pocos á discernir lo velado.

Tan pocos, que al aplicar la tesis á la forma de la tierra no había en el siglo XV más que un cosmógrafo noruego que, oscura y vagamente, la presentaba, un sabio florentino que fundadamente la conjeturaba, y un piloto genovés que la tenía por cierta hasta el punto de dar su existencia para demostrarla.

¡Afan inútil cuando la demostración requiere semejanza de ideas en los que la escuchan, extraordinaria intuición en los que la protejan, y valor más firme en los que hayan de secundarla, que firmeza de fe en el que la intente! ¡Qué importaba que el cosmógrafo estuviese adelantado á su época, y el sabio al cosmógrafo, si por estarlo á todos el piloto fué, más que desatendido, tildado de iluso!

¡Y se culpa á los tribunales que rechazaron la novísima teoría, cual si del error pudiera deducirse la verdad por consecuencia! Los que así han sentido ni juzgan la época desde su verdadero punto de vista, ni recuerdan lo contrariada que estaba la existencia de antipodas por las opiniones más autorizadas, ni paran mientes en que las verdades más sencillas de hoy, eran ayer paradojas, ni consideran que sus inculpaciones, de ser fundadas, rebajarían la gloria del mismo que pretenden ensalzar, hasta reducirla á la de cualquier navegante que intentara confirmar la supuesta existencia de un bajío; ni piensan, en fin, que aun los caminos que las grandes verdades toman para manifestarse son casi siempre contrarios á la prevision humana.

Así había de suceder con la sustentada por el piloto. Si un mar ilimitado debía ser teatro de los sucesos, nada más natural que la acción partiera de la Península que se destaca del continente europeo cual atalaya de ese mismo Océano cuyo misterio se pretendía penetrar. Pero tres pueblos principales bajo sendas coronas señoreaban su territorio. El uno enérgico, activo, emprendedor, paseando sus victoriosas galeras por un mar tinto de sangre de los pueblos latinos, plantando sus emblemáticas barras sobre los más fuertes baluartes de Grecia, extendiendo sus industrias por los emporios del comercio, había alcanzado preponderancia sobre los países llamados entonces de Ultramar y robustecido su poderío marítimo entre las repúblicas pujantes del Mediterráneo. Intrépido y osado el de Occidente, secundando las aspiraciones de un príncipe ilustre, acumulaba el saber de las artes náuticas y cosmografía, reunía á los hombres más teóricos de la época, sin distinción de nacionalidades, ya se llamaran Jaime de Mallorca ó Martin Behaim, ya el Maestro Rodrigo ó el Médico Joseph; depuraba la ciencia de unos y otros en aquel edificio prominente que semejava centinela avanzado de la Península hácia un mar cuyos vastos horizontes incitaban á exploración, y con valor temerario lanzábase á desconocidos mares abriendo el período de las expediciones marítimas del Oriente.

Activo y batallador el del centro, reconquistando palmo á palmo el solar de sus mayores; á los nombres de Clavijo, Uclés, las Navas, el Salado y Algeciras escritos en sus anales, aparejábanse á añadir el de Granada como meta del triunfo de la Cruz sobre la Media Luna. Sin marina ni comercio, sin gustar de otro ruido que el de las armas esgrimidas en campales lides ¡quién hubiera previsto que fuese el designado para realizar en un elemento extraño á sus inclinaciones la gran idea desdeñada por la nación navegante, *sabidora* cual ninguna en el descubrir, rica de medios é indicios para realizar las empresas marítimas; ni que tampoco fuera propuesta al que heredaba la corona de los Berengüeros y Jaimes cuyas potentes quillas surcaban el mar clásico de las naciones cultas de Oriente!

¡No parecía sino que designios providenciales, cumplida su principal misión, le deparaban tal medio para que igualase y aun excediera en poderío marítimo á sus hermanas en territorio! ¡Y en qué momentos se le aparecía el hombre rechazado de todas partes! Cuando ocupaba el sólio una reina, modelo de reyes, y de intuición clarísima para ver al genio en el tildado de loco, cuando había en el reino varones cuya fe en las teorías del iluso superase á la que les merecía la ciencia de la época; cuando se encontraban en un rincón de la Península, hombres con exaltación de ánimo sobrada para sacrificar vidas y haciendas en pró de una empresa que por lo temeraria excitaba su valor é incitaba su espíritu de aventura.

La gran Isabel, los Dezas, Marchenas, y, sobre todo, los Pinzones, fueron dignos de Colon.

Merced á tan refulgente pléyade, verdadero campo de sus blasones, el humillado fué enaltecido, el reputado por ignorante pudo demostrar la ignorancia de la ciencia. Los reyes le abrazaban, agasajábanle los magnates, le admiraban los sabios, el mundo entero proclamaba la gloria de su nombre. Y su nombre, de mayor alteza mientras más lo alejan los siglos, es vasto palenque donde las plumas justan guiadas por la fantasía, los celos y el espíritu de nación.

Cuáles le buscan cuna en determinada ciudad, pueblo ó aldea ¡como si la casualidad del nacimiento fuese en todo caso la patria!; cuáles recaban para la suya el honor de haberle amaestrado en su saber, olvidándose de que su saber fuera negado; cuáles se conculen de su infortunio ¡como si pudieran ser dichosos los que en el mundo cumplen grandes misiones!; cuáles apostrofan de ingrata á su patria adoptiva ¡como si una nación fuese culpable de la iniquidad de uno de sus malos hijos!; y no falta alguna que negando á la nuestra toda gloria, discurra que procuró arrebatarse la que por entero correspondía al gran navegante ¡como si no fuesen solidarias hasta el punto de amenguar la una, al regatear la de la reina que le amparó, la de la villa de Palos que proporcionó las carabelas, la del ardoroso prelado y entusiasta fraile que le advinaron, la de los heroicos Pinzones y compañeros, sin cuya intrepidez, plausible cual ninguna, por la mancomunidad en el peligro, y desigualdad ante la fama, ¡quién sabe si en vez de leer hoy el mundo en la más elevada de las tumbas «Aquí yace Cristóbal Colon» leería el descarrado viandante en oscuro y humilde sendero «Aquí yace un visionario» cual *inri* de la incredulidad al mártir de una gran idea!

Pudo ser ingrata España con esos mismos Pinzones, que no es bastante el aumento de timbres para quienes ya los tenían muy claros; pudo serlo con Hernán Cortés y con otras figuras de universal fama; no ciertamente con el gran Almirante. Si un mal juez abusó de su autoridad, la satisfacción al ilustre ofendido que noble y espontáneamente brotó en reyes y pueblo, quitaron al mundo el derecho de confundir á una nación con un menguado. Si le sorprendió la muerte sin devolvérsele el vireinato, hubo razones políticas que ocurren á poco que se medite sobre los sucesos en la Española. Si no se le cumplió estrictamente el convenio, cúlpese á la imposibilidad de prever consecuencias cuando se pacta sobre lo desconocido, y á la mayor aún de restringir la libre acción de otras naciones ajenas á nuestros compromisos. Si á pesar de todo, ciñó su frente la corona del infortunio, confirmábase una vez más la verdad, nunca desmentida, de que la dicha humana es contraria de la grandeza de ultratumba. De haber sido feliz, ¿sería hoy tan grande?

¡Oh! si desde el mundo de las almas se percibe el movimiento de esta mezzuina antesala de la muerte, ¡cuánto deberá ser el desden de aquella alma ajustada á la verdad, hacia los que por aquí hormigueamos al ver, por una parte tanta injusticia para su patria adoptiva, cuna de sus ilustres descendientes y asiento de su nobilísima casa, y tal inercia en sus hombres para sufrir censuras que acentúan con su silencio; al considerar por otra, tanta solicitud para ensalzarle, rebuscando afanosamente títulos á su afinidad, y tan punible indolencia en consentir el despojo de su patrimonio más glorioso, que es el nombre del mundo de su intuición, de las tierras de sus descubrimientos llamadas por él Indias Occidentales!

Esta fué y continúa siendo la verdadera ingratitud, la ingratitud del mundo antiguo á quien le dió nuevo mundo, la apostasía del mundo nuevo á quien le sacó de las tinieblas, á la civilización de que enorgullece; apostasía é ingratitud de que España tiene la menor parte, porque continuó aquel nombre hasta que el comercio de las ideas le constriñó también á sacrificar la justicia á la tiranía de la costumbre, llamando América al mundo de Colon!

Tal es la fuerza de la osada y persistente publicidad, que hoy diríamos poder del anuncio. Tal ejemplo que Vespucio en combinación con un editor de cartas, ó por lo menos aceptando la usurpación y cohonestándola con supuesto viaje, daban en favor de su sistema á los muchos que lo han practicado sin curarse del calificativo que merecían, en el convencimiento de que habrían de demostrar que el mundo es de los osados que hablan, no de los prudentes y reflexivos.

Los que digan que España trató de arrebatarse á Colon sus glorias, ni han estudiado la época, ni siquiera leído los autores coetáneos. Si aluden á Hojeda y á Bastidas, ignoran que aquellos navegantes renunciaron con noble espontaneidad á la primacía de lo que supusieron sus descubrimientos al saber en la Española que tales tierras habían sido ya visitadas por el almirante. Si se refieren á la consejo del piloto Alonso Sanchez, olvidan las palabras de los Reyes Católicos en sus cartas á Colon de 5 de Setiembre de 1493 y 13 de Abril del siguiente año.

No me es posible repetir aquí todo lo que sobre estos puntos tengo dicho en otra parte, pero no omitiré una declaración allí expresada. Colon, excelente latino, y dado á la lectura de los clásicos, pudo adquirir en ellos idea de la esfericidad de la tierra, y confirmarla por la carta de Toscanelli; pudo también tenerla de la posibili-

dad de habitar la zona tórrida, y de la existencia de los antipodas, cosas tan controvertidas desde la antigüedad más remota. «Yo estuve, son sus palabras, en el Castillo de la Mina del rey de Portugal, que está debaxo de la equinocial y *ansi* soy buen testigo, que no es inhabitable como dicen.» Sus navegaciones durante veinticinco años por todo el Levante y por el Poniente hasta Frislandia (isla de Ultra Tila) le daban preeminencia sobre todos en el arte de navegar, como asegura Las Casas; y si no le concedo mayor saber en Cosmografía que al astrónomo florentino, ni tanta fama como antes del descubrimiento alcanzara el de Nuremberg, ni mejores conocimientos en la medición de alturas de sol que al maestro Rodrigo, que mejoró el astrolabio, crócle con mayor fuerza de intuición sobre la forma de nuestro planeta, en el hecho de discurrir que mediando más de 160° desde el confin conocido de la India, hasta las Azores, se debía dar, caminando por Occidente, con lo ignoto de aquella región.

Si el admirante no encontró las tierras que se proponía, no desmerece en nada el éxito del intento. Desmerece el humano linaje que en su loco orgullo cree cada generación haber alcanzado la meta del saber, sin que basten á aleccionarla ejemplos que en todos los siglos abaten nuestra soberbia presuntuosa. ¡No debe pensarse así al ver burlados á los sabios, y burlado por el error al mismo que parecía elegido para darles un mentis solemne?

¡Hubo alguno que después de verificarse el descubrimiento contradijera la creencia de los descubridores, y con la cual pasó Colon de esta vida, de haber sentado la planta en el extremo occidental de las Indias Orientales? ¡Quiénes salvaron al mundo de tal error más que los atrevidos expedicionarios que desde las cumbres del Darién avistaron el inmenso mar, cuyas ondas vírgenes lamieron la potente espada y férrea armadura de Vasco Nuñez de Balboa?

Portugal tenía hácia el Oriente vastísimos horizontes en que desarrollar su grandeza; Castilla abría nuevo mundo al esforzado valor, espíritu aventurero y exaltada fantasía de sus hijos; y los hijos de una nación por el Oriente y los de la otra por Occidente, fiando la vida en anchurosos mares á incierta brújula y débil tabla, ya contorneando regiones ignotas y dando nombre á bahías, islas, penínsulas y continentes de los confines del globo, ya penetrando en países vírgenes sin otra guía que su denuedo, ya esgrimiendo la espada contra indómitas gentes, dominaron feroces pueblos, derribaron poderes seculares, estirparon arraigadas creencias, aherrojaron reyes y príncipes poderosos, asombraron, en una palabra, al mundo antiguo con sus empresas en el Nuevo Mundo, y conquistaron gentes, naciones é imperios, hasta dar á las coronas de Castilla y Portugal el imperio de las naciones allende los mares.

Y el contagio del esfuerzo, y el encanto de la fama, y la seducción de fortuna próspera, y el halago del triunfo superior al escarmiento de los reverses, continuaron las proezas y alentaron á nuevas expediciones. Unas quedaban misteriosamente sepultadas en el Océano; otras milagrosamente llegaban á su destino; muchas se malograban, más que por la broma de los buques por la que carcomía el corazón de los expedicionarios; algunas realizaban su propósito; pero el oro que á su regreso traían los menos doraba la miseria, trabajos, penalidades, sufrimientos y muerte que habían alcanzado los más. Crecía el espíritu de aventuras, despoblábase la mal poblada Península, como si á sus hijos pareciera pequeño el territorio para desarrollar nuevas hazañas; y tantas emprendieron y de tal magnitud, que lograron vincular la fama durante aquel período en una y otra nación. ¡Quién preveía entonces la trascendencia en los siglos de la inmensa balumba que echaban sobre la corona de los Alfonsos!

España y Portugal, hermanas en territorio, idioma, valor y grandeza, contrarias en sus propósitos, émulas en esfuerzo, debían ser rivales y enemigas como lo son las hijas de una madre que aducen derechos á la misma herencia. Cada una, no obstante su exiguo territorio, sentíase con bríos para señorear todo lo desconocido del planeta. No cabiendo en el mundo las dos, tenían que dividirse para mal apagar la sed de dominación que las devoraba, pero no se deslinda bien el derecho en las herencias cuando se funda en lo contingente. De aquí que las líneas de demarcación más que valladar de ambiciones fuesen tea de discordia.

FRANCISCO JAVIER DE SALAS.

(Concluirá en el próximo número.)

UN DIOS DE SOMBRERO DE COPA.

Una religión tan cómoda, que se puede cumplir con Dios con sólo enviar al cura una tarjeta.

I

Los amigos de D. Teótimo Gravedo llenaban los salones de su espléndida morada, atraídos por esta singular invitación.

D. T.... G.... pronunciará un sermón muy corto en la noche del próximo domingo, y después dará un té religioso á sus amigos. Tendrá la mayor satisfacción si se digna Vd. honrar su casa aquella noche.

Era D. Teótimo hombre ceremonioso y circunspecto; de cara larga, nariz larga y patillas aun más largas que la cara y la nariz: su estatura era tan alta, que los pantalones mejor medidos le resultaban siempre cortos: sentado, parecía estar de pié, y de pié parecía andar en zancos. Cuando los convidados estuvieron reunidos dijo estendiendo sus brazos por encima de toda la reunión.

«Señores: Todos habeis notado que la fé desaparece y lo habeis observado con dolor, porque me consta que todos sois deistas. Los cultos antiguos están en oposicion con las ideas nuevas: son religiones para las mujeres y los niños. Acaso os decidirais, para restaurar el sentimiento religioso, á practicar cualquiera de los ritos conocidos, pero sois gentes ocupadas; mientras se oye una misa se puede hacer un préstamo al Gobierno. Lejos de nosotros ahuyentar del mundo la idea de Dios, sombra benéfica, que da resignacion al pobre y protege nuestras arcas. Dios nos ha hecho grandes servicios cuando era poderoso entre los hombres: no podemos abandonarle en la desgracia.

Pero ¿quién es Dios? No imitemos, señores, á los filósofos que se empeñan en averiguarlo antes de tiempo. Quédesse este complicado problema para las meditaciones del sepulcro y la ociosidad de la otra vida. Pero ¿puede representarse al bolsista el Sér Supremo en la forma poética con que le concibió la antigüedad artística? Si esta vió ninfas, náyades y tritones en los rios y en el mar, y á Júpiter lanzando rayos desde el cielo, nosotros sólo concebimos un Dios con sombrero de copa, con sacerdotes de sombrero de copa, y presidiendo un mundo de sombrero de copa.

Un Dios de confianza á quien no tengamos necesidad de hacer ceremonias ni cumplidos; que acepte como único incienso el humo de nuestros cigarros, y por altar nuestra mesa de comer. Que presida honorariamente nuestros círculos mercantiles y políticos, que santifique todas nuestras fiestas y que esté en todas partes sin estorbarnos en ninguna. Proclamemos, señores, al único Dios del porvenir, y entre tanto que esto llega, al Dios de las personas decentes.

(Los concurrentes aplaudieron: el orador bebió un sorbo de agua.)

—Pido,—exclamó uno de los confertulios, que despues se dijo que era el jefe de la claue,—que se considere agua bendita toda la que nuestro divino orador lleve á sus lábios.

—Sí, sí,—repitieron los convidados cortesmente.
«Gracias, señores, siguió diciendo D. Teótimo. Vuestra bendicion ha convertido en cáliz este vaso, porque en nuestra religion, sin cuerpo de doctrina, las decisiones de la generalidad tienen el sagrado carácter de una bendicion. Cuando la sesion haya terminado, conservaré este vaso como reliquia de gran precio. Y será la única reliquia que tengamos, porque no debemos caer en el grosero fetichismo de otros cultos. Libre de toda organizacion el nuestro, seremos á la vez pontífices, apóstoles y discípulos: donde quiera que esté uno de nosotros, estará toda nuestra iglesia: allí donde exista una supersticion, no estará ninguno de nosotros: daremos á Dios un culto interno é indirecto, como el que le dan los elementos, al moverse y combinarse, sin violar nunca sus leyes físicas y químicas. Entre nosotros no podrá haber disidencias, porque no debe haber afirmaciones; la solidez de nuestras creencias consiste en no tener ninguna: adoramos á Dios por si le hubiera, somos deistas en cuanto para no serlo necesitamos afirmar que no le hay.

(Una salva de aplausos demostró que el orador interpretaba la opinion de la Asamblea.)

«Quédense para el pueblo las religiones positivas; el pueblo siempre es niño en todas las edades, y figurémonos que llega el fin de nuestra vida: los ojos se nublan, el oido se entorpece, la sensibilidad se embota, pasamos por fin la línea que separa los dos mundos. Si en vez de línea existe una barrera donde la vida se estrella para siempre, no exponiendo nada, nada habremos perdido. No sufriremos la decepcion cruel del mártir, que, despedazado en el circo por un tigre, tuviese en sus últimas convulsiones la tardía revelacion de que no existe el Dios por cuya fé se sacrificó. Pero si existe Dios, en esta ú otra forma, sus ángeles, sus jueces ó sus géneos, tendrán que convenir en que nunca le negamos y estábamos dispuestos á reconocerle apenas se nos demostrase su existencia. Sí, señores, nuestra religion se reduce á acatar la verdadera, sin determinar cuál es, ni asegurar por eso que la haya. Es un deismo sin deberes pero nutrido de derechos. Religion, práctica civilizada, previsorá y alegre; mundana y divina á la vez, con dividendos activos en la tierra y en el cielo.»

Los bravos y las palmadas fueron tales, que el orador no quiso añadir ni una palabra más á su discurso.

—Pasemos,—dijo,—al comedor, y tomaremos el ponche religioso, que religioso es todo acto colectivo en que se funda una Iglesia.

—Sí, sí: bebamos ese ponche,—exclamaron los pontífices, apóstoles y discípulos, rodeando á D. Teótimo y estrechándole en sus brazos. La extension de los del maestro facilitó mucho aquel acto colectivo de adhesion, pues le permitia abrazar cuatro correligionarios á la vez.

—Esas adulaciones me indignan,—exclamó con acento sombrío un hombre estremadamente bajo y rechoncho, que habia presenciado la sesion sin dar un sólo aplauso.

—No le comprendo á Vd., amigo D. Severo—dijo un individuo, ni alto ni bajo, ni grueso ni delgado, ni jóven ni viejo, ni agradable ni antipático, que ni parecia entusiasmado ni habia dejado de aplaudir.

—Sr. D. Canuto, ¿sabe Vd. lo que es tener ambicion de nombradía?—le preguntó D. Severo.

—No lo sé, y sin embargo, me lo explico.

—Yo era ambicioso, y tenia cinco proyectos colosales: escribir una tragedia, componer una ópera, edificar una catedral, conquistar un pueblo y crear una religion. Escribí la tragedia, y me silbaron: D. Timoteo empieza por lo último, y le hemos aplaudido.

—Tome Vd. ponche, amigo mio,—dijo don Canuto estrechándole la mano conmovido, y dirigiéndose luego al comedor.

Don Severo no se movia del salon, y lanzaba miradas rencorosas á los últimos convidados. De pronto, en su rostro sombrío apareció un gesto risueño.

—¡Magnífico!—dijo á media voz.—Si no he podido fundar una religion, sabré, al ménos, predicar una herejía.

II

Las poncheras ardian despidiendo llamas amarillentas y azuladas. La luz del rom, combinada con la claridad de las bujías, producía un resplandor melancólico, semejante al de la luna ó al de los reflectores metálicos de las chimeneas de gas. Los convidados aparecian pálidos, pero sus rostros estaban animados y risueños, notándoseles la satisfaccion que recibian al adorar á Dios en aquella forma inusitada.

—Maestro,—dijo humildemente D. Canuto, ya algo mareado por el ponche,—esta bebida me produce malos pensamientos: ¿seré inepto para practicar nuestra creencia?

—Ya he dicho que nuestra Divinidad no estorba nunca: si no temiera hacer una afirmacion positiva, añadiría que en la creacion no hay nada inútil, ni aun los malos pensamientos. Acaso sean el estiércol con que se abonan las ideas. Nuestra religion se practica al ejecutar todo acto natural: lo que de esto resulte lógicamente tiene carácter religioso.

—¿Que haga un milagre D. Teótimo!

El maestro sonrió, y dijo con indiferencia.

—Hoy nada significan los milagros. Todas las noches vemos en el Circo hombres que andan por el techo, salen disparados por la boca de un cañón, reciben en la nuca proyectiles del mayor calibre. Pero comprendo vuestra intencion y voy á hacerlos algun juego de manos: habia previsto este deseo.

D. Severo, que acechaba una ocasion de humillar al maestro y sólo habia bebido un vaso de agua, exclamó con voz tonante, mientras D. Teótimo sacaba de su sombrero de copa un bizcocho de mangoito.

—Señores: ¿Estamos fundando una religion ó divirtiendo al público en el escenario de un teatro?

Las manos que iban á aplaudir se quedaron inmóviles y extendidas: la sonrisa de D. Teótimo, perdiendo su alegría, se convirtió en una mueca desagradable: y el bizcocho abandonado, cayó sobre la mesa. Se produjo un silencio solemne y los dos rivales se miraron con rencor.

—¿Quién duda que hay milagros?—prosiguió diciendo don Severo con vehemencia.—¿Acaso la ciencia no los hace? Pues bien, si la tosca antigüedad concedió la categoría de profetas á los grandes prestidigitadores de la historia, ¿cómo los sectarios de la religion más moderna é ilustrada no reconocemos por nuestros profetas á Edison Morse y Monturiol y aclamamos al respetable pero oscuro don Teótimo, que sólo hace bizcochos de mangoito? ¿Será porque Edison y los demás sábios no convidan á ponche á sus amigos? (Grandes murmullos interrumpieron al orador, y don Teótimo mandó apagar el ponche).

Si los antiguos profetas fueron inspirados por Dios, que ni lo afirmo ni lo niego, los sábios modernos deben gozar el mismo privilegio, puesto que tienen igual prestigio ante nuestra ignorancia. Señores: os invoco en nombre del supuesto ó positivo Dios que estamos aclamando, á que, en vez de perder tiempo en hacer juegos de manos, vengais conmigo á discutir serenamente el símbolo de nuestra jóven Iglesia. En mi casa no habrá presidente ni maestro: todos sereis los dueños de mi casa. Desconfiad del ponche, que embrutece é impide discutir con frialdad: yo os daré refrescos y sorbetes; venid conmigo; los tengo de limon y de yema, de fresa y mantecado.

Por desgracia para D. Teótimo, hacia gran calor en el comedor, y el discurso de D. Severo obtuvo aplausos: algunos convidados se levantaron dispuestos á seguirle.

—Un momento, señores,—dijo D. Teótimo para impedir la desercion.—Nuestra Iglesia no puede tener símbolo. ¿Cómo encerrar el pensamiento de todos en una fórmula fria y estérna? D. Severo es un hereje.

—¡Un apóstata!

—¡Un visionario! ¡Un corruptor!—Vociferaban los amigos de D. Teótimo.

—¿Y con qué derecho quieres imponer tu veto á lo que decidamos los demás?

—Con éste,—dijo resueltamente D. Teótimo levantándose y descorriendo una cortina.

Los convidados aplaudieron aquel cuadro imponente: una larga mesa, ante la cual daban guardia los criados vestidos de etiqueta, atraía las miradas de todos. Soberbios salmones á la mayonesa, rodeados de enormes cangrejos: cabezas de jabalí enseñando sus colmillos: jamones azucarados: faisanes dorados en el horno: mezclas olorosas de trufas y aves suculentas, de galantina y de foie gras: pasteles, ramilletes de dulces, piñas de América y otras frutas tropicales: copas de diversos colores y tamaños en la mesa: botellas oscuras y piramidales, venidas del Rhin, ó con cuello plateado, ó de un color de ambar tentador: frascos y jarrones: flores hermosas y luces que relampagueaban en la plata y el cristal.

—Ved ahí mi altar: ¿hay quién me siga?

—¡Viva D. Teótimo!—dijeron los discípulos entusiasmados.

—Este es el paraíso moderno, y no puede haber otro paraíso.

D. Severo se retiró solo y cabizbajo: únicamente don Canuto se acercó y le dijo por lo bajo.—Ahora me siento débil porque el ponche abre el apetito. Luego iré á tomar un helado con Vd. y discutiremos ese símbolo.

III

La idea de D. Severo habia fracasado por el momento; pero el germen quedó en muchos cerebros: la cena produjo indigestiones, y los dolientes fueron los primeros apóstatas que acudieron á dar fuerza á la herejía. El Dios de sombrero de copa, despues de reflexionarlo detenidamente, les pareció mucho Dios á otros discípulos, los cuales formaron una secta que sólo reconocía un Dios de calañés: á esta sucedió una iglesia militante que representaba la divinidad con sombrero de tres picos: las divisiones eran innumerables seis meses despues: cada vez que los creyentes miraban el escaparaté de un sombrero, brotaba una herejía.

D. Canuto habia hallado una fórmula para no reñir con nadie, siendo la condicion primera del deismo ilus-

trado no afirmar ni negar rotundamente: sólo se conseguía el objeto en toda su extension, asistiendo á todos los círculos y perteneciendo á todas las escuelas.

Entre tanto, D. Teótimo se arruinaba lentamente para sostener sin decadencia su prestigio.

IV

Las funciones religiosas, á pesar de su magnificencia, empezaron á parecer tristes por la ausencia del bello sexo. Muchos discípulos murmuraban fundándose en que no se propagan las ideas sin el concurso de la mujer; otros temian que la ingerencia del elemento femenino hiciese brotar entre los fieles alguna idolatría. El maestro pudo contener la division declarando que no era asunto de fe.

—No buscaremos á la mujer,—exclamaba;—por si puede ser germen de discordia, no la cerraremos tampoco la puerta, porque nuestra religion es amorosa y expansiva. Además, muchas de ellas visten de amazona y llevan en la cabeza sombreros como el nuestro. Y por otra parte, ¿quién asegura que no hayan ingresado en nuestra secta? ¿No pueden ser algunos de los presentes, señoras disfrazadas de hombre?

Los concurrentes se examinaron unos á otros con desconfianza, y D. Canuto, que era barbilampiño, presentó las orejas á los que estaban más próximos, diciéndoles.

—Miren uste les bien: no tengo agujeros.

Aquel día hubo murmullos en la mayoría, que acallaron D. Canuto con su natural benevolencia y D. Teótimo organizando una procesion de las más cómodas.

—Nos traslaremos,—dijo,—procesionalmente á la Exposicion universal en un tren de recreo. Nuestras procesiones son curavanas de estudio y de placer que no estorban el paso en las ciudades.

Muchos discípulos se excusaron de asistir, y el maestro no se dió por desairado.

—También se acompaña á una procesion de las nuestras mentalmente,—repuso.

—Y ¿llevaremos estandartes y faroles?—Preguntó ferrosamente D. Canuto.

—No es necesario,—contestó D. Teótimo,—pero el que quiera tomarse esa molestia puede hacerlo por cuenta propia: á mi parecer, los astros son el alumbrado de nuestra supuesta Divinidad: las nubes son estandarte. Yo llevaré el vaso que bendicisteis para beber agua en el camino.

La respuesta de D. Teótimo pareció afectada y vanidosa.

Los discípulos, que habian observado con prevencion los gastos exorbitantes que hacia su maestro, prorrumpieron en irritante clamoreo cuando empezaron á correr voces de su ruina.

—Nadie se arruina así,—decian,—sin algun fin siniestro. Este hombre trata sin duda de explotarnos.

—No, señores,—exclamaba defendiéndole D. Canuto:—es que tiene la abnegacion y el entusiasmo de un apóstol.

Llegó el día en que el repostero no quiso servir la cena á D. Teótimo, y éste tuvo que decir á los creyentes.

—Señores: nada puedo daros esta noche: ha llegado nuestra cuaresma: pero, alegraos: esta penitencia acaso nos sea útil para el alma, si es que la tenemos.

La palabre penitencia hizo el peor efecto entre los fieles.

—Este hombre,—prorrumpian indignados,—ha perdido el espíritu religioso y concluirá por inventarnos un infierno.

Entre tanto, la familia de D. Teótimo se hizo intervenir sus bienes como pródigo y aun consultó al doctor Ezquerdo si procedía encerrarle en una jaula.

V

Las cenas religiosas concluyeron, quedando reducida la ceremonia del fundador al ponche místico. Los que se habian acostumbrado á la sólida devocion de los primeros tiempos de la Iglesia, hallaron poco ortodoxo el ponche sólo, y protestaron del sacrilegio desbandándose, engrosando todas las sectas, á excepcion de la de D. Severo, á quien se consideró como un simple anacoreta.

La ruina de D. Teótimo era ya tan rápida, que se vió imposibilitado de dar el obsequio tradicional á sus adeptos: sólo D. Canuto escuchó los últimos sermones, despues de los cuales hacian la fórmula del ponche con un vaso de agua y unas gotas de aguardiente.

El espectáculo de aquella ruina, en vez de hundir todas las sectas de la nueva religion, produjo, si no su avencencia, un símbolo ó contraseña comun para distinguir á todos los creyentes. El símbolo era breve, nada afirmaba ni negaba relativo á las creencias, pero expresaba claramente el pensamiento general.

Se reducía á esta frase:

—¡Abajo D. Teótimo!

—Triunfó Vd.:—decía el maestro al primer apóstata, un día que se encontraron en la calle.

—He triunfado en principio nada más,—contestó modestamente D. Severo,—porque el símbolo no es mio, le inventó y le propuso á todas las sectas nuestro amigo D. Canuto.

En aquel momento apareció en una esquina D. Canuto, y se acercó á sus dos amigos sonriendo:

—¡Apártate, Judas!—le dijo D. Teótimo.

—¡Oh, ingrato amigo!—respondió su antiguo discípulo con afligido acento.—¿Qué? ¿No ha conocido Vd. la intencion bondadosa de mi símbolo? Si no le hubiera propuesto, acaso resonaría en sus oidos este grito mucho más peligroso y amenazador.

«¡Crucifícadle!»

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

BIBLIOGRAFIA.

Compendio de Historia Civil y Constitucional de Inglaterra, por Luis Barthe, con un discurso preliminar de don Manuel Pedregal. Un volumen en 8.º de 370 páginas. — Imprenta de Maroto é hijos. — Madrid.

A los pocos días de ver la luz pública el libro, cuyo título ponemos por epígrafe, consignamos en otra publicación el juicio crítico que nos había merecido la citada obra del Sr. Barthe, juicio, en verdad, bien favorable. Nuestras apreciaciones han sido confirmadas por toda la prensa de Madrid y parte de las provincias, la que no le ha escaseado sus justos elogios, probándonos con esto la imparcialidad y exactitud de nuestras alabanzas.

Difícil es el estudio perfecto de la historia y de las instituciones de un pueblo; pero si ese estudio se refiere á un país tan importante como Inglaterra, cuya organización política, para llegar á su brillante estado actual, ha tenido necesariamente que pasar por tantas vicisitudes, la dificultad se hace aún mayor; acometer sólo esta empresa, digno es de elogio; salir airoso de ella, no puede por menos que significar para su autor un gran triunfo.

Modesto ha sido el Sr. Barthe al llamar *compendio* á su obra. La extensión y profundidad de concepto con que examina la historia civil y más especialmente, la historia constitucional de Inglaterra, desde las primeras invasiones germánicas, hasta la conquista del país por los normandos, determinando tanto los elementos que entraron á formar parte en la nacionalidad inglesa y las instituciones por que se rigió en los tiempos primitivos como las trascendentales reformas políticas y administrativas introducidas durante el reinado de los conquistadores expresados; sus comentarios acerca de la *Magna Carta*, documento notable por consignarse en él tan explícitamente los respectivos derechos entre el rey y sus súbditos; la minuciosidad con que examina los hechos importantes de cada época, de cada reinado y da cuenta de las reformas que van adoptándose; el reinado de Enrique VIII, base de las libertades inglesas, por la reforma religiosa; las luchas del Parlamento con la Corona, y el predominio de la Cámara de los Comunes durante el protectorado de Cromwell; el acta famosa del *Habeas Corpus*, expedida por dicha Cámara de los Comunes reinando Carlos II; la *declaración de derechos* entre Guillermo de Orange, electo á la destitución de Jacobo II, y el pueblo; las reformas del célebre Pitt en ambas Cámaras y tantas otras importantísimas leyes.

Circunstancialmente referidas, elevan el libro del Sr. Barthe á mayor categoría que la de un simple compendio, pudiéndosele colocar entre las historias que más detalladamente tratan del asunto. Contiene, además, diez apéndices, los cuales son asimismo del mayor interés para el perfecto conocimiento de cuanto con dicha obra se relaciona, y un erudito discurso preliminar del Excmo. Sr. D. Manuel Pedregal, perfectamente escrito.

La obra del Sr. Barthe, en resumen, merece ser conocida por cuantos se dedican en España á la política y al estudio del derecho, así como por los que no posean un conocimiento exacto de las instituciones inglesas, que á tan alto grado de prosperidad y engrandecimiento han elevado á aquel afortunado país, y nuevamente le felicitamos á su autor por el merecido éxito que su publicación ha obtenido entre los amantes de las letras.

JOSÉ MONTERO Y VIDAL.

EL CAMPO DE BATALLA.

Mananteus sanguine terrans.
(Ovidio).

¡Horrible soledad! Tétrico el cielo cubre de sombras la sangrienta plana; tienden los cuervos el sonante vuelo festin buscando entre la sangre humana.

¡Oh campos vascos en que alegre un día bajo la sombra del nogal frondoso envidió vuestra paz el alma mía de larga siesta en el feliz reposo!

Busca la vista con creciente pena las blancas bardas y los verdes huertos, y halla no más en la sangrienta arena armas deshechas y soldados muertos.

Cadáveres do quier ensangrentados, candente el suelo de verdor desnudo, rotas banderas, árboles tronchados que el violento huracán romper no pudo.

Sombra en el ancho y lúgubre horizonte, de muerte solitaria hondo gemido y allá á lo lejos cóncavo en el monte de hambriento lobo el extridente aullido.

Rasga las nubes con que el rostro huyera la casta luna al comenzar la liza, y el rayo vierte de su luz postrera como la sangre en su color rojiza.

Tétrica luz con su reflejo vago vierte por valles, montes y colinas... Contempla ¡oh corazón! el fiero estrago... Lloro ¡infeliz! sobre la patria en ruinas!

Aquí en las horas de la infancia unidos iban alegres cosechando flores con estos hoy exánimes vencidos los fieros iracundos vencedores.

Juntos labraron la fecunda tierra, y al hondo surco la semilla echando en la ignorancia de futura guerra alegres iban á su hogar cantando.

Allá en el fondo del florido valle los esperaban acortando el día frescas doncellas de gallardo talle, que ayer forzó la soldadesca impia.

¡Dónde estarán las madres amorosas, santos guardianes de la alegre aldea que hoy es montón de ruinas silenciosas donde la llama del incendio humea?...

Allí se alzaba el blanco caserío, de cuyos lindes con rumor de espanto triste se aparta y quejumbroso el río al mar corriendo á derramar su llanto.

¡Aquí surgieron en los pingües meses, entre mansos arroyos cristalinos, rubias espigas de abundantes mieses y espesos bosques de redondos pinos!

¡Oh amada paz y terrenal ventural... ¡Perdido bien del sin igual tesoro!... ¡Maldito aquél que en su tenaz locura causó el estrago en cuyo centro lloro!...

Estas palabras, confiando al viento, iba lanzando al espirar el día, cuando una voz y moribundo acento turbó el silencio y dijo: ¡Ay, madre mía!

Eterna frase, postrimera idea con que los aires desolado hiere en el fragor febril de la pelea el que distante de su patria muere.

Sintió piedad el corazón sañudo, buscó la vista en derredor la pena, y un cuerpo cadavérico y desnudo vió medio hundido en la sangrienta arena.

Era un robusto y corpulento mozo, de noble faz y por el sol curtida; cubre su rostro el incipiente bozo, nuncio precoz de juventud y vida.

Ancha la herida al corazón cereana se abre la sangre derramando sorda, en inmenso caudal de sangre humana, torrente fiero que el dolor desborda.

Crispada intenta al par que la comprime la inútil mano contenerla, y salta rauda inundando al infeliz que gime con ¡ay! frecuente en que el aliento falta.

¡Ánimo, hermano! — murmuré piadoso, — y algo buscando que la sangre ataje mis vestiduras desgarrando ansioso, logro tramar provisional vendaje.

Y al par que intento restañar la herida que ayes arranca si mi afán la toca, con honda pena el ánimo afligido al triste y sólo mi piedad invoca.

¡Cómo, infeliz, en día tan nefando sangre á verter viniste aquí á raudales? ¡Qué bandera es la tuya y cuyo el bando que aquí la desnudez los hace iguales?

Tu mirada que al cielo se levanta el noble afán de tu ardimiento vende: soldado fuiste de la idea santa que hasta morir la libertad defiende.

Bien hayan, pues, las lágrimas que vierte tu alma en su fin, que por diversos modos es grata lid y sacrosanta muerte la que se logra por el bien de todos.

Alzóse entonces con penoso impulso fiero el soldado há poco lastimero, y ya espirante, de furor convulso, miróme al rostro con semblante fiero.

Y repitiendo la palabra aquella que escuchaba brotar del lábio mio, blasfemias mil acumulando en ella lanzóme airado su anatema impio.

Era, en la edad en que la mente adora con ciego afán la libertad soñada, fiero enemigo que espirante llora no verla muerta por su mano airada.

Perdido rayo que entre sombras muere, amante ciego de la sombra oscura, naciente flor que recibir no quiere del sol germinador la lumbrera pura.

¡Oh! ¡Con qué asombro á mi pesar contemple su inútil odio y su impotente brio, viendo en su historia el infecundo ejemplo de un alma errante en tétrico vacío!

Háblame ya, pues que la muerte tocas, como al hermano en quien morir quisieras: ¡qué ideal santo al espirar invocas, qué herencia al sucumbir legar quisieras!

Y él dijo entonces: — La palabra impía que hoy de tus labios en mi mengua brota, me la enseñaban en la infancia mía cual del Averno resonancia ignota.

Del hondo valle en la tranquila ermita oí más tarde maldecirla al cura; mi santa madre en oración bendita á odiarla me enseñó con saña dura.

Padres y hermanos á luchar salimos, mi madre octogenaria nos dió aliento, y en son de guerra por los campos fuimos con infecundo y bélico ardimiento.

Entiendo bien que en la amplitud de España no hay comarca más libre que la mía, pero una voz oculta en torba saña me manda secundar la tiranía.

Y es tal la fé con que mi padre anciano me enseñó á aborrecer lo que no entiendo, que á mi pesar y viendo en tí un hermano, la vida que me das estoy sintiendo.

Y pues invocas para darme vida lo que engendraba mi rencor primero, rompan mis manos la cubierta herida y en paz me deja, que vivir no quiero.

Y á los vientos lanzando imprecaciones, rompe las vendas que en su pecho mira, salta la sangre en ráudos borbotones, óyese un ¡ay! y el moribundo espira.

En santa indignación ráudo me abraso: álzome al fin abandonando al muerto; huyendo voy con espantoso paso el campo de cadáveres cubierto.

Aquí mis piés chocando en los heridos oyen blasfemias de mi patria en mengua; aquí en labios cristianos fementidos, oigo á mi patria maldecir la lengua.

Júzgame camarada uno que espira y en tiernas frases de amistad profiere: me vé cual soy, indignación respira y maldiciendo de mi nombre muere.

Y es tal la inquina que ó ruidosa ó muda siente el oído por do quier que pasa, que el alma al fin de sus creencias duda y hondo pesar el corazón traspasa.

¡Oh! santa libertad, cuyos rigores llora la raza en la civil contienda, de cuya sangre hicieron mis mayores al altar de tu nombre patria ofrenda;

Santo ideal que me arrulló en la cuna, lábaro santo de la patria hispana; ¡cómo á tu nombre en su infeliz fortuna infama el hombre en quien la sangre mana?

Huyámcsc ¡ay! del campo ensangrentado donde la fé de mi niñez flaquea; y de nuevo con paso apresurado busco un lugar donde la calma sea.

Y así vagando en espantada huida la luz buscando en impaciente anhelo, iba salvando el ánimo afligido campos y valles entre sombra y duelo.

Y la cumbre escalando de alto monte de verde falda y de imponente altura, llegué cuando en el nítido horizonte brilla la aurora con su lumbrera pura.

Y al sol naciente en el confin hispano mientras el aire matinal aspiro, los campos vascos á la diestra mano y España libre á la siniestra miro.

A este lado cadáveres y hogueras y tétricos lamentos de agonía donde ayer florecientes las praderas brindaron calma á la existencia mía.

En tanto, alegre la nación despierta libre y feliz por el opuesto lado; brilla la mies de espigas mil cubierta, relumbra al sol el rutilante arado.

Silba alegrando campos y vergeles la sonante veloz locomotora, y repletos de carga los bajeles los mares hienden con sonante prora.

Lanza gentil la esbelta chimenea el humo de las fábricas al viento, y al sol naciente que su luz flamea todo es luz y abundancia y movimiento.

Brilla la mies al rayo matutino en las ricas cantábricas ciudades, suena el vapor en la industrial Barcino, hierve de velas la fenicia Gades.

Ronco Aragón de sus antiguas glorias el himno canta en sus gloriosas brechas, y el hondo Tajo á despertar memorias corre y lanza patrióticas endechas.

Rico el caudal de la extremeña tierra del bosque humbroso la fragancia envía, y allá feliz tras la encumbrada sierra brilla feráz la libre Andalucía.

Sola en la sombra exánime suicida la vasca tierra ensangrentada llora; tierra infeliz que al fanatismo unida los dulces bienes de la patria ignora.

¡Oh, corazón, que aun gimes bajo el peso de negra angustia, tus instintos calla! ¡Gloria á los pueblos que tornó el progreso en fructíferos campos de batalla!

EUSEBIO BLASCO.

DOLORES.

(Continuacion.)

CIII

Casquetillo se encontró en una situación de tal manera para él inesperada y enorme, que nos hace extraordinariamente difícil decir lo que sentía sin poder expresárselo.

La estupefacción era la expresión dominante por decirlo así, de sus ojos dilatados, de su boca entreabierta. A pesar de sus picardías de pillete, conservaba el candor, la virginidad, la inesperación del alma. Aquella señora distinguida, elegante y rica, á lo que parecía; la realización del sueño fantástico de un amor vago que había causado en él el retrato; la balumba de esperanzas, de suposiciones, de encantos que su imaginación había levantado anhelando el día en que encontrase el original de aquella fascinadora imagen; el ansia del momento en que ella enamorada de él (lo cual creía de todo punto probable Casquetillo) se consagrara á él, abriese para él el ancho camino que debía llevarle á la posición ventajosa en que veía á otros, cuyos principios habían sido tan humildes como los suyos; la contemplación de cerca de aquella vigorosa é ideal hermosura en la cual el tiempo no había causado desperfecto alguno, empalidecimiento alguno, pérdida alguna, sino que, por el contrario, parecía haber acumulado en ella una vida más poderosa; el conocimiento de detalles inapreciables, de encantos exquisitos que no había podido apreciar á cierta distancia y á la luz opaca de la iglesia; la sensación de una fragancia delicada, apenas perceptible, pero inmensa, infinita, que en vano se buscaría en ningún perfume, que podría llamarse *fragancia de la vida* inherente al sér, emanada del sér, indefinible, inapreciable, que fluía

de la dama como un privilegio de la naturaleza, que esta concede á muy pocas mujeres; la luz recóndita, destello de un alma prepotente, infinita, elocuente de algo incomprendible para la razón, irresistible para el sentimiento, vivificador, fascinador, magnético, poético, con una poesía en que se revelaban al par un cielo y un infierno; la dulzura infinita con que aquella luz halagaba, acariciaba, deleitaba, inflamaba el alma de Casquetillo: aquel enamoramiento satisfecho de lo que por sí mismo sentía, y del asombro de felicidad que causaba; las múltiples vibraciones de vida que emanando de ella se infiltraban en él, arrancando por una razón de atracción otras semejantes vibraciones de vida; la virtualidad del espíritu y la voluptuosidad de la materia, y sobre todo, produciendo, cosa extraña, en Casquetillo el efecto de un anestésico, una especie de cinta de encaje de coral, por decirlo así, determinando un contraste fascinador sobre la nacrada garganta, dejándose ver en una inflexión tentadora sobre el nacimiento del seno relevado, turgente, delicado y puro, todo esto tenía á Casquetillo estático, aturdido, sin acción ni palabra, replegado como con miedo en un ángulo del simon, inmóvil y agitado por una convulsión apenas perceptible, pero poderosa.

CIV

La manera con que ambos se contemplaban, se expresaban, por medio de la mirada y de la emoción, y se sometían el uno al otro por una abdicación de la voluntad del uno en el otro, por una reciprocidad de sensaciones; había sido más elocuente en un segundo, que pudieran haberlo sido todas las declamaciones enamoradas posibles durante muchas horas. Y es que el sentimiento, percepción á un tiempo y lenguaje del alma, no ha menester absolutamente de los órganos, de la materia, para ponerse en relación consigo mismo, para impresionarse de una manera infinita y misteriosa.

CV

Había en ella algo de sobrecogimiento, como si la absorbiese y la dominase algo que la fuese desconocido, infinitamente más vital, más fecundo, que lo que hasta entonces había experimentado ó deseado por la necesidad de amor de su alma.

En aquella mujer, que de una manera tan fácil, tan impudente, si se quiere, se había puesto en contacto con Casquetillo, resplandecía, en la mirada, algo inefablemente virginal; algo que determinaba un raro fenómeno en aquel sér, si jóven por la conservación de la materia, ya de edad grave por el tiempo, y que á juzgar por una multitud de manifestaciones indudables de su fisonomía, por una especie de estigma fijado en su frente siniestra, parecía haber apurado una candente vida de pasiones excesivas, una vida gastada por un alma avara de emociones violentas. Había en ella encanto, y al mismo tiempo duda, temor, dolor. Saboreaba con la mirada ávida la jóven y vigorosa belleza de Casquetillo, y la expresión de enamoramiento, de éxtasis, de la mirada del muchacho, franca, candente, lúcida, llena de un *quid divinum* misterioso, que embriagaba, que transformaba, que desfallecía á aquella mujer gastada en las luchas de la vida, en el choque de las pasiones, en el sufrimiento de las contradicciones, en el hastío de todo lo que había devorado, en el ansia de lo que, soñado por ella imposible, no había podido devorar; y este *quid divinum*, que parecía ser un tesoro creído imposible y al fin encontrado, hacían del infierno de aquel sér exhuberante, un paraíso, una existencia nueva, un renacimiento que era, podría decirse, un delirio de felicidad.

Era, en fin, que dos seres en quienes eran absolutamente semejantes algunos de los principios constitutivos de su existencia física y moral, se habían encontrado, se habían sentido, y habían *compenetrado*, como se dice ahora, su sér en su sér, determinando instantáneamente una casi identificación absoluta, y de tal manera, que la edad y el sér del uno era la edad y el sér del otro, viniendo á ser un sólo sér, una sola edad, una criatura en dos entidades, un alma en dos organismos, perdida la una en los tenebrosos abismos de su conciencia, atraída la otra por ella á aquel mismo abismo. Empezaba la historia de un amor.

CVI

Ella estaba densamente pálida, como desolada, como dolorida, como espantada de lo prepotente que en sí sentía, de lo incontrastable de la atracción que ejercía sobre ella aquel niño que la enloquecía más y más, mirándola con ansia, con avaricia, con adoración, estremecido, mudo, transfigurado, acrecido en belleza.

Ella se pasó la mano por la frente, como si hubiera querido arrancarse del cerebro algo terrible: su hermosa boca sonrió con pena, pero de una manera espiritual, incitante, voluptuosa, abrasadora, y exclamó con la voz opaca, lánguida, profundamente conmovida:

—¡Es extraño! ¡Muy extraño! ¡No lo hubiera creído jamás!

Calló durante un momento. Un relámpago de fuego, partiendo de su mirada, envolvió á Casquetillo y luego añadió:

—Sea lo que quiera y venga lo que viniere: esto es inevitable. ¿Y quién eres tú?

—¡Yó! ¿Quién soy yó?—dijo Casquetillo.

Y su boca seca, su garganta contraída, imposibilitaron su palabra.

—Pedro de qué se yó,—respondió al fin, haciendo un poderoso esfuerzo para dominarse, y consiguiéndolo en algún modo, gracias á su extraordinaria fuerza de voluntad.

—¿No conoces tu apellido? ¿No conoces tus padres?

—No, ni más ni ménos que un gorrion,—dijo Casquetillo sobreponiéndose más á su miedo, empezando á aparecer sereno.

—Pero, ¿quién te ha criado?

—La casa de vecindad,—respondió Casquetillo,—hasta mis siete años; después yo me he criado á mí mismo: es decir, he sido un pequeño salvaje de la civilización, y he buscado en los despojos de las calles un mendrugo que roer: he sido como un insecto que no teniendo fuerzas para cortar la atmósfera en una dirección fija, he ido á donde el viento me ha llevado.

—¿Y qué eres ahora? Tú tienes una distinción natural, tú hablas con facilidad y aun con escogimiento; tú revelas en tu fisonomía, en tu mirada, un alma impresionable, apasionada, levantada á grandes aspiraciones: tu traje es sencillo, casi pobre, pero limpio y aun elegante: tú no eres una criatura vulgar. ¿En qué te ocupas?

—Estoy en la administración de *La Correspondencia*, hago fajas, recojo noticias, y alguna vez escribo sueltos: soy aprendiz de periodista.

—¿Periodista!—exclamó ella sonriendo de una manera lánguida.—Hé aquí un pequeño hombre en carrera. ¿Y qué ganas?

—Diez reales,—dijo como con desden Casquetillo.

—Por algo se empieza,—dijo ella, que al fin se había dominado completamente:—no pensemos en esto: tú has hecho ya tu fortuna. Yo te protejo.

Casquetillo, que al fin se había sobrepuesto á la situación, que había recobrado toda su audacia, exclamó:

—¡Proteger! ¡No, yo no acepto tu protección! ¡ni cómo! ¡Yo tengo tu alma!

CVII

La dama se irguió y miró de una manera profunda á Casquetillo.

Su semblante se había ensombrecido. En sus ojos brillaba una luz siniestra. Casquetillo había dado en un *lapsus* disculpable en la situación en que se encontraba. No había podido contener su impaciencia.

Tan poderosa había sido la expresión de sorpresa y de protesta de la dama, que Casquetillo se aturdió y no tuvo fuerzas para sostener su mirada.

—¡Mi alma tuya!—exclamó la dama con la voz fatigada y triste:—¡un niño!

—Corneille ha dicho,—exclamó rehaciéndose Casquetillo,—que el valor no se cuenta por el número de los años.

Casquetillo había leído mucho, y había oído hablar mucho de literatura en la redacción.

—Sí, es verdad: el alma no es jóven ni vieja,—dijo la dama con acento distraído:—si pudiera tener edad, habría que decir que tu alma tenía ya muchos años.

Casquetillo se alentó y recargó.

—Y se diría también,—dijo,—que tu alma estaba en la infancia; estoy viendo en tus ojos, y abrasándome en ellos, un alma de adolescente, á una niña de quince años, un alma virgen.

—De modo que,—dijo la dama con la voz concentrada, timbrada por un sentimiento profundo y misterioso,—por una razón de edad hipotética en el alma, tú, respecto á mí, eres el superior...

Dijo de tal manera la dama estas palabras, había bajo ellas y bajo el acento con que habían sido pronunciadas un universo tal de ideas, que Casquetillo volvió á caer en su aturdimiento.

—Yo, señora,—dijo, no atreviéndose á continuar tu-teando á la dama,—no sé lo que por usted siento; no sé lo que me sucede.

—¡Suceder! ¡suceder! Lo más natural del mundo: una doble fascinación: una amenaza de amor.

—¡Una amenaza!...

—Pudiera ser nuestro amor una desgracia. Pero todo esto es prematuro. Una primera impresión. Me has hecho experimentar algo que me ha espantado y me ha aturdió. Y sería inútil que pretendiera ocultártelo. Tú tienes una experiencia prematura, te ha educado la miseria, has vivido en el afán y el trabajo, has hecho mucho camino en poco tiempo. Pues bien, puesto que te he encontrado, puesto que fatalmente he provocado la situación en que nos encontramos, espéralo todo de mí. ¡Ah! hemos llegado á la estación,—añadió la dama viendo que el carruaje se detenía.—Bajemos.

CVIII

Bajaron. Entraron. En aquel momento se abría el despacho.

Iba á salir un tren para Guadalajara. La dama esperó á que terminara la pequeña cola de pasajeros. Llegó, y tomó un billete de primera clase de ida y vuelta para Valdecaas. Luego se fué con Casquetillo á la estación del telégrafo, se sentó, sacó una tarjeta y escribió en ella. Después salió, siempre seguida por Casquetillo. En la primera sala de espera le dijo:

—Toma: lleva esta tarjeta al señor que en ella se expresa, y preséntasela. Toma, para que pagues el carruaje. Y le dió un pequeño porta-monedas.

Casquetillo se puso rojo hasta en el blanco de los ojos. Y era el caso que no tenía un cuarto, y era de todo punto necesario pagar el carruaje.

Vació: pero no había medio: tomó el porta-monedas. Le abrió para sacar una moneda.

—No,—dijo la dama:—eso es tuyo... tuyo...

—¡Señora!

—¡Tuyo. No más. Hasta la vista.

Y se entró en el salón de espera.

CIX

Pero inmediatamente salió por la otra puerta. Se esperaba un tren, y había algunos ómnibus, algunos carruajes de alquiler. La dama tomó uno de ellos, y dijo:

—A escape, á la calle del Humilladero, número treinta y cinco.

El cochero arreó de firme. Tomó por la Ronda. Un cuarto de hora después paraba delante de una casa de antigua apariencia, señalada con el número 35, en la calle del Humilladero.

Entró la dama. Poco después bajó una criada vieja, y entregó al cochero un duro.

—Muchas gracias,—dijo éste.

Y partió. La vieja se entró.

Seis minutos después, paró á la puerta otro carruaje, y salió de él Casquetillo. Pagó al cochero, y entró en la casa.

CX

—¿Vive aquí el padre Pascual?—preguntó en la portería Casquetillo.

—Cuarto principal interior de la izquierda, por el patio,—respondió desde una profundidad tenebrosa, una ruda voz de mujer.

Casquetillo, que estaba extraordinariamente impresionado, se metió por el estrecho patio.

Tenía motivos sobrados para la situación de ánimo en que se encontraba. En la tarjeta que le había dejado la dama se leía: *La condesa viuda de X.*

He aquí lo que la condesa había escrito.—«Padre mio, recomiendo á usted al dador. Preséntelo usted á nuestro amigo el director del *Espectador*, y que le reciba como redactor. Yo hablaré á usted.—Matilde.» Y por bajo como señas. «El padre Pascual, calle del Humilladero, 35.»

—¡Matilde! ¡Matilde!—exclamó Casquetillo al leer la tarjeta.—Y la inicial que firma la carta dirigida al marqués de Castorey, es la M! ¡Y el retrato que se remitía en aquella carta del cual no se hizo más que una sola prueba (y la que robó al fotógrafo) y cuyo *cliché* se rompió!—¡Ella! ¡Ella! ¡Oh! ¡Ella sin duda! ¡Una criminal! ¡Una mujer de historia! ¡Oh Dios mio! ¡Y bien, que importa! ¡yo, sin ser criminal, puedo hacer prendas del crimen de otro! ¡pero la amo! ¡la amo! ¡Tal vez ella no es la otra!

Casquetillo se fué á buscar el carruaje dando vueltas á un torbellino de ideas contradictorias; luchando con el amor y la ambición excitados y con la conciencia alarmada.

CXI

Una vez dentro del carruaje que había partido al trote largo, Casquetillo examinó el portamonedas.

Contenia mil reales en oro menudo y dos billetes de Banco de cuatro mil reales.

Un amago de vértigo aturdió á Casquetillo.

—¡La fortuna! ¡el amor!—exclamó—¡pero y Dolores! Y bien, si, todo para Dolores, todo para la pequeña. ¡Pobres criaturas! ¡Yo soy su hermano! No tienen á nadie más que á mí en el mundo; su abuelo... don Pedro... ¡bah! pero don Pedro es un estafalario, un vejetero enamorado, que por la vaquerita abandonará á Dolores. ¡Pero cómo es abuelo de Dolores don Pedro?

Y Casquetillo iba y venía de un pensamiento á otro, se aturdió, se embrollaba, y persistente en él sentía la influencia del ardiente, del terrible sér de Matilde.

CXII

Apenas llamó al cuarto principal interior de la izquierda se abrió la puerta. Apareció un hombre alto, viejo, vestido con un levitón de corte antiquísimo y cubierta la cabeza con un casquete de felpa negra bajo el cual se veían algunos mechones de cabellos completamente blancos y brillantes como hilos de plata. El semblante de este hombre era prolongado, flaco, pálido, severo, pero de rasgos enérgicos en que quedaba una sombra de belleza. Sus ojos, á los que la edad había dado algo de vidrioso, parecían como empalidecidos, es decir, su color negro había perdido su brillo y su intensidad. Hubiera podido decirse que al usarse se habían empañado y desteñido. Así mismo, á causa de los años, la piel aparecía mate, áspera, rugosa, terrosa, con el blanco especial del yeso. La mirada era penetrante, profunda y observadora. Había en ella algo de expresión indefinible, algo vago y fantástico. Casquetillo sintió una leve crispatura y se le puso la carne de gallina. Aquel hombre que le miraba con una extraña fijeza tenía para su imaginación impresionable y fantaseadora mucho de cadáver desenterrado, de espectro.

—¿Cuántos siglos tendrá este hombre?—dijo para sí Casquetillo.

CXIII

A pesar de la extraordinaria longevidad que representaba, aquel hombre aparecía erguido y fuerte como si hubiera sido robusto y hubiera estado en la fuerza de su virilidad.

—¿Vive aquí el padre Pascual?—preguntó Casquetillo.

—Yo soy,—respondió el viejo.

—¡Ah!—exclamó con asombro Casquetillo preséntándole la tarjeta;—yo creía que se trataba de un eclesiástico.

—¿Pues qué,—dijo el viejo mirando la tarjeta:—la grande ancianidad no tiene un carácter tan sagrado como el del sacerdocio?

La voz del viejo era reposada, grave, firme, sonora. Si Casquetillo le hubiera oído sin verle, le hubiera creído jóven:

—Pase usted,—le dijo.

Casquetillo sintió un nuevo sobrecogimiento. Le pareció que peneiraba en un antro que pertenecía á otro mundo. A un mundo más allá de la vida.

Pero no fué á una *espehunca* á donde aquel sér extraordinario condujo á Casquetillo, sino á una sala muy alegre que daba á un jardín.

Por una razón de accidentación del terreno, aquel jardín estaba á nivel del piso principal. Desde la sala se podía pasar á él á pié llano por cualquiera de las tres grandes vidrieras que daban paso á una gran luz.

En la sala se revelaba el gusto de las casas del siglo

pasado. Paredes blanqueadas: techo de viguetas azules con bovedillas pintadas, con adornos del Renacimiento de un color y de un tono pálidos, que el tiempo había empalidecido aun más. En el friso, alrededor, ganchos dorados destinados sin duda á colgar los tapices. Una chimenea de mármol pardo de grandes dimensiones, de buena ejecución, con adornos sobrepuestos de bronce dorado. En las paredes, grandes cuadros al óleo representando sombríos asuntos místicos. Mueblaje de caoba entera; sillera de damasco amarillo, una mesa, un armario, alfombra gruesa y de una pieza, de colores apagados, de composición clásica, de las que se hacían y se hacen en la fábrica de Santa Bárbara; en las vidrieras y en las grandes puertas de los extremos *portiers* del mismo damasco amarillo que la sillera. Aquel salón estaba en carácter con el centuagenario. El nublado que al fin se había deshecho, dejaba penetrar ampliamente el sol por las grandes vidrieras.

En cuanto al jardín, era intrincado; grandes árboles frutales; la madre selva y la yedra, disimulando los muros, engrandeciéndole, dándole el aspecto de una espesura ilimitada. Dentro de él, se le hubiera podido suponer el centro de un bosque: cuadros de flores y hortaliza, una fuente peñascosa, una gruta, alguna estatua destacándose sobre el fondo verde oscuro de la yedra. Aquello le pareció á Casquetillo muy bello; romántico, con ese romanticismo que tiene todo lo que, perteneciendo á lo pasado, continúa á pesar de la fuerza incontrastable del movimiento de traslación del progreso.

Y todo esto hablaba á la vehemente idealidad de Casquetillo. Todo esto embellecía su aventura y acrecía sus ilusiones. Se creía en un mundo aparte. Todo tomaba para él el prestigio de la novela, y acrecía en él esa situación que podría llamarse embriaguez de la imaginación.

CXIV

El Padre Pascual indicó un sillón junto á la chimenea á Casquetillo. El muchacho se sentó y continuó en la contemplación de lo que le rodeaba, y soñando á causa de ello.

El viejo se sentó junto á la mesa y escribió. Continuó escribiendo durante un cuarto de hora. Cerró la carta, se levantó, y la dió á Casquetillo.

—Importa,—le dijo,—la reciba al momento la persona á quien va dirigida.

Después de estas palabras, no había más que despedirse, y Casquetillo se despidió. El anciano le acompañó hasta la puerta. Le saludó, pero no le ofreció la casa. Esto le pareció á Casquetillo muy extraño. El hubiera querido un recibimiento no tan sóbrio. Pero esto mismo aumentaba el interés romántico de su aventura; la rodeaba de misterio.

CXV

No podía decirse, sin embargo, que el viejo no era cortés. Permaneció en la puerta hasta que Casquetillo revolvió el primer tramo de la escalera. Hubo un nuevo saludo. Cerró la puerta el Padre Pascual, y se volvió al salón.

En él, sentada junto á la chimenea, sombría y meditabunda, iluminada fuertemente por el reflejo de la proyección del sol que caía á sus pies, y embellecida por aquella luz y por una emoción poderosa, estaba Matilde.

—Y bien, ¿qué ha juzgado usted, padre Pascual?—preguntó Matilde.

—Sería una desgracia,—respondió el viejo;—te has impresionado al cabo de tus años de una manera que se sobrepone á todo lo que has sentido. Esta impresión es demasiado seria; demasiado determinante. Te sientes virgen.

—Pero usted, ha reparado...

—Sí, sí, un parecido vago. Pero sería una casualidad; una combinación de novela.

—¿Y qué es la vida más que una novela terrible?

—La verdad es siempre extravagante é inesperada: las combinaciones simétricas no se dan en ella. Sucede todo como debe suceder, por una ley fatal de la acción de las fuerzas vivas; te repito que sería una casualidad.

—Una casualidad terrible, un castigo de la Providencia, porque sufro, porque anhelo, porque siento en mí una juventud poderosa, una vida inagotable, porque... porque amo al fin, porque conozco el amor tal cual debe ser el amor, y quiero explicarme la razón de este amor y no puedo.

—¿Y cuándo el ser humano podrá explicar la razón de la vida? ¿Cuándo encontrará un límite? ¿Cuándo tocará una verdad? ¿Y por qué aterrarse de ese modo? ¿Por qué pretender inútilmente oponerse á la influencia de la fatalidad?

—Pero ese parecido...

—Vago, muy vago.

—Para mí es indudable.

—¿El miedo!

—Es necesario averiguar, saber...

—Se averiguará y se sabrá.

—Noticias prontas.

—Al momento, antes de dos horas.

—Me voy, padre Pascual. Necesito estar sola. Me siento mal, muy mal.

—Tú eres al fin feliz, tú has encontrado el infierno que anhelabas.

—¿Oh! ¡el infierno! ¡Dios!

—¡Dios!

—¡Sí, siempre Dios!

—Bien, y qué más dá, Dios es la ley. Lo infinito y lo inevitable.

—Espero á usted esta tarde.

—Iré.

—Adios, pues.

—Adios, hija mía.

Matilde salió, tomó un carruaje en la primera parada y se hizo conducir á una iglesia próxima á su casa. Allí despidió el carruaje, oró, salió, entró en su casa y esperó.

CXVI

Hé aquí lo que Casquetillo encontró en el sobre de la carta que le había dado el Padre Pascual.—Al director del diario *El Espectador*.—Seguían las señas. La redacción estaba lejos. Casquetillo, que nunca, hasta aquel día, había ido en coche, ni aun por casualidad, encontró, que habiendo cambiado sus *circunstancias*, no debía tomarse la pena de hacer un pie tras otro dos kilómetros. El dinero tiene un espíritu verdaderamente sibarítico, y le comunica al que lo posee, salvo á los desdichados, poseídos por eso que se llama pecado, y no es otra cosa que una enfermedad terrible: la avaricia. Pero Casquetillo no adolecía de esta enfermedad. Era naturalmente espléndido, sólo que no podía serlo á causa de su pobreza. Si había ahorrado antes de conocer á Dolores, había sido tendiendo á emanciparse de la miseria por medio de un capital. Después de conocer á Dolores, le había hecho conservar el amor, el afán por su hermanita y por la pobre Carmen. Pero, ya lo hemos dicho: habían cambiado las circunstancias para Casquetillo, y el hombre es hijo de las circunstancias. Su manera de ser y de sentir se habían perturbado; la influencia de Matilde, de no sé qué voraz que por ella sentía, insoportable, delicioso y apenador á un tiempo; el inmenso horizonte que se había abierto á sus sueños de niño ambicioso y precoz; su instinto pertinaz, que le decía: "Tú serás: no sabes á qué precio, pero tú serás:" los nueve mil reales que tenía en el precioso porta-monedas de Matilde, á cuyo valor había que añadir el del porta-monedas, que era de oro esmaltado con un cerco, aunque de menuda pedrería de cierto valor, á todo lo cual debían sumarse sus ahorros, todo esto y muchas más sensaciones candentes, incitantes, vagas, arrebatadoras, le hacían de tal manera otro, que si hubiera pretendido examinarse á sí mismo, no se hubiera reconocido. En una palabra: se le caía el cascarón de la miseria, se sentía libre, y ensayaba sus alas; necesitaba volar, volar muy alto. En esta múltiple situación de espíritu, Casquetillo no podía ni debía hacer á pie una larga distancia. Tomó un carruaje. Dió las señas al cochero. Sentía un adormecimiento invencible: de tal manera había exhalado su fluido nervioso, de tal manera había fatigado su ser moral; con tal vehemencia, con tal violencia había vivido durante dos horas. Tenía fiebre. No se apercebía de que había terminado su trayecto, hasta que se detuvo el carruaje. Bajó de él y no le despidió. ¿Qué importaba? El contaba con tener dentro de poco carruaje propio. Entre tanto, debían suplir los de alquiler.

CXVII

Con llamarse portador de una carta del Padre Pascual, se ahorraron todas las dificultades que pudieron haber impedido ver al director del *Espectador*. En Madrid no es tan fácil como puede creerse ver á una persona cuando se la necesita.

El director era calvo. Esto fué lo primero que vió de él Casquetillo cuando entró en su gabinete. Estaba con la cabeza hincada, como suele decirse, escribiendo á más y mejor.

—Servidor de usted,—dijo al entrar Casquetillo.

Y permaneció de pie á alguna distancia de la mesa. El calvo no contestó, continuó escribiendo durante algunos segundos: eran cuartillas, original: tal vez un artículo importante. Ordenó las cuartillas y sonó un timbre: se presentó uno.

—Espero las pruebas,—dijo el director.

Y luego cuando el otro se hubo ido, dijo inclinando hácia Casquetillo sus gafas que relucían sobre un semblante mofetudo y vulgar, pero marcadamente pretencioso.

—¿Trae usted una carta del Padre Pascual?

—Sí señor, y tengo el honor de entregársela á usted.

El director tomó la carta y sin contestar al cumplimiento de Casquetillo la abrió y se puso á leerla.

Al principio su semblante conservó una reserva y una frialdad absolutas, pero á medida que avanzaba en la lectura fué emocionándose.

Dos ó tres veces interrumpió la lectura para mirar profundamente á Casquetillo. Éste permanecía inmóvil esperando con una visible ansiedad. ¿Por qué se le había dado una carta para aquel sujeto? ¿Qué podía hacer este en su pró ó en su contra? ¿quién era? ¿qué intervención podría tener en sus sucesos? ¿qué influencia en su destino? Estas eran las cuestiones que preocupaban á Casquetillo y que le tenían en ansiedad.

—Síntese usted,—dijo ya con una perfecta cortesía y un acento afectuoso y comunicativo el director.

Casquetillo se sentó en una butaca que había á alguna distancia de la mesa.

—Más cerca,—dijo el director.

Y señaló á Casquetillo otra butaca situada inmediatamente junto al sillón que él ocupaba.

Casquetillo fué á sentarse en ella, y conservó en la mano su sombrero. El director se lo tomó y lo puso sobre la mesa. Esto era de buen augurio. Se guardaban con él las buenas formas.

CXVIII

—¿Cómo se llama usted?—le preguntó el director.

Casquetillo se sintió un poco embarazado. Contestó sin embargo.

—Pedro Casquetillo, para servir á usted.

Casquetillo no sabía cuál era su apellido. Le había perdido en la casa de vecindad. El no sabía sino que era hijo de Carlota: hé aquí lo único que había quedado de la memoria de su madre. Le habían puesto, él mismo no sabía por qué, Casquetillo. De este apodo había hecho el pobre muchacho su apellido.

—¿Casquetillo! ¡Casquetillo!—dijo el director:—¿pero este es un apellido?

—No, señor, es un apodo.

—¡Expósito!—dijo el director.

—No, señor, huérfano, hijo de la desventura. ¡Hay algo más oscuro que la pobreza! ¿Quién se ocupa de la historia de los pobres? Llega una desdichada criatura con un pequeñuelo en los brazos á una casa de vecindad. Muere de miseria ó de dolor. Los vecinos adoptan caritativamente al huérfano, que va pasando de mano en mano. La historia de su madre, si alguien la ha sabido, se ha perdido. ¿Quién fué? El no lo sabe: no la conoció. El es un hijo de la Providencia. El no sabe más historia que la suya, y que tuvo una madre desventurada que ama y siente, sin haberla conocido, en el corazón.

Y á Casquetillo se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba conmovido con una de esas emociones que se hacen contagiosas tanto para los escépticos, como para los más indiferentes.

—Sabremos cuanto acerca de usted se pueda saber;—dijo el director:—vamos á salir. Tengo, respecto de usted, instrucciones.

Se le alborotó el corazón á Casquetillo; se le protegía abiertamente: Matilde se había enamorado perdidamente de él; no se podía dudar de esto, ni podía dudarse, por lo que se veía, de que Matilde era mucha persona.

CXIX

Salieron. Al ver el director el carruaje que esperaba á la puerta, dijo:

—¿Es de usted?

—Sí, señor,—respondió Casquetillo.

Entraron. El director dió unas señas al cochero. Llegaron pronto á una hermosa casa situada en el centro de Madrid.

—La llave del entresuelo,—dijo el director al portero.

Este se apresuró á subir con la llave y á abrir el entresuelo de la derecha. Entraron. El buen gusto del recibimiento anunciaba el lujo del interior. Era un pequeño cuarto compuesto de recibimiento, salón, un gabinete con dormitorio, despacho, comedor, un cuarto para un criado y una cocina. Un verdadero cuarto de soltero.

—Yo vivo en esta casa en el cuarto principal,—dijo el director:—tengo este entresuelo para cuando necesito hospedar á un amigo. Pongo un criado á su disposición y así está de todo punto independiente. Usted es el amigo á quien ahora doy hospitalidad.

—Pero...—dijo Casquetillo y se detuvo.

Iba á decir:—Yo tengo una pequeña familia: vivo con ella.

—La persona en cuyo nombre se me ha encargado de usted,—dijo con voz insinuante el director,—creo que valdrá bastante para que usted acepte la hospitalidad que por encargo suyo le ofrezco.

Casquetillo se encendió de rubor, le pareció que le alcanzaba la bajeza de aquel hombre.

—Bueno, bien,—dijo Casquetillo:—puesto que aquí he de estar independiente y libre, acepto con el más profundo reconocimiento hácia usted.

—Hácia mí no,—dijo con un acento más insinuante aun aquel hombre:—yo no hago otra cosa que cumplir un encargo, y como tengo otros encargos además, suplico á usted espere aquí media hora. Yo volveré después. Hasta luego.

Y se fué.

CXX

—¡Enamorada! ¡enamorada loca!—exclamó cuando se vió solo Casquetillo.

Y su voz era triste y trémula.

Se acordaba de Dolores, y le parecía que estaba cometiendo un crimen imperdonable. ¡Pero Matilde, la divina Matilde! ¡aquel arcángel de fuego! ¡y su posición! ¡lo que podía ser para él!

Pero Casquetillo luchaba con el vicio, que le acometía. Temblaba abrumado por él.

—¡Estas señoras!... ¡un capricho!... Ha visto un *pollo* guapo y... ¡y si no fuera un capricho! ¡si fuera amor! Yo quisiera que me dijera un sabio qué era lo que debía hacer. Una mujer sin pudor, riquísima, excéntrica, que se impresiona por mí y pretende reducirme á una dulce esclavitud. ¿Qué diría Dolores, mi pobrecita, si viese esto, si supiese que esta mujer es una criminal, una de esas criaturas que ocultan la infamia bajo una apariencia deslumbradora! ¡Pero si el mundo es así! ¡Si la mujer aventurera, viciada, olvidada de todo, capaz de todo, oculta bajo una hipocresía que nadie pretende desenmascarar, es hoy la gran palanca de la fortuna! ¡Si la intransigencia de la conciencia es la condenación horrible á la miseria, que es la desesperación y la muerte! ¿Qué puedo yo hacer por mi propio esfuerzo, dócil al grito de mi conciencia? Hoy, para ser protegido, es necesario ser usado y abusado de cuantas maneras se puede usar y abusar de un instrumento. Hoy no se dá nada de balde. El hombre de bien sucumbe, sin tener ni siquiera el consuelo de que se reconozca que ha tenido el valor del martirio; por eso dijo Cervantes aquella frase terrible:—*Si es que un pobre puede ser honrado*. ¡Pero Dios mio, Dios mio, yo me aturdo! ¡Yo no sé si á pesar de sus vicios y de sus crímenes adoro á esa mujer! ¡yo no sé si soy tan miserable como ella!

Por lo que se vé Casquetillo era extraordinariamente precoz: había en él un hombre de cuarenta años.

CXXI

Se espantaba de sí mismo. Comprendía que á pesar de todo se alegraba de su situación. Que le cogía la corriente y le arrastraba, y que ni siquiera pretendía luchar con ella para ponerse fuera de su acción. Matilde le enloquecía. Veía más en ella al arcángel que al demonio.

Su conciencia se batía en retirada. Ser, ser, crecer, gozar, embriagarse con cuanto hay de candente para la sensualidad, de halagador, para la soberbia. El egoísmo y la transacción por el acrecimiento todo. Era un sedien-

to que por no morir de sed se arrojaba á una fuente envenenada.

CXXII

Maquinalmente recorrió el aposento, y vió que se componía de las piezas que ya hemos dicho, y que el mueblaje y el adorno no podían ser más bellos, más elegantes ni más ricos. Un nido de amor sin duda. ¿Y quién era el hombre que se lo procuraba? Un miserable, lo que sin duda no impedía tuviese, como parecía tenerlas, una gran posición y una gran respetabilidad.

CXXIII

Había pasado más de media hora. Llamaron á la puerta. Casquetillo abrió. Entró un hombre vestido con tal elegancia, que á nada se parecía más que á un figurín. No podía dudarse de que era un sastre de alto coturno. Un artista. Saludó á Casquetillo, y le preguntó si era don Pedro. A la respuesta afirmativa de Casquetillo, le manifestó que iba á tomarle todas las medidas necesarias para ver si de las prendas ya hechas para otros, podría procurársele un equipo completo. Después de esto, se fué anunciando que volvería pasada media hora.

CXXIV

Estos servicios debían costar un dineral, lo que producía una nueva é irrecusable prueba del amor de Matilde. Indudablemente Casquetillo era muy afortunado. Su conciencia desfallecía más y más. Había sido un insensato en defenderse del amor y de la fortuna que de tal manera le acariciaba! ¡Y sobre todo, Dolores y Carmen!... ¡El porvenir de aquellas dos desventuradas! Todavía tenía este sentimiento Casquetillo para consolarse, para disculpar lo que, por no estar corrompido aún, le avergonzaba.

Tenía, sin embargo, el mérito Casquetillo de que discutía consigo mismo lo digno ó lo indigno de su conducta. Otros en su situación no hubieran discutido nada.

CXXV

El sastre volvió con sus dependientes cargados con un equipaje completo desde los calcetines al sombrero, ropa interior y exterior. Probó todos los trajes. Se adaptaban perfectamente á Casquetillo. Dejándole puesto el último traje probado, un bello traje de calle, le saludó respetuosamente y se fué.

La transformación era completa y el estado moral de Casquetillo un aturdimiento, un caos. Aquello se parecía á un cuento oriental. Una hada enamorada había extremado sus encantos y abría para él el alcázar maravilloso de los sueños y de la fortuna.

CXXVI

De improviso, Casquetillo dió un grito y se aterró como el que habiendo parecido muerto, hubiese despertado de su paroxismo y se hubiese encontrado en un ataúd y amortajado.

—¡No, no!—exclamó:—¡Dolores! ¡Mi Dolores! ¡Ah! Dios nos ampare!

Sonó un campanillazo. Casquetillo se estremeció. Fué aterrado á la puerta y la abrió. Retrocedió acometido por no sabemos qué sensación. Era ella. Casquetillo estendió los brazos, gimió y cayó desmayado en los brazos de Matilde.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará.)

REVISTA ESPAÑOLA.

Cerráronse las Cortes; dispersáronse diputados, senadores y ministros, y la política atraviesa un período de profunda calma, harto deplorable para los que nos vemos en la precisión de hacer revistas, cuando no hay nada que referir á los lectores. No extrañen los de LA AMÉRICA que seamos sumamente breves, pues es empresa que sólo saben llevar á feliz remate las mujeres y los tontos, la de hablar sin tener de qué.

Prevenidas, por la eficaz oficiosidad del Sr. Silvela y por la heroica resignación del Sr. Orovio, las graves consecuencias que para el ministerio hubiera podido tener la proposición del Sr. Laiglesia, quedó en calma el Congreso y todo rumor de tempestad desvanecido. Pero hé aquí que en un día de célebre recordación, se le ocurre al Sr. Cos-Gayon ser enérgico, y al Sr. Marqués de Sardoal ser devoto, y en poco estuvo que por el más baladí de los motivos surgiese en la Cámara un grave conflicto. Fué el caso, que el Sr. Cos-Gayon creyó conveniente que el Congreso celebrase sesión el día de Santiago, y esto bastó para que la minoría democrática se sintiese poseída de un fervor entusiasta hacia el Santo apóstol, y atacase una medida que estimaba contraria, no sólo al Reglamento, sino á los Mandamientos de la ley de Dios y al sentimiento religioso de los españoles. *Inde irae.* El Sr. Cos-Gayon resolvió el asunto al estilo conservador, ó lo que es igual, levantando la sesión *ab-irato*, y al día siguiente la oposición formuló un voto de censura contra la mesa, presidida por el Sr. Cos-Gayon. Apoyó el marqués de Sardoal con el propio misticismo de que ya había echo gala: defendió el Sr. Cos-Gayon en un discurso teológico-erudito, que hizo bostezar de fastidio á los leones del pórtico, y acabóse todo como siempre acaba, esto es, á gusto de la magia y á disgusto de la oposición.

Si se nos pidiera nuestro juicio acerca de este deplorable incidente, diríamos que ninguno de los que en él terciaron tuvo razón ni supo ocupar su puesto. Mal nos parece que se infringiera el reglamento, aunque á decir verdad, la infracción era insignificante y provechosa; mal que un mero vicepresidente se permitiese conducirse como un dictador; pero tampoco aprobamos que la oposición pretendiera dar una batalla con pretexto tan fútil cual es de que hubiera sesión en día festivo, pues eso es más propio de escolares desaplicados que velan con el mayor celo por la observancia de las fiestas religiosas, que de legisladores serios; y peor nos parece todavía que personas cuya ortodoxia es dudosa, cuando ménos, se hicieran paladines de Santiago, sólo por mortificar al Sr. Cos-Gayon. Parecenos que las minorías democráticas debieran ir abandonando esos combates al menudeo, esas pequeñas habilidades, esas estrategias infantiles que sólo conducen á desprestigiar el sistema parlamentario, harto desprestigiado ya, haciendo que el país vea en él un juego de niños y no un noble palenque de elevadas inteligencias que luchan en pro de altos ideales. Por eso aplaudiremos siempre á hombres como el Sr. Castelar, el Sr. Cánovas y otros semejantes, que saben abstenerse de tales pequeñeces y no olvidan el precepto antiguo: *Sancta sanctè tractanda sunt.*

La cuestión que más ha preocupado al Congreso después de este incidente, ha sido la ya célebre de los caminos de hierro del Noroeste. Sabido es que habiendo quebrado la primitiva empresa concesionaria, el Gobierno se ha creído en el caso de sacar á concurso la concesión de la línea, explotando entre tanto por administración los trozos ya construidos. Pero es el caso que en el Congreso y fuera de él hay oposición no pequeña al proyecto del Gobierno, y son muchos los que sostienen la conveniencia de que al concurso sustituya la subasta. La opinión en este punto está tan dividida, que se hallan en disidencia los que profesan iguales principios en política, cómo acontece con los Sres. Gasset y Martos, por ejemplo.

No seremos nosotros tan temerarios que entremos en el exámen de una cuestión gravísima acerca de la cual nos declaramos incompetentes. Únicamente diremos que el concurso y la subasta tienen á la vez inconvenientes y ventajas, pues si el primero puede dar lugar á no pocos abusos, la subasta redundando con frecuencia en beneficio de los primistas, como saben perfectamente cuantos de estas materias entienden. No nos haremos eco tampoco de las malévolas indicaciones que suelen hacerse acerca de los móviles que puedan impulsar á los que en el asunto intervienen; pues, sobre ser la murmuración cosa dañosa y para nosotros repugnante, no tenemos datos para motivar acusaciones ni fundar sospechas, ni queremos hacernos cómplices de la costumbre que en España tenemos de atribuir siempre móviles indignos á todos los actos de los hombres públicos, sin tener en cuenta que si entre ellos abundan los corrompidos, tampoco los íntegros y probos escasean, y que es peligroso y culpable lanzar acusaciones generales que á todos afrentan sin herir al culpable verdadero. Limitámonos, pues, á deplorar que estas y otras causas hayan acarreado el aplazamiento del debate y la suspensión de las sesiones, y por lo tanto, el abandono temporal de un proyecto de tan vital importancia para las provincias galáico-asturianas, tan desgraciadas siempre, tan mal conocidas y estimadas, tan cruelmente abandonadas, y tan dignas por todos conceptos de la protección del Estado y de las simpatías de los buenos españoles. Por eso sería nuestro mayor deseo que se resolviese en breve plazo el asunto á que nos hemos referido, y que se les conceda la anhelada línea férrea, aunque sea á costa de algún sacrificio, que bien merece el generoso pueblo que inició la epopeya de la Reconquista, y aquel otro no ménos ilustre de donde salen los trabajadores más infatigables, los ciudadanos más obedientes y sumisos y los mejores soldados con que cuenta España.

Suspendidas las sesiones, la política no ofrece interés. Muchos augurios se hacen acerca de los proyectos del Gabinete y de los peligros que le amenazan; muchos comentarios acerca de las divisiones que trabajan y perturban al partido que hoy rige los destinos del país; pero en todo esto no hay más que cálculos y conjeturas, hoy formadas y mañana desvanecidas, que no podemos tomar en cuenta. Que el Gobierno peligrará, á nadie se le oculta; que los húsares de Sobron, como hoy se dice, y aun el mismo Sr. Cánovas son fantasmas que perturban su existencia y poderosas fuerzas que le amenazan, tampoco es un misterio; pero determinar cuál será el porvenir inmediato de la situación no es cosa tan fácil. Por otra parte, esto no ofrece gran interés á los que, como nosotros, no tienen otra política que la de esperar con los brazos cruzados el curso fatal de los acontecimientos.

Mayor importancia tiene para nosotros la cuestión, hoy con tanto calor agitada, acerca de la jefatura del partido democrático. Con dolor lo decimos; pena y vergüenza nos causa que tales cuestiones se discutan en serio y que haya partidos (¡y partidos democráticos!) que se designen con el nombre de una persona. Hablar de zorrillistas, martistas, pimargalistas ó salmeronistas, vale tanto como poner en evidencia un estado de degradación, sólo comparable con los peores tiempos del bajo imperio ó de la más anárquica república hispano-americana. Un partido que no sirve á una idea, sino á un hombre, no es partido, sino partida.

Si el partido democrático existe (cosa al ménos dudosa, pues hay tres ó cuatro partidos democráticos), la cuestión de jefatura es en él insignificante y pueril. Los jefes de la democracia, si estuviera unida, serían los que más denuedo mostrarán en el combate y más sabiduría en la victoria, llamaránse como se llamarán y procedieran de donde procediesen. La fuerza de los hechos y la voluntad de los hombres, es la que crea los jefes de los partidos, sobre todo en los partidos revolucionarios.

Dividida hoy la democracia, existen en ella tres partidos distintos: el posibilista ó conservador, el federal y el radical, progresista, unión democrática, ó como quiera llamarse. ¿Quiénes son hoy los jefes de los dos primeros? Todo el mundo los conoce. Pero ¿lo serán siempre? ¿Quién puede saberlo, á no conocer, cosa imposible, la marcha futura de los acontecimientos?

El partido que pudiera llamarse centralista, formado por los progresistas democráticos y por los partidarios de la unión democrática, divídese hoy por la cuestión de jefatura. Unos proclaman á Martos, otros á Zorrilla. *El Liberal*, más sensato, declara que sirve las ideas, no las personas, y que reconocerá por jefe al que dé el triunfo á las primeras y sepa consolidar luego lo creado.

Las ideas, esas son las banderas legítimas de los partidos; los hombres de pensamiento, de acción y de virtud, esos son jefes. Nadie los nombra; pero ellos se imponen en el momento dado por la fuerza de las circunstancias. Pero, impónganse ó no, jamás han de esclavizarse á ellos los partidos, jamás por ellos deben dividirse y perturbarse. Si sus disensiones y rencillas personales son obstáculo á la marcha regular y desembarazada del partido, prescindase de ellos, que nunca un hombre valió lo que una idea. Todo lo que no sea eso, es entronizar dentro de la democracia el más odioso personalismo con su correspondiente séquito de rebajamiento de caracteres y olvido de la propia dignidad. Partidos que en serio discuten sobre jefaturas, ya están juzgados. ¿Qué ha de esperar de ellos la libertad si disputan antes del triunfo por ver á quién se ha de otorgar la tiranía?

Decimos, pues, lo que *El Liberal*. Servimos á las ideas, no á los hombres. Somos demócratas gubernamentales, y tendremos por correligionarios á cuantos nos ayuden á realizar nuestro ideal, y por jefes á los que en un momento dado sepan llevar á feliz término la empresa. No damos la jefatura; la reconocemos en aquél que sepa apoderarse de ella por su propio mérito y esfuerzo.

M. DE LA REVILLA.

Pocas noticias hemos recibido durante la quincena sobre la guerra empeñada entre Chile y el Perú. Parece que las operaciones están paralizadas. El último telegrama recibido en Madrid, asegura que la escuadra de Chile ha levantado el bloqueo de Iquique.

La guerra de los zulús ha costado á Inglaterra 500.000 libras esterlinas todos los meses sobre su presupuesto ordinario de guerra, hasta el día 10 de Julio último. El ministro de Marina de Inglaterra ha fijado en medio millón de libras el coste del transporte de tropas, y ha pedido 50.000 para imprevistos. Estas sumas hacen subir los gastos á libras esterlinas 4.500.000, contando el crédito votado á fines de 1878.

Dos sucesos registra la quincena que han causado penosa sensación en la corte: el primero se refiere al repentino fallecimiento de la infanta Doña Pilar, ocurrido en los baños de Escoriaza, y el segundo al accidente de que han sido víctimas el rey y el general Echagüe. Sobre este último acontecimiento se han recibido los siguientes despachos:

«SAN ILDEFONSO 7 (1 y 30 tarde).—Ha volcado el carruaje que conduce á S. M. el rey á consecuencia de una rotura del mismo, en la última revuelta del camino.

Se asegura que ni el rey ni las personas que con él venían en el coche han recibido ninguna herida de gravedad.

En este momento salen coches para conducir á este real sitio al rey y acompañamiento.

Espérase con impaciencia la llegada de la corte.

«SAN ILDEFONSO 7 (1 y 30 tarde).—A consecuencia del vuelco del coche que conducía al rey á este real sitio, se dice que S. M. ha recibido una ligera contusión y que el general Echagüe viene ligeramente herido.

Las demás personas de la régia comitiva se asegura no han recibido lesión alguna.

Las autoridades y muchas personas han salido precipitadamente para el sitio de la ocurrencia.

«SAN ILDEFONSO 7 (5 tarde).—Segun noticias de origen autorizadísimo, el estado de S. M. el rey es satisfactorio.

La dislocación del brazo es muy leve y no hay fractura de ninguna especie, como se había creído.

La dislocación es en el hombro derecho, que es el lado de que volcó el coche.

La princesa de Asturias, las infantas y los señores marqués de Alcañices, condesa de Llorente, marquesa de Santa Cruz, general Ceballos y marqués de San Gregorio, no han sufrido ni la más ligera contusión.

Sólo el general Echagüe ha sufrido una dislocación en el brazo.

S. M. el rey descansa en este momento de las fatigas y cansancio de las últimas noches.

Los médicos de cámara no han creído necesario dar cuenta oficial del accidente, lo cual demuestra que la dislocación es ligera y que no ha producido herida alguna el golpe.

ANUNCIOS.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CONTABILIDAD GENERAL.

Situación en 31 de Julio de 1879.

ACTIVO.

	Pesetas.
Accionistas.....	30.000.000
Caja y Banco de España.....	1.835.585'68
Cartera.....	398.647'26
Valores.....	7.179.467'26
Préstamos hipotecarios.....	19.439.300'51
Idem sobre casas en construcción.....	25.300
Moviliario y material.....	94.964'85
Inmueble de la Sociedad.—Coste del inmueble.....	2.196.255'35
Idem id.—Gastos de adaptación.....	222.523'53
Varios.....	1.480.491'35
Préstamos sobre valores y dobles.....	1.558.274'95
Cuentas corrientes.....	861.649'78
Pagarés descontados.....	11.142.402'01
Intereses devengados de los préstamos.....	122.811'04
Gastos generales.....	244.723'84
	76.902.397'41

PASIVO.

Capital social.....	50.000.000
Reserva especial.....	1.103.010'57
Idem obligatoria.....	649.220'26
Cédulas en circulación.....	19.103.450
Idem amortizadas por reembolso.....	39.200
Varios.....	967.299'73
Cuentas corrientes.....	337.643'75
Intereses á pagar.....	431.376'36
Efectos á pagar.....	337'50
Préstamos diferidos hipotecarios.....	468.702'33
Idem id. sobre casas en construcción.....	6.850
Intereses á realizar sobre pagarés descontados.....	2.621.401'31
Ganancias y pérdidas.—Realizadas.....	1.168.990'48
Idem id.—Por realizar.....	4.915'12
	76.902.397'41

Madrid 2 de Agosto de 1879.—S. E. ú O.—El Jefe de Contabilidad Leon Boucherant.—V.° B.°—El Subgobernador, C. Sanchez Bustillos.

BANCO DE ESPAÑA.

Situación del mismo en 31 de Julio de 1879.

Pesetas. Céntos.

ACTIVO.

CAJA.

Efectivo metálico.....	88.306.163'81	} 113.765.210'94
Casa de moneda.—Pastas de plata.....	1.071.498'91	
Idem id.—Pastas de oro.....	21.776.547'22	
Efectos á cobrar en este día.....	2.611.001	
Efectivo en las sucursales.....	62.106.249	} 86.967.962'59
Idem en poder de comisionados de provincias y extranjero.....	24.236.289'34	
Idem en poder de conductores.....	625.424'25	

Cartera de Madrid.....	200.733.173'53
Idem de las sucursales.....	233.221.569'74
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	68.345.504'95
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	385.353'71
Tesoro público: por intereses y amortización de billetes hipotecarios.....	2.852.236'64
Idem id.: por amortización é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 de Junio de 1876, serie interior.....	7.513.500
Idem id.: por id. id. de las obligaciones creadas por la ley 3 de Junio de 1876, serie exterior.....	10.003.000
Idem id.: por id. id. de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	7.484.000
	4.815.500
	535.353.838'57

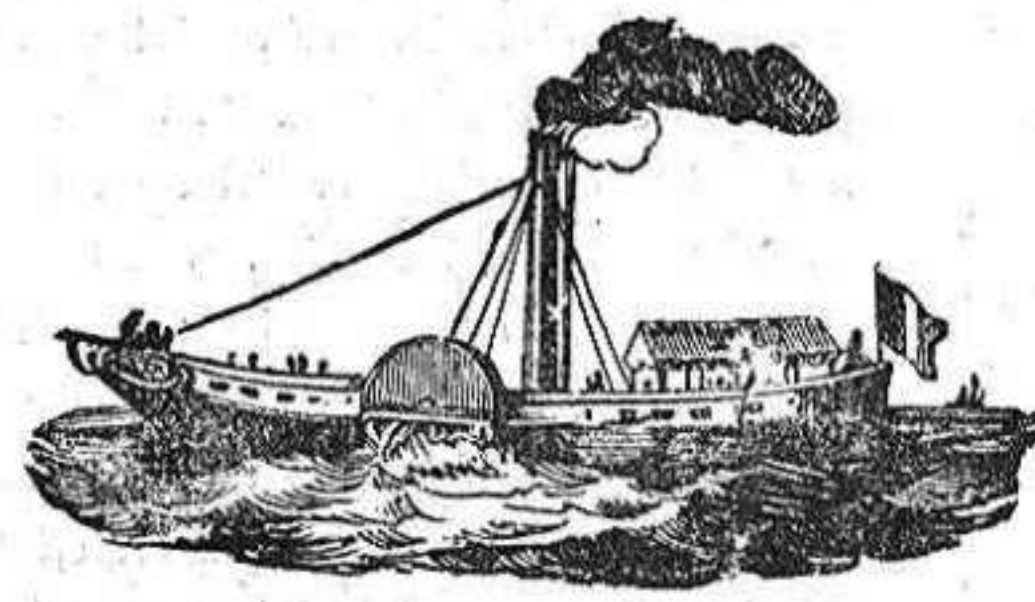
PASIVO.

Capital.....	100.000.000
Fondo de reserva.....	10.000.000
Billetes emitidos en Madrid.....	82.348.550
Idem id. en las sucursales.....	94.955.100
Depósitos en efectivo en Madrid.....	31.797.817'23
Idem id. en las sucursales.....	8.354.495'17
Cuentas corrientes en Madrid.....	104.832.869'50
Idem idem en las sucursales.....	38.209.312'59
Dividendos.....	4.171.293'63
Ganancias y pérdidas { Realizadas..... 1.734.105'67	} 2.660.324'96
{ No realizadas..... 926.219'29	
Pagarés del Banco, operaciones de 1.° de Mayo de 1877.....	2.410.000
Intereses y amortización de billetes hipotecarios.....	4.118.226'13
Amortización é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 de Junio de 1876, serie interior.....	3.542.699'18
Idem id. de las obligaciones creadas por la ley de 3 de Junio de 1876, serie exterior.....	10.721.636'44
Idem id. de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	1.619.116'01
Obligaciones de bienes nacionales cobradas con destino al pago de intereses y amortización de billetes hipotecarios.....	4.656.687'18
Reservas de contribuciones para pago de amortización é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 de Junio 1876.....	20.196.514'43
Fondos recibidos de aduanas para pago de amortización é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	8.174.517'60
Diversos.....	2.584.678'52
	535.353.838'57

Madrid 31 de Julio de 1879.—El interventor general, Teodoro Rubio.—V.° B.°—El Gobernador, Breto.

BANCO DE ESPAÑA.

Desde hoy 1.° de Agosto se satisfará por este Banco el importe de la primera y segunda mitad de los intereses del semestre vencido en 30 de Junio último, de los bonos del Tesoro, primera emision, representados por las facturas números 573 á 723 inclusive.
Madrid 31 de Julio de 1879.—El secretario, Manuel Ciudad.



VAPORES-CORREOS TRASATLANTICOS

A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1879.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA

salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos, vía de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desean.

Más informes: en Cádiz, A. Lopez y Compañia.—Barcelona, D. Ripoll y Compañia.—Santander, Angel E. Perez y Compañia.—Coruña, F. la Guarda.—Valencia, Dart y Compañia.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CAPITAL SOCIAL:

50.000.000 DE PESETAS

DESEMBOLSO: EL 40 POR 100

ó SEAN 20.000.000 DE PESETAS EFECTIVAS

DOMICILIO SOCIAL

Paseo de Recoletos, 12.

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS.

Este Banco hace préstamos en efectivo ó en Cédulas de 6 por 100 á plazos de 5 á 50 años.

De los préstamos en efectivo el interés es de..... 7 por 100

La amortización y comision (por 50 años)..... 0,84 c. por 100

Total de la anualidad sobre la suma prestada..... 7,84 c. por 100

De los préstamos en cédulas del 6 por ciento el interés es de..... 6 por 100

La amortización y comision (por 50 años)..... 0,93 c. por 100

6,93 c. por 100

Añadiendo en esta última clase de préstamos en Cédulas la pérdida sobre estas últimas, la carga anual sobre la cantidad prestada, es ahora aproximadamente de 7 1/4 por 100. Terminados los cincuenta años ó el plazo que se convenga para el préstamo, y satisfecha que haya sido la última anualidad, el Banco se encuentra reembolsado del todo y la finca liberada.

Antes de que el plazo espire, el prestatario puede terminar el negocio cuando guste, reembolsando total ó parcialmente el capital del préstamo que no se halle aún amortizado, y satisfaciendo 2 por 100 de indemnización.

En una palabra, en los préstamos de esta clase, el prestatario vuelve á quedar libremente dueño de la finca al fin del plazo convenido, sin más carga que la de pagar 7 1/4 por 100 aproximadamente al año.

El máximo de la suma que puede prestar el Banco, es el de la mitad del valor en que aprecia las fincas urbanas y las rústicas, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los cuales no presta sino la tercera parte de su valor.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES.

3, PUERTA DEL SOL, PRAL., 3.

EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.

CONTIENE:—1.° Advertencia.—2.° Decretos y bandos sobre la paz y reconstrucción de Cuba, publicados en la Gaceta de la Habana.—3.° Constitución de la Monarquía española, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.° Ley Municipal, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.° Ley Provincial, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.° Ley Electoral para Municipios y Diputaciones provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.° Ley Electoral para diputados á Cortes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.—8.° Ley Penal para los delitos electorales.—9.° Circular de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecucion de la Ley Electoral.—10. Ley Electoral del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. Ley de Extranjeria, de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeuntes, sus derechos y obligaciones, matriculas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. Ley Moret, de 4 de Julio de 1870, para la abolicion gradual de la esclavitud.

Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadrada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—Habana.

MANUAL

DEL

SECRETARIO

O PRÁCTICA DE OFICINAS

Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por

ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA.

UN TOMO EN 4.° DE BILLETES 3 PESOS fuertes ejemplar, franco de porte.

Indice de las materias que contiene: Invitación á los Secretarios.—Certificación.—Introducción.—Primera parte.—PERSONAL.—Porte.—Aseo.—Maneras.—Carácter.—Urbanidad.—Sociabilidad.—Educación.—Moralidad.—Dignidad.—Instrucción.—Actividad.—Segunda parte.—MATERIAL.—Oficinas.—Libros.—Documentos.—Oficios.—Cartas.—Informes.—Ordenes.—Decretos.—Consultas.—Propuestas.—Certificaciones.—Estados.—Reglamentos.—Juntas.—Actas.—Actas municipales.—Memorias.—Relaciones.—Indices y Registros.—Memoriales.—Copias.—Formularios.—Citacion á junta.—Memorial.—Informe.—Oficio.—Certificación.—Acta de Ayuntamiento.—Otra certificación.—Otro memorial.—Exposicion al Rey.—Expediente para la construcción de obra nueva.—Solicitud para ser inscripto en la matrícula de comerciante.—Invitación.—Oficio para remitir un título.—De los Secretarios de los Juzgados de Paz.—De los Secretarios de los Institutos.—De los Secretarios de la Real Sociedad económica de la Habana.—Extractos de las leyes provincial, electoral y municipal.—Usos del papel sellado.—Tratamientos y títulos, etc., etc.

UNICO PUNTO DE VENTA

«LA PROPAGANDA LITERARIA.»

O'REILLY, 54,

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES

DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS

DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

LA AMÉRICA

Año XX.

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

En PUERTO-RICO.—Señores Sanchez Enriquez.

En PARÍS.—E. Denne, librería española, 15, rue Monsigny.